

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA DE ESTUDIOS DE LA CIUDAD
CONVOCATORIA 2007-2009**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN GOBIERNO DE LA
CIUDAD CON MENCIÓN EN CENTRALIDAD URBANA Y ÁREAS
HISTÓRICAS**

**“CENTRALIDAD Y PRODUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO,
MEDELLÍN 1950-2005”**

MÓNICA MARIA HENAO LIBREROS

MAYO DE 2012

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA DE ESTUDIOS DE LA CIUDAD
CONVOCATORIA 2007-2009**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN GOBIERNO DE LA
CIUDAD CON MENCIÓN EN CENTRALIDAD URBANA Y ÁREAS
HISTÓRICAS**

**“CENTRALIDAD Y PRODUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO,
MEDELLÍN 1950-2005”**

MÓNICA MARIA HENAO LIBREROS

**ASESOR DE TESIS: MÓNICA MARIA PABÓN CARVAJAL
LECTORES/AS: FERNANDO CARRIÓN MENA
MIREYA SALGADO GÓMEZ**

MAYO DE 2012

AGRADECIMIENTOS

Enfrentarse a este momento en la elaboración de la tesis significa hacer un recorrido por un proceso que se inició mucho antes de saber sobre qué iba a escribir; en mi caso, este proceso se inició muy lejos de Medellín, en Quito, ciudad que por algún tiempo se convirtió en mi casa, así que quiero agradecer:

En Quito:

A FLACSO Ecuador y al Programa de Estudios de la Ciudad, especialmente a Fernando Carrión, Marco Córdova, Andrea Carrión y Alfredo Santillán por sus innumerables enseñanzas, y por haberme acogido tan calurosamente durante mi estadía en Ecuador.

A los compañeros de la convocatoria 2007-2009, especialmente a los “FLACSOBOYS”: Dianita, Hugo, Darío, Ángeles, Cristina, Inés, Mary y Adriana, mis *panas*, apoyo y compañía incondicional. Especialmente agradezco a Isa y a Vic por las tardes, las conversaciones, las complicidades y la amistad; y a Antonio, por los libros, la música, y un *salvapantallas*.

En Medellín:

A Mónica Pabón mi asesora, por sus acertados comentarios, su confianza e infinita paciencia.

A los amigos de siempre por la compañía, las reflexiones, la lectura, la ayuda, la generosidad al regalarme su tiempo y la fuerza: Xime, Caro, Farhid, Juan José. Mi tercera tesis gracias a ustedes!; así como a los demás amigos por hacer barra, y perdonarme por cambiarlos por un “.doc” durante mucho tiempo.

Y, finalmente, pero no menos importante, a mi familia, por su inmenso amor y apoyo en cada uno de los proyectos que emprendo.

CENTRALIDAD Y PRODUCCION SOCIAL DEL ESPACIO MEDELLIN 1950 - 2005



INDICE

CENTRALIDAD: espacio/tiempo/sociedad.....	12
Centralidad	13
<i>La centralidad histórica</i>	15
Espacio/tiempo/sociedad.....	17
CAPITULO 2	24
Memorias de la Centralidad	24
Primer momento: la Villa como centro	27
Segundo momento: el centro de la urbe	34
Entre planes, migraciones y “rascacielos”	34
El deterioro del Centro	37
Una nueva visión de ciudad	40
Un nuevo milenio, una nueva imagen.....	44
CAPITULO 3	50
Estudios de caso, palimpsesto de historias.....	52
El edificio Coltejer, ícono industrial	53
La estación en el parque	59
La ciudad Botero	64
CAPITULO 4	74
La práctica espacial	74
CAPITULO 5	93
En Medellín se baja al centro.	97
BIBLIOGRAFÍA	105

PRESENTACIÓN

“...nuestras ciudades están en permanente cambio, están siempre “modernizándose”, pero nunca terminan de hacerlo, por lo que están plenas de fragmentos de proyectos inacabados, de “borradores de ciudad”.”

(Alejo Carpentier, citado por Waissman, 1995:53)

Son muchos los cambios que hacen parte del proceso de configuración del centro de Medellín. Transformaciones que se evidencian en un centro hoy denominado como “representativo y tradicional” caracterizado por la permanencia de edificaciones diversas que se presentan como fragmentos desarticulados; mojones de historia que narran el recorrido de una villa hasta convertirse en urbe y, que a su vez, en sí mismos, constituyen una superposición de intenciones producto de los discursos modernizantes en pos del progreso y el desarrollo.

La historia de esta centralidad y las fases por las que ha atravesado no difiere mucho de la evolución de otras ciudades en Colombia y Latinoamérica. Aspectos como la pérdida y adquisición de nuevas funciones, al igual que sus transformaciones morfológicas y simbólicas, son característicos e inherentes a este espacio construido y reconstruido por diversos procesos urbanizadores. En términos generales, en torno al recorrido descrito por las centralidades de las ciudades latinoamericanas y acorde con la temporalidad acotada en esta investigación, desde mediados del siglo XX la evolución de la centralidad de Medellín no ha sido la excepción, inscribiéndose en esa trayectoria común caracterizada por la densificación de las centralidades (especialmente en altura) mediante la intensa construcción de edificaciones que competían por la representación de una imagen, atrayendo y dando paso a la instalación de entidades financieras como símbolo del posicionamiento del capital y a la consolidación del carácter medular de la centralidad en la vida de las urbes. Así mismo, posteriormente fue común el surgimiento de nuevos centros “especializados” de carácter financiero, administrativo o comercial que le restaron importancia a la centralidad tradicional y desviaron la mirada hacia otros lugares, “vaciando al centro de su centralidad” como lo manifiesta Fernando Carrión en varios de sus trabajos.

Sin embargo, resulta importante señalar que para el caso de Medellín, estas dinámicas de cambio y de profundas transformaciones, ya hacían parte de la vida de la ciudad desde el siglo XIX, la cual, para aquel momento, se inscribe casi en su totalidad al interior de lo que hoy se identifica como su centro “tradicional”. La fuerte intervención de una elite comercial e industrial había dado inicio a una vertiginosa transformación que la llevaría a convertirse en “ciudad”, y en el transcurso de aproximadamente 50 años, su estructura urbana se vio afectada producto del ideal de progreso adoptado por los grupos dominantes, bajo los cuales, como menciona Gorelik (2003) se pretende “inventar habitantes con moradas nuevas”, en donde el modelo ideal de ciudad propone a la modernidad urbana como mecanismo educador.

De esta manera, en el contexto urbano de Medellín, las numerosas transformación guiadas por dichos ideales llevaron a una constante negación del pasado, o bien podría decirse, a una continua búsqueda del futuro como sinónimo de progreso, de desarrollo, de lucha y de triunfo; especialmente en el marco de una sociedad aferrada a sus valores culturales tradicionales y que basa la idea de su origen y desarrollo como resultado de la tenacidad y de la lucha frente a numerosas adversidades.

Así, actualmente en la centralidad de la ciudad, contadas edificaciones de carácter colonial comparten un espacio con edificios de influencia francesa o de estilo art nouveau o decó; edificios bancarios resultado de la tradición moderna norteamericana se ubican en espacios adecuados bajos los preceptos de las nuevas estéticas urbanas de intervención del espacio público producto de los planes de ordenamiento, al tiempo que un parque que alguna vez fue la Plaza Mayor, cuenta con la presencia de un enorme volumen de concreto que funciona como estación del Metro. Esta superposición de paisajes es lo que llama la atención sobre este espacio, una coexistencia de temporalidades, la acumulación de memorias que se disuelven y se transforman entre cada construcción y reconstrucción de un mismo sitio, las cuales permiten hacer una lectura de los procesos ideológicos de una ciudad en donde las elites se han apoyado en discursos de carácter identitario que promueven la transformación continua, el cambio.

Más allá de los planes urbanos, la centralidad se presenta como un espacio producto y productor de múltiples y complejas relaciones basadas en lógicas de exclusión, segregación y dominación, las cuales van configurando las espacialidades y a su vez van configurando diversas formas de habitarlas, generándose en cada espacio

particularidades de uso y apropiación. Hoy en día muchas de las transformaciones espaciales producidas desde el ideal de progreso han sido acogidos como elementos identitarios de la ciudad, en tanto otras (las más recientes) parece que se encuentran en el camino para llegar a serlo.

Esta investigación, se plantea indagar hasta qué punto la producción de estos espacios-imágen se ha validado desde la práctica espacial, especialmente porque su producción a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, ha configurado, re-configurado y hasta podría decirse desconfigurado una espacialidad tan importante como la centralidad, producto de las relaciones y/o tensiones entre poderes que hacen de este lugar “un espacio de disputa y disputado” (Carrión, 2010:261).

Como primer paso para comprender el proceso de producción espacial de la centralidad y los distintos momentos que le confieren las características que tiene en este momento, se pretende un acercamiento a la producción de una imagen urbana a partir de la selección de 4 intervenciones ejecutadas durante la segunda mitad del siglo XX entre las cuales se encuentran espacios urbanos y edificaciones puntuales. Su selección obedeció a la importancia que poseen como referentes urbanos para los habitantes de la ciudad, además de poseer las características estéticas y funcionales asociadas a la temporalidad en que fueron construidas y, especialmente, porque cada una en sí misma, partiendo desde su ubicación, se constituye en un acumulado de historias a manera de palimpsestos, en donde existe una sedimentación de memorias y símbolos, muchos de los cuales perviven, se diluyen o se mezclan con nuevas memorias producto de cada una de sus transformaciones materiales y de su relación con la práctica espacial.

Los cuatro casos que se abordan debido a su incidencia en la transformación espacial, simbólica y funcional de la centralidad, son el edificio Coltejer (1970) como representación de la centralidad de carácter financiero y comercial; el metro de Medellín (Década del 80) como intervención de carácter metropolitano que atraviesa el centro tradicional; la Plaza de Botero (2002), que dio inicio a la apuesta por una centralidad de carácter cultural que posicione a la ciudad en el ámbito internacional; y la Plaza de la luz (2005) como intento de renovación urbana y propuesta de espacio público.

La metodología utilizada para llevar a cabo el análisis parte de una revisión de carácter documental, en donde tanto fuentes primarias como secundarias permitieron realizar un acercamiento a los distintos discursos “oficiales” desde los cuales se valida

la ejecución de cada una de estas intervenciones. Los Planes de Desarrollo de las administraciones públicas, los Planes de Ordenamiento (POT), de Protección Patrimonial (PEPP), y del Centro (PEC), al igual que el Plan Piloto, permitieron un acercamiento al discurso de la planificación y la intencionalidad de los mismos en relación con las imágenes de ciudad producto de las formas como se concibe el territorio. Por otra parte, la revisión de archivos de prensa local juega un papel importante debido a la influencia de los medios de comunicación sobre los ciudadanos, especialmente porque en muchos ocasiones se convierten en reproductores del discurso “oficial” ya sea de la administración pública o del sector privado según el tipo de intervención, evidenciándose así, las relaciones entre saber poder que planeta Foucault (1992a). De esta manera, los efectos de verdad producidos por el poder, y que de igual manera este transmite y reproduce, dan cuenta de la forma como las estrategias discursivas se convierten en elementos de control, valiéndose en el caso de la ciudad, del aspecto identitario como medio de persuasión.

Igualmente, se realizó una aproximación etnográfica al sector de interés, usando como técnicas la entrevista y la observación participante. De esta manera, se realizaron 30 entrevistas de carácter semiestructurado en los lugares seleccionados donde se abordaron grupos poblacionales de edades diversas, conformados por habitantes, trabajadores y visitantes del centro. Las entrevistas se guiaron desde la intención de mantener una relación constante entre lo físico, lo mental y lo espacial en cada uno de estos espacios y su relación con el entorno, es decir, desde los fragmentos como parte de un todo. Se optó por esta variedad de grupos poblacionales debido a la búsqueda de las diversas maneras de pensar y habitar el sector, y en especial, las intervenciones seleccionadas. Las diferencias de edades y los vínculos que establecen los ciudadanos con el sector, también permiten acercarse a la significación y las memorias que se tienen sobre el sitio (memorias propias y apropiadas), así como a sus resistencias casi imperceptibles frente a este tipo de intervenciones, las cuales se evidencian desde las contradicciones en los discursos, en tanto se reproducen y aceptan las expresiones de carácter oficial, al tiempo que se contradicen desde las prácticas espaciales que parecieran dar cuenta de un espacio pensado para otros.

Así mismo, la observación permitió la realización de un ejercicio de análisis desde el registro fotográfico, en donde se intentó capturar las prácticas espaciales de cada uno de estos lugares pensados desde la “ciencia del espacio” como lo llama Lefebvre

(1991:8), evidenciando las diversas desviaciones a la norma, forma más clara de manifestación de las resistencias y las luchas de poderes en el sector. Igualmente, el registro fotográfico permite una mayor aproximación al análisis espacial en cuanto a la visibilización de la superposición de temporalidades materializadas en las estructuras arquitectónicas y urbanas.

El entrecruzamiento de las narrativas orales y escritas, con las representaciones de las materialidades, permitieron el acercamiento al proceso de construcción y deconstrucción de cada uno de estos lugares, y por lo tanto, de la espacialidad en general (la centralidad). De este modo, se hace notable la incidencia de cada uno de ellos sobre este espacio, antes, durante y después de su construcción; al tiempo que se pueden observar las distintas formas de validación y resistencia desde la práctica espacial.

Como referentes conceptuales para este análisis, se consideraron categorías como la centralidad, la identidad, la memoria y la producción social del espacio. De esta manera, en el capítulo 1 se desarrolla un acercamiento a cada uno de ellos como forma de aproximación a la centralidad como hecho histórico, y a la complejidad de la producción de este espacio. Especialmente, si se piensa como una entidad producida y reproducida por las relaciones sociales (Lefebvre 1991:33) como resultado de una relación interdependiente entre tres momentos básicos, que llevan a pensar la materialidad como resultado y productora de lo social.

El capítulo 2, presenta las “memorias de la centralidad”, es decir, el proceso de configuración del espacio que hoy la ciudad reconoce como su “centro tradicional y representativo”. El acercamiento al proceso de su construcción se divide en dos grandes momentos; el primero, en donde el desarrollo de la urbe se encuentra íntimamente ligado a las elites industriales y comerciales, mientras, el segundo, se desarrolla a partir de la introducción de la práctica de la planificación urbana como estrategia discursiva para la intervención física de la ciudad. En este sentido, se realiza un acercamiento más detallado al proceso de configuración de la centralidad a través de un análisis de diversas variables, las cuales llevan al establecimiento de cuatro períodos temporales que dan cuenta de las imágenes o representaciones del ideal de ciudad que en cada momento adquirió este espacio, reflejo al mismo tiempo de los procesos por los que atravesó la ciudad y que evidencian los retos que enfrentó la práctica de la planeación urbana a finales del siglo XX.

En el capítulo 3, pasando del análisis de la totalidad, se realiza un acercamiento a cada uno de los casos seleccionados, al desarrollo del lugar donde se encuentran implantados, a los procesos sociales en el marco de los cuales fueron concebidos y, especialmente, a la superposición de memorias y espacios de los cuales hacen parte al encontrarse ubicados en lugares cargados de significados que a través del tiempo los han configurado como hitos urbanos.

Seguidamente, en el capítulo 4, se realiza el análisis desde la práctica espacial como proyección de todos los aspectos y elementos de la práctica social en el espacio (Lefebvre 1991:8). Así, a través de las entrevistas, las fotografías y el análisis de los discursos orales y escritos, se abordan diferentes maneras de aproximación social al espacio, evidenciándose los discursos que predominan en la actualidad y desde los cuales se validan estas intervenciones por parte de la administración municipal. Sin embargo, al acercarse a la producción de cada una de estas espacialidades desde la dialéctica propuesta por Lefebvre (1991), se visibiliza que no existe la coherencia pretendida por la práctica de la planeación, y la inestabilidad entre lo vivido, lo concebido y lo percibido se evidencia desde el mayor o menor peso que adquieren cada uno de estos momentos en la producción espacial de cada uno de los lugares seleccionados. Igualmente, el acercamiento desde el concepto del tercer espacio propuesto por Soja (1997), lleva a indagar sobre los lugares de resistencia y sus tensiones y luchas por estas espacialidades, permitiendo finalmente pensarlas como productos y reproductoras de lo social.

Por último, el capítulo 5, pretende pasar nuevamente del fragmento a la construcción del todo, en donde se presenta la centralidad de Medellín a partir de la lectura realizada desde las intervenciones puntuales; un *zoom out* que evidencia las concepciones de la centralidad y su relación con la memoria, el patrimonio y la identidad a partir de la producción y validación desde la práctica espacial.

CAPITULO 1

CENTRALIDAD: espacio/tiempo/sociedad

Las ciudades se transforman, y en su interior, se encuentra un espacio producto y reflejo de estas transformaciones, la centralidad, concepto que encierra en sí mismo la importancia que posee como punto estratégico en relación al todo en el que se encuentra inmersa.

El estudio de este espacio cobra importancia debido a las dinámicas urbanas y a los procesos de revalorización del mismo, debido a la relación que establece con la ciudad a partir de la existencia simultánea de referentes identitarios; por lo tanto, este capítulo busca un acercamiento a aquellos conceptos desde los cuales se puede abordar la centralidad urbana y sus procesos de construcción a partir de las relaciones materiales, temporales y sociales.

Fernando Carrión en su libro *Centros Históricos de América Latina y el Caribe*, plantea que actualmente se presenta un cambio en la manera tradicional de pensar la centralidad, el cual “se expresa en el tránsito de la concepción físico-espacial hacia una visión holística e integral” como objeto de conocimiento; no obstante, aun se hace necesario “que se redefinan las categorías constitutivas del campo, entre las que se mencionan las de centro, área o sitio histórico, sujeto patrimonial, patrimonio y centralidad.” (Carrión, 2001: 31).

Por otra parte, el proceso de producción de este espacio busca ser abordado desde conceptos enmarcados en la tradición de los estudios socioespaciales, donde se entiende el espacio como un producto, resultado de la interacción indisoluble entre categorías como tiempo, espacio y sociedad. Así, se pretende superar las tradicionales relaciones binarias de espacio/tiempo, espacio/sociedad o tiempo/espacio. Desde esta perspectiva, el espacio se asume como un producto dinámico de diversas relaciones de poder que lo hacen contradictorio e inestable.

La ciencia del espacio se busca vanamente a sí misma desde ya hace muchos años (...) se dispersa y se pierde en consideraciones diversas sobre lo que en el espacio se puede hallar (los objetos, las cosas), o sobre el espacio abstracto (limpio de objetos, geométrico) (Lefebvre, 1976: 20).

De esta manera, la producción del espacio en el centro histórico pensada desde la relación de tres elementos básicos como lo son espacio-tiempo-sociedad se presenta

como un escenario de tensiones y resistencias en donde las relaciones inseparables entre saber-poder planteadas por Foucault, generan discursos que promueven la necesidad de un cambio o de una reinvencción constata de identidades, discursos que se legitiman a partir de la una producción y transmisión que a su vez reproducen el poder.

(...) en cualquier sociedad, múltiples relaciones de poder atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social. Estas relaciones de poder no pueden disociarse, ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento de los discursos. No hay ejercicio del poder posible sin una cierta economía de los discursos de verdad que funcione en, a partir de, y a través de, este círculo: estamos sometidos a la producción de la verdad del poder y no podemos ejercer el poder sino a través de la producción de la verdad (...) (Foucault, 1992a: 34).

En este sentido, la centralidad como producto social se constituye tanto en productor de identidades, como resultado de la asimilación de las mismas, y en dicho proceso, los discursos de poder juegan un papel determinante, así, en palabras de Lefebvre “Las luchas de poder sobre el espacio y sus representaciones son las que determinan las interacciones que se dan entre los tres niveles que subyacen el espacio” (2001: 17).

Centralidad

El concepto de centralidad entendido como una categoría de orden espacial, remite a un sistema de relaciones, desde las cuales, se concibe un adentro y un afuera, la existencia de una periferia en relación a un punto determinado (el centro), y en algunos casos una dependencia entre ambos. Generalmente, al analizar las relaciones de dependencia se evidencia que una de las características del centro es la dominación que ejerce sobre la periferia, lo cual conlleva un intercambio desigual, una improporción en las interacciones a favor del centro.

Dichas relaciones pueden ser generadas a partir de la suma de diversos factores tanto de orden simbólico como funcional, llevando a un reconocimiento como lugar referencial en relación a lo que en torno a él existe, convirtiéndose así en un punto que atrae flujos de diversos tipos, adquiriendo de esta manera el carácter de centralidad.

A nivel urbano, pensar en el centro puede remitir a aquel lugar que al interior de la ciudad actúa en muchos casos como elemento estructurante de la trama urbana, el cual posee un reconocimiento desde la población por la suma acumulada de valores bien sea de orden cultural, estético, funcional o simbólico, que se deduce como un

Espacio que debido a las características de su ocupación, permite una coordinación de las actividades urbanas, identificación simbólica y ordenada de estas

actividades, y por consiguiente la creación de las condiciones necesarias a la comunicación entre actores. (Castells, 1976; 262).

Según lo anteriormente expuesto, se puede entender entonces el centro urbano como un lugar físico, en tanto la centralidad se puede asumir como una relación social en cuanto posee una función integradora y simbólica (Ídem.).

Teniendo en cuenta esa característica de orden relacional que identifica a una centralidad, se hace preciso entenderla y estudiarla desde su correspondencia con una totalidad “en la medida en que un conjunto de las relaciones la configuran como un eje dentro del todo (...)” (Carrión, 20001: 34). De esta manera, el análisis de la centralidad debe de estar constantemente en referencia con la estructura urbana, ante lo cual Castells (1976) propone cuatro niveles desde los cuales debe abordarse la centralidad urbana en relación a la ciudad:

- Nivel económico: como modo de establecer la relación entre los diferentes elementos económicos de la estructura urbana (producción, consumo, intercambio), así como las relaciones internas de cada uno. Se considera un lugar de intercambio entre las actividades económicas y la organización social urbana (Ibíd., p, 267-268).
- Nivel Político-institucional: presentándose una connotación de jerarquía como expresión de orden social y de su transcripción institucional. La expresión espacial de dicha centralidad depende de la especificidad histórica de los aparatos del Estado; por lo cual el centro político se define mejor por el establecimiento de las formas urbanas y su relación con los procesos internos del aparato institucional, mientras el centro simbólico se presenta como un emisor de valores (Ibíd., p, 268-269)..
- Nivel Ideológico: en tanto se entiende la ciudad como una “estructura simbólica”, como un conjunto de signos que facilita y permite el establecimiento de contactos entre sociedad y espacio; es decir, se pueden llegar a identificar las relaciones entre los actores, así como la relación entre éstos y su “marco vital” (Ibíd., p, 269-270).
- Modos de relaciones sociales: el centro se convierte en un espacio de producción de relaciones debido a la interacción de una alta densidad y heterogeneidad de grupos sociales (Ibíd., p, 270-271).

Desde cada uno de los niveles de análisis anteriormente expuestos, se hace posible pensar la centralidad en la ciudad como un lugar que existe en tanto se relaciona con el todo (la ciudad), un espacio el cual, en palabras de Lefebvre (1991), debe ser pensado como un “producto social” en donde se articula lo mental, lo cultural y lo histórico, expresándose materialmente a través de su configuración y significación a través del tiempo; como lo expresa Castells “si el tema de la centralidad tiene tal poder evocador, es porque posee la cualidad precisa de ser, a un tiempo, el resumen condensado de una estructura urbana y su sublimación ideológica” (Ibíd., p.276).

La centralidad histórica

La producción del espacio en la centralidad a través del tiempo conlleva cambios estructurales en su configuración, producto de la influencia de tensiones y dinámicas socio-económicas que hacen que ellos se caractericen por la preeminencia de alguno de los valores sociales, simbólicos, económicos o culturales allí presentes. Dichos cambios, permiten pensarla como una expresión material de los procesos sociales en el tiempo, en donde, desde la configuración de diferentes estratos – como lo plantean Gallardo y Sahady (2004) -, llega a ser posible la realización de una lectura de los mismos.

Siguiendo a Carrión (2003) y a Capel (2005), este concepto de estratos o capas en la configuración de la ciudad (y especialmente de su centro) a través de la historia, bien puede ser representado desde la noción de palimpsesto, entendiéndose “(...) como un manuscrito que conserva huellas de una escritura anterior, hay en él partes que se borran y se reescriben o se utilizan pero de las que siempre quedan huellas” (Capel, 2005: 20).

Si bien Fernando Carrión considera que las ciudades en su totalidad deben de ser consideradas históricas en tanto son un producto social (por lo tanto histórico) (2001); así mismo se presenta que cualquier centralidad puede ser histórica. Dentro de esta afirmación, se plantea la existencia de diferentes tipos de centralidades “dependiendo del grado y del tipo de las funciones acumuladas y de la intensidad de los tiempos acumulados” (Carrión 2001: 12); así, se propone una centralidad tradicional, otra temática y una de orden funcional, las cuales en palabras del autor “tienen en común su condición histórica y las funciones centrales, aunque el grado de las mismas varíe” (ídem).

Para éste tipo de centralidades, se formula un cambio de funciones a lo largo de su configuración y de su relación con la ciudad, de las cuales se infieren tres momentos en su conformación. Inicialmente, se entiende como el lugar a partir del cual se

desarrolló la ciudad, y por ende, se constituye en la ciudad en su totalidad, pasando a asumir el carácter de centralidad urbana, para finalmente configurarse y entenderse como un “centro histórico” (Carrión, 2001:40).

Ante dicha definición, vale la pena resaltar la importancia de la vocación que posee una centralidad histórica como lugar representativo de la heterogeneidad, no sólo a nivel funcional, sino, a nivel social, cultural y estético, en tanto es la manifestación por excelencia del proceso histórico de desarrollo de una urbe,

Los centros antiguos no son homogéneos; concentran la diversidad de expresiones arquitectónicas, artísticas, económicas, espaciales y culturales que cada sociedad urbana fue produciendo y acumulando a lo largo de los siglos. Han tenido y deben seguir teniendo múltiples funciones urbanas: la habitación, el comercio, la vida política, la cultura (...) (Coulomb 2007: 3)

En este orden de ideas, propongo para efecto del análisis de esta investigación, asumir en adelante como centralidad histórica para ésta ciudad al lugar que alguna vez en su proceso de desarrollo se constituyó en su totalidad como la ciudad, y que debido a sus transformaciones funcionales y sociales, ha pasado a una segunda etapa en donde asume la condición de centralidad urbana (Carrión, 2001:40).

Debido al carácter relacional centralidad/ciudad, y a su condición de lugar de representación de las transformaciones ocurridas en la urbe, la centralidad también suele ser reflejo de los problemas estructurales de la totalidad en la que se encuentra inmersa. La problemática que afecta a estas áreas de la ciudad es compleja, y se constituye en respuesta a situaciones económicas y sociales que afectan en mayor o menor medida a las urbes latinoamericanas. Carrión (2001: 29-30), plantea algunos hechos fundamentales como los procesos de modernización, la disminución de la presencia del estado nacional, o la búsqueda de una inserción residencial debido a la pauperización de los estratos más bajos de la población, procesos causantes del deterioro y degradación de estos sectores, y que han afectado su configuración morfológica, social y cultural. Sin embargo, éste autor plantea que debido a las nuevas tendencias de urbanización en la región, existe un “regreso a la ciudad construida”, aspecto que lleva a una nueva valoración de la centralidad histórica, propiciando nuevos procesos de intervención; así, “el centro histórico cobra un sentido diferente, planteando nuevos retos vinculados a las accesibilidades, a las centralidades intraurbanas, a simbologías existentes y a las tramas de relaciones sociales que le dan sustento.” (Ídem.)

Como se mencionó anteriormente, puede considerarse que la centralidad se constituye en un reflejo de los procesos que se hacen presentes en la totalidad (es decir la ciudad) , así, al interior de los diversos tipos de relaciones que se generan a partir de los actuales dinámicas globalizantes, se hace cada vez más importante la imagen que las ciudades proyecten de sí mismas ante el escenario global, aspecto que representa una amenaza para la estructura social y espacial que configura las centralidades históricas, generando proyectos a gran escala desde la inserción de elementos que, al romper con la configuración morfológica y tipológica del lugar, generan conflictos y resistencias desde la población que lo habita.

Mario Lungo plantea la complejidad de la relación entre cultura, globalización y Centros Históricos, la cual, además de constituirse en una problemática, también se conforma como un desafío en las acciones de gestión de estos importantes espacios a nivel urbano. Así, se propone la existencia de cuatro escenarios en torno a los cuales se hace posible una reflexión relacionada con la gestión de los programas de recuperación de los centros históricos de las ciudades latinoamericanas como los son: la homogenización cultural producto de la globalización; la fragmentación de la cultura que corre paralela a la modernidad; la recreación de las distintas manifestaciones culturales; y la formación de nuevas identidades culturales (2003: 1).

En este sentido, hoy en día, tanto la disciplina arquitectónica como la urbanística se presentan como resultado de diversos cambios epistemológicos, y en un contexto que lleva consigo la homogenización de diversos aspectos culturales -como se considera a la globalización-, se le critica debido a su caracterización a partir de unos valores diferentes (o la carencia de éstos) desde los cuales se piensa la ciudad basados en una racionalidad heredada del movimiento moderno, además de la continua y apremiante búsqueda por la inserción en una vanguardia internacional la cual se ve reflejada en el diseño, materiales y espacialidades generadas sin un trasfondo teórico de fuerza, planteándose esta situación como un peligro para las centralidades históricas, constituido por “el irrefrenable impulso que asiste al hombre de hoy por dar paso a la vanguardia, eliminando o desnaturalizando la fisonomía que identificaba la ciudad de antaño.” (Gallardo y Sahady, 2004: 11).

Espacio/tiempo/sociedad

Comprender la centralidad como hecho histórico, genera una posibilidad de análisis a partir de las formas espaciales que la producen, y así, poder llegar a comprender la

relación entre ellas y los grupos sociales han hecho parte de éste proceso (Capel, 2005:20); sin embargo, esta posibilidad sólo se hace presente desde el reciente interés en la variable espacial dentro de los estudios de la teoría social, la cual, por mucho tiempo brindó un marcado protagonismo a la variable temporal.

Si bien la tradición moderna otorgó al espacio una calidad de contenedor, entendido, como lo expresa Foucault, como “lo muerto, fijado, lo no dialéctico, lo inmóvil” (Foucault, 1992b: 116); actualmente, el espacio y el tiempo “son categorías básicas de la existencia humana” (Harvey, citado por Betancourt, 2008: 27). En esta línea de pensamiento, cabe resaltar el aporte del sociólogo y filósofo francés Henri Lefebvre, quien se constituye en pionero de los estudios socioespaciales, abordando la habitual dicotomía espacio / sociedad; “el espacio considerado de manera aislada es una abstracción vacía (...)”¹ (Lefebvre, 1991: 12).

La relación dialéctica entre estas categorías se constituye en la base conceptual para abordar la producción espacial, en donde se entiende el espacio como una producción social, resultado de la relación constante entre la triada de momentos conformada por el espacio concebido, percibido y vivido, que en términos espaciales se expresa en: a) La *práctica espacial* ó espacio percibido, el cual se puede asumir como la cotidianidad en el espacio, en donde las relaciones entre la práctica social y la espacialidad proveen de particularidades al lugar; b) Las *representaciones del espacio* (espacio concebido), se entiende como el resultado de la relación entre el saber-poder, como representaciones “atadas a las relaciones de producción y al orden que ellas imponen”; y c) Los *espacios de representación* (espacio vivido), el cual se asume desde las imágenes y símbolos convirtiéndose en el espacio de los habitantes, de los usuarios, en donde se hacen presentes ciertos códigos que también están relacionados con lo que Lefebvre llama “el lado clandestino de la vida social”², es decir, el espacio donde también se generan las resistencias y se trasgrede la norma. (Lefebvre, 1991: 33-46).

El análisis de estos tres momentos permite visualizar cómo el espacio y lo social se producen mutuamente, unificando en el análisis espacial lo físico, lo mental y lo social, rompiendo con las tradiciones neo-kantiana y neo-cartesiana desde las cuales se establece una separación entre el espacio lógico-matemático (espacio mental), y un

¹ Traducción de la autora.

² Traducción de la autora.

espacio “real” (social), la cual conlleva un modo fragmentado de pensar el espacio. Así, la interpretación de estos tres momentos desde una relación simultánea se busca generar una “teoría unitaria”, en la cual la producción del espacio se asume como un concepto teórico y como una realidad práctica “indisolublemente ligadas” (ibíd., p.80).

Es razonable asumir que esa práctica espacial, representación del espacio y espacios representacionales contribuyen en diferentes formas a la producción del espacio de acuerdo con sus cualidades y atributos, de acuerdo con la sociedad o modo de producción en cuestión, y según el período histórico. Las relaciones entre los tres momentos del percibido, concebido y el vivido no son nunca simples o estables (...)³. (Ibíd., p.46).

Esta relación dinámica desde la cual se entiende la producción social del espacio, en donde “la producción y el producto se presentan como dos realidades inseparables”⁴ (ibíd., p. 47), se muestra una dialéctica clara, dentro de la cual, las luchas de poder se evidencian en el espacio; no existe un espacio por fuera de la acción productiva de la sociedad, y no hay sociedad sin un espacio el cual producir (o luchar), porque para Lefebvre “el espacio es siempre político y estratégico” (Lefebvre citado en Oslender, 2000). En este orden de ideas, las contradicciones espaciales son reflejo de las contradicciones y conflictos socio-políticos, los cuales, se producen al interior de mismo, por lo cual, se convierten en contradicciones del espacio (Lefebvre 1991: 421).

Siguiendo esta línea de pensamiento en donde se trascienden los análisis espaciales tradicionales, y pensando el concepto de espacio como una categoría “híbrida”, Soja (1998) retoma y “reconceptualiza” las propuestas de Lefebvre, propone que los hechos son simultáneamente sociales, históricos y espaciales como aspectos elementales del ser, planteando la necesidad de un equilibrio en las relaciones entre dichos aspectos, proponiendo una relación dialéctica entre cada uno de estos elementos sin que exista un mayor peso de uno sobre otro, una “trialectica del ser” (Soja, 1998: 71). En este sentido, busca superar esas relaciones binarias en donde se le atribuye una mayor importancia al aspecto social dentro de la producción espacial, ignorando las relaciones dialécticas entre espacio/sociedad, y que dejan de lado la historicidad; así como la subordinación que a veces asume la espacialidad ante la historicidad, o bien la relación entre lo social y lo histórico en tanto se relega el aspecto espacial.

De esta manera, la propuesta de Soja para el análisis de la producción espacial incorpora la idea de un “tercer espacio”, configurando una “trialectica de la

³ Traducción de la autora.

⁴ Traducción de la autora.

espacialidad”, conformada por un *espacio material* o percibido, un *espacio mental* o concebido, y el *espacio vivido* (el cual se constituye en el tercer espacio).

El primer espacio propuesto hace referencia al mundo físico, el cual se caracteriza por la posibilidad de ser reestructurado y medido, siendo el centro de los estudios tradicionales de todas las disciplinas espaciales (Soja, 1998: 66); por otra parte, el segundo espacio, alude a las representaciones que se tienen de él, diferenciándose del propuesto por Lefebvre en tanto no lo asume como el espacio “dominante” de reglas y discursos reguladores, proponiendo una forma de pensarlo desde términos subjetivos, semióticos, relacionándose en mayor medida con un espacio imaginario (ibíd., p. 67).

El planteamiento del tercer espacio se piensa desde la posibilidad de hacer una crítica al dualismo asumido tradicionalmente en la manera de pensar el espacio, por lo tanto, va mucho más allá de ser un espacio intermedio entre los otros dos, si bien ya se presentan las dos categorías de espacio, el físico (espacio1), y el mental (espacio2), y la existencia de una relación dialéctica entre ambos, lo que plantea el autor es la existencia de este espacio como “otro” espacio, en el cual se desarrollan y se hacen manifiestas las relaciones de poder, las cuales suelen ser abordadas principalmente desde los estudios críticos culturales.

(...) dichos espacios vividos de representación son entonces el terreno para la generación de “contraespacios”, espacios de resistencia al orden dominante derivados precisamente de su posición subordinada, periférica o marginal⁵. (ibíd., p. 68)

La propuesta de este espacio posee como puntos de partida el concepto de *heterotopias* desarrollado por Foucault, esos “otros” espacios singulares que se encuentran en diferentes espacios sociales y cuyas funciones son diferentes y en ocasiones opuestas; así mismo, presentando en el espacio supuestamente considerado heterogéneo, una dialéctica basada en la relación entre espacio, conocimiento y poder. No obstante, el principal aporte de Foucault que retoma Soja para la conceptualización de su tercer espacio se basa en las relaciones entre la espacialidad y la historicidad. (ibíd., 154-163). Por otra parte, Soja recurre al planteamiento de Lefebvre “siempre hay otro”, el cual se refiere a la posibilidad de ruptura con la tradición dualista que caracteriza el pensamiento de la modernidad (ibíd., p.60-65); constituyendo de esta manera un

⁵ Traducción de la autora.

espacio de la experiencia, empírico, “otro espacio” que incluye a “los otros”, conformado por las relaciones de poder que lo modelan.

Memoria, espacio y procesos identitarios

Durante el proceso de configuración de un espacio (en este caso la centralidad), se van generando elementos considerados representativos ya sea por sus cualidades estéticas o simbólicas; y su permanencia y reconocimiento en el tiempo se encuentran directamente relacionados con procesos de carácter identitario, presentados por García Canclini como

(...) ese conjunto de bienes y prácticas tradicionales que nos identifican como nación o como pueblo (...)preciado como un don, algo que recibimos del pasado con tal prestigio simbólico que no cabe discutirlo. Las únicas operaciones posibles - preservarlo, restaurarlo, difundirlo- son la base más secreta de la simulación social que nos mantiene juntos.
(1990: 150)

Estos elementos (o prácticas), alrededor de los cuales se produce una cohesión social, pasan a ser entendidos dentro del orden de “lo patrimonial” en tanto se consideran representaciones simbólicas de una colectividad (Prats, 1997:29); sin embargo, su característica patrimonial no está dada por sí misma, sino, por ser “activados” desde diversos grupos (en la mayoría de los casos las elites intelectuales); por lo que, estos bienes y prácticas de carácter identitario son “producto de una construcción social, conformada desde ideas y valores previos subsidiados por unos intereses” (ídem).

Bien podría decirse que el concepto de patrimonio se encuentra fuertemente relacionado con la idea romántica de la nación, que surge entre los grupos de intelectuales y políticos europeos que “están implicados en la legitimación de un proyecto identitario” desde la valoración de las raíces históricas (Kingman y Prats, 2008: 87); bajo un discurso “totalizador” en palabras de Salgado (2008), que solo representa a ciertos grupos minoritarios dentro de la sociedad. De esta forma, el patrimonio cultural “en la medida en que pretende representar una identidad constituye un campo de confrontación simbólica inevitable” (Prats, 1997:29).

En este orden de ideas, como resultado de los procesos modernizantes se presentan continuas transformaciones a nivel urbano, durante los cuales, muchos elementos se destruyen y pasan a ser sustituidos, obedeciendo así a las intervenciones originadas desde los discursos e ideales de los grupos dominantes en un “juego” constante de creación y destrucción de referentes simbólicos;

No hay contradicción ente modernidad y patrimonio, entre renovación urbana y patrimonio (...) por un lado se encuentra una tendencia a renovarlo todo, a cambiar la imagen de las ciudades, y por otro, una tendencia a producir lugares patrimoniales, lugares de nostalgia o lugares identitarios muchas veces ficticios. (Kingman y Prats, 2008: 89)

Guber, propone la identidad social como una construcción dinámica, “coproducida por actores sociales que se manifiesta en una específica articulación de atributos socialmente significativos” (Guber, 1999:115). Así, ha dejado de pensarse como una estructura estática, pasando a recrearse en un proceso histórico, produciéndose, consolidándose y /o transformándose a través de las interacciones sociales cotidianas.

En este sentido, si se asume la identidad como el resultado de una coproducción social, las relaciones de dominación se hacen implícitas en ese proceso de construcción identitaria, especialmente, en lo que se refiere a las identidades de orden colectivo, en tanto suelen ser propuestas desde un concepto hegemónico del “deber ser”,

Para reproducir el sistema, el esquema normativo hegemónico promueve determinados atributos de los grupos sociales y desaprueba otros, trazando así el camino hacia el “buen sentido” prevaleciente, en esta tarea pedagógica se desaprueban ciertas identidades en las cuales se deposita todo lo abyecto y vergonzante, lo que no corresponde al deber ser. (Guber, 1999:117)

Si se traslada al ámbito espacial esta permanente creación y re-creación de referentes simbólicos como un intento por generar relaciones de “pertenencia” e identidad en una colectividad, también se evidencian que en su interior son producto de conflictos, luchas y contradicciones, resultado de las diversas dinámicas marcadas por relaciones de poder. En este sentido, como lo expresa Kingman (2008: 88), “los usos del patrimonio y de la memoria se modifican en cada momento y en cada lugar en relación a los intereses sociales en juego”.

Este “palimpsesto” en el que se constituye el espacio, representa no sólo el acumulado de una historia que se evidencia en las estructuras edilicias; aquí, la memoria entra a jugar un papel determinante en proceso de identificación de la población con el sitio;

Una y otra vez la ciudad debe rehacer sus memorias, anclarse en un pasado diferente. La velocidad de los cambios, en ocasiones, impide que el habitante llegue a apropiarse de la nueva memoria, y que la ciudad misma pueda apropiarse del nuevo fragmento (Waissman, 1995:53)

Kevin Lynch (1972), plantea que “el entorno simbólico se utiliza para crear una sensación de estabilidad”, en donde muchos emplazamientos simbólicos e históricos de una ciudad transmiten una gran sensación de seguridad y continuidad, así, los recuerdos colectivos se apoyan en los rasgos estables del entorno, que se convierten en “un emblema espacial del tiempo”. (Lynch, 1972: 148). Sin embargo, estas constantes y rápidas transformaciones del espacio generan rupturas espacio/temporales propiciando ambientes “inestables” en los cuales resulta complicado establecer una relación de identificación entre el lugar y la sociedad.

De esta manera, las tensiones existentes entre lo que se considera Patrimonio y las nuevas estructuras llevan a la identificación de los diferentes actores y aquellas fuerzas que intervienen en estos procesos de “generación” de identidad, dinámicas de construcción y reconstrucción de lo que alguna vez fue la ciudad (hoy la centralidad histórica), y que evidencian una búsqueda por generar espacios de representación de la misma, intentándose responder a diversas lógicas que en muchas ocasiones se superponen a una realidad histórica y social local.

CAPITULO 2

Memorias de la Centralidad

Abordar los procesos de transformación de una ciudad desde las relaciones que llevan a la producción de sus espacios, permite pensar diversas lecturas desde las múltiples relaciones sociales, temporales y espaciales que las constituyen. La práctica espacial, como lo plantea Lefebvre, “consiste en una proyección sobre el campo de todos los aspectos, elementos y momentos de la práctica social”⁶ (1991:8), de esta manera, el espacio se presenta como “un fenómeno social producido y reproducido a través de la práctica, acompañado por un código siempre en construcción o remodelación por parte de sus usuarios”⁷ (ídem, p.17).

En este sentido, el proceso de construcción y reconstrucción sobre sí misma de la ciudad de Medellín⁸ pareciera ser su condición en cuanto a su producción espacial, lugar donde las relaciones entre la memoria, la materialidad y lo simbólico se encuentran sujetas a discursos sustentados en ideales de progreso que buscan borrar todas aquellas huellas de lo que “estuvo antes”, aquello que se convierte en sinónimo de atraso en términos físicos y espaciales, y por lo tanto, su correlación con un origen modesto, procedente de campesinos y mineros, quienes encontraron en el comercio una buena forma de acumular capital, y por qué no, de entrar a formar parte de las contadas familias pertenecientes a las elites tradicionales.

La conversión del montañero en hombre civilizado y urbano es, de un modo u otro, el objetivo de quienes estimularon estos procesos (los procesos de modernización de la ciudad)⁹. La ciudad requiere, para su funcionamiento, una actitud de cooperación y una disciplina social que se fundamenta en la creación del espíritu cívico y se apoya en el progreso de la ciudad: la imagen de una ciudad excepcional, por sus cualidades y virtudes, tanto naturales como creadas, hace parte de esta construcción conceptual y retórica. (Melo, 2004)¹⁰

Hoy Medellín, localizada en el centro del Valle de Aburrá y atravesada por el río que lleva su nombre, cuenta con 2'499.080¹¹ habitantes y se constituye en el centro de

⁶ Traducción de la autora.

⁷ Traducción de la autora.

⁸ Capital del Departamento de Antioquia, Colombia.

⁹ Nota de la autora

¹⁰ En línea: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/sociologia/moderniz/indice.htm#UNO>

¹¹ Plan de Ordenamiento Territorial de Medellín (2006).

una conurbación de 10 municipios que conforman el área metropolitana, contando con 2'945.034¹² habitantes.

Si se da una mirada general al proceso de transformación de la ciudad, podría decirse que comparte características similares al proceso de urbanización de cualquiera de las ciudades Latinoamericanas, no obstante, al realizar un acercamiento a los diferentes procesos sociales y principalmente de carácter económico, se empiezan a evidenciar ciertas particularidades en relación a la ideología bajo la cual las elites de la ciudad la concibieron y estructuraron durante una buena parte del siglo XX.

Con una fundación tardía en relación a otras ciudades del país¹³, Medellín atravesó por un acelerado proceso de desarrollo en donde, producto de una constante renovación de estructuras basadas en el discurso del “progreso”, o de la “competitividad”, ha llevado a una superposición de múltiples construcciones que han quedado disgregadas sin la posibilidad de ser leídas dentro de un contexto, dispersas por aquel sector que por un buen tiempo se entendía como la ciudad en su totalidad, y que hoy se configura como el centro urbano (Imagen 1), por lo tanto, el centro de Medellín lejos está de inscribirse en listado de las características que comúnmente se le atribuyen a los “centros históricos”, sectores frecuentemente asociados a los sitios fundacionales, a la ciudad preindustrial, en torno a la cual o sobre la cual se configuró la estructura urbana producto del acelerado desarrollo del capitalismo, y que aún conservan una relativa conservación de su arquitectura y estructura original.

Los centros históricos sufren cambios de funcionalidad, al menos bajo dos perspectivas: la una, la transformación en una centralidad de tránsito o flujos, y la otra, el paso hacia una centralidad compartida que entra a una tensión entre los dos tipos de centralidades, la urbana y la histórica. (Carrión, 2003: 136)

De esta manera, en Medellín el Centro se concibe por parte de la administración pública como un “centro tradicional y representativo” (Imagen 2), que si bien posee todas las características de los centros urbanos en tanto se configura como un lugar de flujos, que posee una multiplicidad de formas, funciones y actores, y que alberga en su mayoría actividades relacionadas con el sector terciario y cuaternario; presenta este juego dialéctico con la concepción de la “centralidad histórica” en tanto es reconocido dentro

¹² Ídem.

¹³ Medellín fue erigida como Villa en el año de 1675, y solo hasta el año de 1826 se le adjudicó el título de capital del Departamento de Antioquia. (Botero, 1996:3)

de un amplio sector de la población de la ciudad desde la suma de factores de orden simbólico, histórico y funcional, con el cual existe una identificación de carácter cultural como un sitio de referencia a nivel urbano (Imagen 3).

Por sus cualidades espaciales y funcionales, el Centro se encuentra hoy inserto dentro de un sistema de centralidades planteado para el municipio en el Acuerdo Municipal No. 62 de 1999, por el cual se adopta el Plan de Ordenamiento Territorial, así, en la sección 2 “Del sistema de centralidades del área urbana”, se hace una jerarquización en donde se distinguen como parte del sistema estructurante municipal el Centro Tradicional y Representativo de la ciudad metropolitana y los centros de equilibrio Norte y Sur; seguidos del sistema de centralidades zonales, barriales y vecinales¹⁴.

Por él, según la Gerencia del Centro¹⁵, pasan cada día un millón de personas, y es el lugar donde habitan ciento diez mil personas y trabajan trescientas mil; y debido a la carencia de terrenos de expansión, posee el mayor valor comercial por metro cuadrado en la ciudad.

(...) el Centro sigue siendo el principal referente histórico y cultural de la ciudad y sus actividades siguen convocando a una buena parte de la población municipal y regional (...) es hoy un centro amplio que cumple funciones locales, metropolitanas y regionales. Su delimitación administrativa y su caracterización funcional incluyen el centro fundacional original o "Centro Tradicional" donde se concentraron hasta hace pocos años la mayoría de los principales servicios institucionales y actividades representativas de la ciudad, así como los desarrollos aledaños que fueron periferia de la ciudad inicial, y los vecinos desarrollos donde se relocalizó recientemente la actividad administrativa gubernamental y han venido concentrándose los principales equipamientos representativos de interés supramunicipal (Gerencia del Centro, en línea)¹⁶.

Así, el presente capítulo hace una revisión de las diversas dinámicas económicas, culturales y sociales por las que atravesó la ciudad durante el siglo XX, y su influencia determinante en el proceso de desarrollo y transformación de este sector a nivel urbano, que se constituye en el reflejo de los problemas estructurales por los que atraviesa la ciudad.

¹⁴ Ver Acuerdo 62 de 1999 en :

http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/P_ciudad/pot/acuerdo62/index.jsp?idPagina=527

¹⁵ Ver: http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/I_gestion/papelesdelcentro.jsp

¹⁶ Ver: http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/I_gestion/elcentrovive.jsp

La lectura de este proceso de transformación se realiza inicialmente desde el abordaje de dos grandes momentos, donde se piensa como punto de ruptura la adopción del mecanismo de la Planeación Urbana en la década de los 50's. No obstante, en la segunda mitad del siglo se plantea una periodización basada en la imagen que desde los discursos de la planeación se le quiere dar a la ciudad, y a este sector en especial.

Inicialmente, se hace una presentación de los procesos ocurridos durante la primera mitad del siglo, los cuales aun se encuentran estrechamente ligados a una elite industrial y a sus decisiones en relación a la construcción de la ciudad, bien podría decirse que aquí se marca el inicio de la propuesta de una identidad no sólo para la ciudad, sino para el mismo habitante, caracterizada por los ideales de progreso de la modernidad. Por otra parte, la segunda mitad del siglo se ve marcada por el inicio de la Planeación Urbana, con la elaboración del Plan Piloto (1949) y el Plan Regulador (1953) por los urbanistas Lester Wiener y José Luis Sert, propiciándose un acercamiento de la ciudad al lenguaje de la planificación como estrategia, enmarcada básicamente por los principios de la arquitectura moderna que se hacen presentes en la ciudad hasta la década de los 80's.

En medio de una realidad mucho más compleja la planificación afronta nuevos retos al final del siglo, sin embargo, a pesar del giro que se ha dado en relación a la forma en cómo se piensa la ciudad, evidenciada desde las diversas intervenciones llevadas a cabo (especialmente en su centro), aun es posible vislumbrar una similitud con los discursos de principios de siglo, desde los cuales se sigue proponiendo una imagen de “desarrollo” (hoy apta para el consumo turístico), así como la producción de una identidad para los habitantes de la ciudad.

Primer momento: la Villa como centro

Desde sus fundación, y por más de un siglo, el crecimiento de la ciudad de Medellín se dio de manera concéntrica a partir de su núcleo fundacional, viéndose determinado por la presencia de dos barreras de carácter natural como el río Medellín (Occidente) y la quebrada Santa Elena (Norte), por lo que podría hablarse de una primera etapa en la configuración de lo que hoy se conoce como el centro urbano.

Hasta este momento la ciudad no era más que una villa conformada por una sociedad de tradición minera con una escasa producción agrícola, características representadas principalmente en una arquitectura en tapia, bastante sencilla en relación a sus elementos formales.

A finales del siglo XVIII, por orden del Cabildo se rectifican los callejones retorcidos de la Villa de la Candelaria y se comienza el empedrado de las calles para evitar el polvo y el pantano. Los vecinos se encargan de desyerbar y asear el tramo del frente de sus casas (...) (Londoño, 1988: 312)

Así, en el plano realizado en 1776, se presenta una ciudad conformada por unas cuantas manzanas que rodean la iglesia y la plaza mayor (hoy parque de Berrío), delimitándose por la carrera el Palo hacia el oriente, al occidente con la carrera Cúcuta, al norte con la quebrada Santa Elena, y por la calle Maturín al sur (Betancur y Quintero, 1984: 9). Paulatinamente, hacia mediados del siglo XIX, el límite generado por la quebrada se supera, y se produce una tendencia en el crecimiento tanto al norte como al sur, iniciándose en este sector el desarrollo de la zona de Guayaquil, la cual, se convertiría en un importante núcleo comercial. (ibíd., p.13)

Desde las décadas finales del siglo XIX Medellín adquiere un importante desarrollo económico determinante para la transformación de la ciudad y las dinámicas de sus pobladores; el comerciante adquiere un rol determinante en el proceso de transacción de mercancías necesarias para abastecer al sector minero, iniciándose así, una diversificación de la economía de la región y la implantación de una nueva economía de carácter industrial, en tanto la elite de la ciudad asume “el progreso” como el concepto rector de las intervenciones urbanas y como ideal de vida.

La idea de que Medellín puede, a pesar de su carácter secundario y periférico, volverse una ciudad moderna parece surgir hacia 1880 y afianzarse rápidamente, en medio de reiteradas llamadas al "progreso" y la "civilización". La modernización requiere el esfuerzo colectivo, que en la etapa inicial puede verse como político. (Melo, 2004)

Por su parte, comerciantes locales como extranjeros se dedicaron a invertir en minas e industrias que posibilitaron e incrementaron su estabilidad económica, iniciando así mismo, la transformación de la Villa a partir de la ejecución de diversas obras de infraestructura como la construcción y pavimentación de calles, adecuación de servicios públicos y creación de empresas e industrias; llevando de esta manera a la ciudad a configurarse a finales del siglo XIX como un creciente centro económico.

Ayudados por la acumulación de capitales del comercio y la minería, el paso siguiente fue la incursión en la actividad bancaria, que tiene un primer auge en los años setenta y ochenta cuando se establecen las primeras casas bancarias o bancos, y en las actividades manufactureras que tendrán un desarrollo en estos años. En el espacio urbano o en sus afueras surgen las “fábricas” de chocolates, jabones, cervezas, locería y

aún telas, lo que sería el preámbulo al desarrollo de los primeros centros fabriles en el primer decenio del siglo XX. (González 2006: 16)

La Sociedad de Mejora Públicas creada en el año de 1899 como sociedad privada sin ánimo de lucro, conformada por académicos e industriales, realizó sus principales intervenciones a nivel urbano durante los primeros treinta años del siglo. Bajo conceptos como el ornato y la higiene, se implantó una estética siguiendo los modelos europeos en la búsqueda de una ciudad moderna e industrializada. De esta manera, las corrientes francesas e italianas inspiran la producción arquitectónica de la época, en donde las fachadas de las edificaciones adquieren relevancia, aspecto que se hace visible desde la incorporación de elementos decorativos y de nuevos materiales enriqueciéndolas a nivel formal.

Bajo la influencia del presidente Rafael Reyes se creó en la ciudad otra organización que existe hasta el día de hoy, la Cámara de Comercio (1904), conformada igualmente por reconocidos personajes pertenecientes a las altas esferas sociales, especialmente por comerciantes e ingenieros, cuyo papel en el desarrollo económico local fue trascendental.

(...) ha sido pionera en el desarrollo social y urbano, desde el comienzo ha realizado campañas para embellecer la ciudad, canalizar las limosnas para casas de beneficencia, entre otros. Es promotor para la cultura de Medellín. Sus sedes han contribuido al desarrollo del Centro (...). (Corpocentro, 1999: 6)

Paralelamente a estas organizaciones, la presencia de otras entidades con ánimo de lucro se hacen presentes en el desarrollo urbano a través de la prestación de servicios mediante el establecimiento de privilegios y monopolios estatales, cuyos beneficiarios directos fueron personajes altamente reconocidos dentro de la elite local; tal es el caso de la creación de las primeras plazas de mercado cubiertas (Plaza de Florez y Guayaquil), las cuales quedaron bajo el monopolio de Rafael Flórez y de Coroliano Amador, así como la creación de compañías de transporte o la prestación del servicio de aseo de la ciudad. Algunos de dichos monopolios se mantuvieron solo hasta la primera década del siglo XX (Toro 1988: 303).

En relación al espacio público, las plazas, anteriormente de carácter colonial, fueron intervenidas, y se inició la construcción del núcleo comercial de la ciudad alrededor de la plaza de mercado de Guayaquil (1894), lugar donde llegaban diversos productos a nivel doméstico, además de los fardos europeos, ya fuera a través del

ferrocarril o por medio de la arriería (Zuleta, 1988: 249). De esta manera, el crecimiento urbano y poblacional se hizo presente, y a la par, la dinamización de diversas industrias entre las que sobresale la textil.

Según Betancur y Quintero (1984:12), para finales del siglo puede hablarse de una segunda etapa dentro de la configuración del centro de la ciudad, en donde se evidencian tendencias en el crecimiento urbano producto de los núcleos comerciales conformados al sur por la Plaza de mercado de Guayaquil, y la Plaza de Ferias al occidente. El sector correspondiente a Guayaquil y a la calle Carabobo, se consolida con la construcción de la estación Medellín del Ferrocarril de Antioquia (1907-1914), momento desde el cual se da un giro en la vida económica y cultural del lugar. Así mismo, con la construcción del tranvía en la primera mitad de los años veinte, se configuraron nuevas espacialidades en la trama urbana, como el asentamiento de obreros y de clase media en lugares periféricos de la ciudad (Botero Gómez 1996: 179).

De esta manera, la malla urbana se extendió hacia el nororiente, sobrepasando la quebrada Santa Elena, permitiendo el surgimiento de nuevos espacios, barrios de carácter obrero como Boston o el Salvador, y otros dedicados a las elites emergentes.

Como se mencionó anteriormente, la sociedad europea se constituye en un modelo a seguir, por lo cual la idea del “progreso” rige muchas de las decisiones que sobre la “planeación” de la ciudad se toman; la avenida la Playa se presenta como un ejemplo de la inserción de esos modelos incorporando el concepto del palacete europeo, edificándose casas quintas a ambos lados de la quebrada, e introduciendo un tratamiento paisajístico; convirtiéndose así, en el lugar de residencia de las elites.

Igualmente, el edificio de carácter comercial toma una marcada importancia reforzando la jerarquía del centro urbano; como lo menciona Ruíz “(...) como corresponde a una economía de comerciantes, el edificio comercial se convierte en una tipología más importante a veces en su definición ideológica que los mismos edificios gubernamentales.”(1988: 422), hecho desde la cual se puede observar el inicio de un proceso de constantes intervenciones urbanas en donde la construcción arquitectónica representa el carácter de una sociedad que se desarrolla bajo un imaginario de “empuje”, liderazgo y modernidad, por lo tanto, para éste entonces “no es casual que los nombres de los edificios (...) sean los apellidos de los principales empresarios y negociantes antioqueños de la época que sacaron adelante proyectos industriales (...)” (Molina, 1996: 628)

Durante las dos primeras décadas del siglo XX, ocurren dos grandes incendios en el centro, los cuales permiten que se lleve a cabo la construcción, especialmente en los costados del Parque de Berrío, de edificios realizados con nuevas tecnologías como el ladrillo y el cemento, los cuales configuran una nueva imagen para la ciudad, acorde con las dinámicas económicas y sociales producto de la industrialización.

Los incendios del centro de Medellín en 1917 y 1921 facilitaron la ejecución de planes de renovación urbana en los años 20, abriendo espacios para la pujante arquitectura oficial y privada. Se arraigó una nueva mentalidad con respecto al espacio, más afín con las transformaciones socioeconómicas y las cambiantes relaciones internacionales del país en materia comercial. (ibíd., p. 629)

Así, las primeras tres décadas del siglo representan un importante periodo para la arquitectura de carácter público en el centro de la ciudad con la construcción de edificios como el de la Gobernación o Palacio de Calibío (hoy Palacio de la Cultura), el Palacio Municipal y el Palacio Nacional, los cuales se configuran como hitos urbanos que aún permanecen y son reconocidos por una gran parte de los habitantes de la ciudad. De igual manera, fueron construidos dos de los edificios más emblemáticos de aquel entonces, el teatro Junín y el Hotel Europa, los cuales, como la gran mayoría pertenecientes a aquella época fueron demolidos para dar paso a una nueva imagen del sector.

Se consolida en este periodo un nuevo polo de atracción como lo es el Parque de Bolívar y la Catedral de Villanueva (Imagen 4), también conocida como Catedral Metropolitana, cuya construcción se iniciaría desde el siglo XIX, pero que tras un periodo de interrupción fue concluida en la década del treinta. Lugar que se conecta con el parque de Berrío, a través de los ejes de Junín y Palacé, conformándose de esta manera un eje que corresponde al centro, hoy conocido como “tradicional y representativo” de la ciudad (Imagen 4).

Las zonas de influencia de cada polo crecen dando cabida a los diferentes usos de la tierra. Haciendo que esta sea cada vez más rentable, se inician las construcciones en altura y la mayor densificación en construcción para evitar el desplazamiento del centro. (Betancur y Quintero, 1984: 26)

Durante este periodo las elites trasladan su lugar de residencia al naciente barrio Prado, al norte de la ciudad, localizado detrás de la catedral de Villanueva. Las construcciones de éste representan un importante aporte para el desarrollo arquitectónico de Medellín, que en palabras de Germán Téllez “posee un grato y amable urbanismo, provisto de una

arquitectura anecdótica y divertida (...). Rara vez la arquitectura de Colombia tornará aciertos tan gratos ambientalmente y tan funcionales como los que esos trozos de ciudad representaron en su época y continúan representando actualmente” (Molina, 1996:631).

El Hotel Nutibara se constituye en otra obra representativa del lugar, y en un buen ejemplo de la intervención del sector privado en el desarrollo de la ciudad; construido al inicio de la década del cuarenta, se presentó como una solución a la escasez de edificaciones de este tipo en la ciudad, además de traer consigo una importante intervención urbana con el mejoramiento de la infraestructura vial, el cubrimiento de la quebrada Santa Elena y la posterior construcción de la Plazuela Nutibara.

A nivel arquitectónico, el final de la década de los treinta representa el final de un periodo conocido como “Republicano” (ó Neoclásico) en la ciudad, sin embargo, algunos autores afirman que no hubo en Medellín arquitectura de tal estilo, sino más bien debido al efecto del “fachadismo” un remedo de ésta (Vélez, 2005: 59-60). Lo que vale la pena resaltar es la transición que se dio al modelo funcionalista norteamericano, con influencias de las obras de Wright y LeCorbusier; convirtiéndose paradójicamente por su calidad y representatividad, en la arquitectura que aún se conserva y es considerada en su mayoría como patrimonio del centro de la ciudad.

No se puede hacer referencia a éstas nuevas propuestas sin indagar en el inicio del pensamiento moderno en Medellín, Vélez (Ibíd., p, 53) propone las dos primeras décadas del siglo XX como el periodo durante el cual, a partir de la reunión de un grupo de filósofos y escritores de la ciudad, se crea la revista Pánida, en donde plasman el pensamiento base para la búsqueda a nivel conceptual en las obras de los primeros arquitectos de las décadas de los 30’s y los 40’s.

Con los Panidas aparece pues, en la segunda década del siglo XX, la Modernidad en Medellín, al buscar las nuevas ideas y las nuevas formas en antecedentes inmediatos, Nietzsche, Simbolismo, Art Decó, Bauhaus, Cubismo, practican un “modernidad” de aclimatación de lo exótico, lo foráneo, lo adaptan, lo vuelven criollo, les sirve de “utensilio de trabajo” y no lo copian, no lo calcan, lo transforman. Es un claro ejemplo de modernidad apropiada. (Ibíd., p, 55)

El manejo del concreto armado se hace característico en esta nueva manera de construir; el racionalismo y el funcionalismo traen consigo la ciudad norteamericana como ideal, como expresión del “progreso” y de una imagen acorde con las nuevas dinámicas económicas, y tras esta, un arrasamiento completo de todas aquellas estructuras que pudieran dar cuenta de un pasado colonial y republicano; quedando como evidencia un

importante legado de construcciones proyectadas por dos importantes figuras en el desarrollo de la arquitectura de Medellín, el arquitecto francés Charles Carré y el arquitecto belga Agustín Goovaerts.

El centro se reconstruye a partir de edificios modernos de una buena calidad de diseño arquitectónico, llevados a cabo en su mayoría por arquitectos nacionales, los cuales darían un giro a la imagen del lugar. Construcciones como La Naviera Colombiana (1946), el Bemogú (1947), el Álvarez Santamaría (1944), el edificio de Fabricato (1947) ó el del Banco de Colombia (1949) (Molina, 1996: 632), representan no sólo una época de auge económico, sino un cambio en la producción arquitectónica en la ciudad.

A nivel urbano, se empiezan a evidenciar tendencias en la configuración de los sectores residenciales, especialmente, debido al inicio de la explosión demográfica, producto de la cual, se genera la marginación de amplios sectores de la población. Así, se crean el Instituto de Crédito Territorial, y el Banco Central Hipotecario como instituciones que no sólo se promueven la vivienda popular, sino que se constituyen en un medio a través del cual el Estado nacional hace presencia en una ciudad donde la elite industrial ha dejado poco espacio para su intervención.

Para este entonces, la economía estaba en manos de monopolios que representaban los valores de los industriales antioqueños, los denominados “paisas”, “estaban unidos por una fuerte ideología regional-chovinista: conservadurismo católico, trabajo duro, piel clara, identificación frente a los “perezosos” e indisciplinados indígenas y afrocolombianos del sur” (Appelbaum, citado en Villa et al. , 2007: 3), y el diseño de la ciudad se da bajo los criterios de éstas clases dirigentes que proponen un modelo idealizado de Medellín como capital industrial (Ibíd., p.8).

La elite de Medellín, dirigida por los Echeverría y la ANDI¹⁷, fomentó deliberadamente una imagen de la ciudad como “oasis” de productividad capitalista pacífica, beneficiosa para la nación, que había que agradecer a la responsabilidad social de sus principales empresarios industriales. (Hylton citado en Villa et al., 2007: 8)

Los cambios durante las décadas del 40 y el 50 a nivel económico y social no se caracterizan por ser trascendentales, en la ciudad existe una economía que garantiza una estabilidad económica y social de la cual hacen parte industriales y comerciantes de

¹⁷ ANDI: Asociación Nacional de Empresarios de Colombia.

tradición; y aunque el comercio está ligado a una producción nacional principalmente, aún se mantiene el comercio de importados.

Si bien en la ciudad se habían presentado algunos intentos fallidos en la propuesta de planes como “El primer Plan de Medellín Futuro” elaborado en 1890, los cuales “(...) cumplieron la función de preparar la mentalidad de la clase dirigente sobre la necesidad de planear el desarrollo y de pensar en la planeación como estrategia para adelantar su visión de progreso sobre Medellín” (Villa et al., 2007: 1). La década de los cuarenta trae consigo nuevas concepciones e intereses sobre el urbanismo y las maneras de planificar el desarrollo de las ciudades. Bogotá se convirtió en un ejemplo de ello con la contratación del arquitecto vienés Karl Brunner, en tanto Medellín, contaría con la presencia del austriaco Paul Wiener, y el español José Luis Sert.

Segundo momento: el centro de la urbe

Entre planes, migraciones y “rascacielos”

Tras un periodo de relativa estabilidad económica y social, la ciudad, hacia la segunda mitad del siglo XX, se enfrenta a un giro radical ante las nuevas dinámicas a las que se debe enfrentar debido al proceso de transformación en una urbe de mayores dimensiones y complejidad.

Para esta época, la vocación de la ciudad ya se encuentra consolidada, concentrándose en ésta la mayor actividad comercial del departamento de Antioquia; en la década de los cincuenta aparecen los almacenes por departamento (Zuleta, 1988: 254), sin dejar de lado el comercio minorista presente en gran parte del centro urbano. Así mismo, durante el periodo comprendido entre la década del sesenta y setenta se da la construcción de los llamados “pasajes comerciales”, sumado a la construcción de los grandes supermercados en la ciudad, hace que la plaza de mercado de Guayaquil pierda protagonismo como espacialidad congregadora de personas pertenecientes a diferentes grupos sociales que acudían allí diariamente.

Como se mencionó anteriormente, un nuevo interés por el urbanismo y la planeación de la ciudad se evidencia en la contratación de urbanistas extranjeros en el país, en el caso de Medellín, José Luís Sert y Paul Lester Wiener, se encargaron de elaborar el Plan Piloto para la ciudad entregado en el 49; siendo completado por el Plan Director del año 59.

Este documento basado en los principios trazados por la Carta de Atenas, presenta una visión urbanística sustentada en las cuatro funciones y en la zonificación, proponiendo la creación de zonas industriales, un centro cívico, parques lineales y unidades residenciales. Igualmente, propone la creación de un Área Metropolitana conformada por los municipios que se encuentran en el Valle de Aburrá; la división de la ciudad en comunas, centrándose en la propuesta de la jerarquización del sistema vial (Sert y Wiener, 1950).

Algunos de las intervenciones puntuales propuestas en el Plan, concernientes al centro de la ciudad y a la propuesta de un nuevo centro cívico son:

Como se ha dicho repetidamente en el curso de este informe, cualquier nuevo plan para Medellín requiere el control del río y el cambio del ferrocarril, sacando la estación terminal del área central de la ciudad, lo que implica el movimiento del mercado central a su nueva localización.

Estos cambios permiten la recuperación y revalorización de áreas considerables de terrenos ahora sujetos a inundaciones.

(...) El nuevo sitio para el centro cívico sería posible una vez que la estación del ferrocarril y los depósitos se movieran a su nueva localización.

(...) Otro desarrollo comercial importante, además de la localización del mercado y los depósitos, sería lo largo de la ampliación de la avenida Cundinamarca, la mejorada calle San Juan, y a lo largo de la calle Colombia.... estos desarrollos comerciales prestarían el servicio del comercio local. (Naranjo y Villa 1997, citado en Villa et al., 2008: 4)

No obstante, ante el acelerado ritmo de crecimiento de la ciudad, el Plan se queda corto en relación a la solución de los principales problemas que se generan; por lo tanto, el desarrollo urbano se da de manera fragmentada, como respuesta a los diferentes procesos poblacionales.

Si comparamos el total de la población del municipio de Medellín acorde con el censo de 1973 que sobrepasaba el millón de habitantes, 1.151.762, con las cifras del censo de 1951, 358.189 habitantes, podemos ver como la población se triplicó en un periodo de 22 años. (Schnitter 2005)

Las grandes migraciones ocurridas durante las décadas de los años 50 y 60 se convierten en un hecho determinante que lleva a un cambio trascendental en la configuración urbana. Aunque se puede pensar en la violencia vivida en el país como una de las causas principales (para aquel entonces ya se estaban conformando grupos de guerrillas), no se puede negar el atractivo que la urbe presenta como representación del desarrollo y el lugar posibilitador de oportunidades de ascenso económico y social. De esta manera, como lo menciona Villa:

(...) durante los años sesenta y setenta, las laderas que antes servían de fincas de recreo, se vieron inundadas por pequeños ranchos que una y otra vez fueron destruidos por las autoridades, orientadas como estaban a evitar a toda costa el asentamiento definitivo de estos pobladores en la ciudad. Entre 1960 y 1970 llegaron a la ciudad alrededor de 600.000 personas y hacia mediados de los 60 se calculaba que existían unos 84 asentamientos ilegales. (Villa, s/f)

La producción arquitectónica de la ciudad en aquél entonces pasa por un periodo de transición imponiéndose el denominado “brutalismo” como corriente conceptual; en el cual las edificaciones dejan ver los materiales constructivos, predominando el gris del concreto a la vista como color característico. Mientras tanto, el centro urbano inicia la apropiación de una nueva imagen reflejo de la expansión económica mediante la construcción de los “rascacielos”, elementos que como lo expresa Molina (1996: 635), poseen el múltiple propósito de “servir como indicadores de poder económico de quienes los patrocinaban, producir el máximo beneficio financiero y crear marcas urbanas nuevas aprovechando elemento altura”.

Para justificar los altos edificios que en la práctica redujeron el parque (de Berrío) a una plazoleta, el gerente del Banco de la República se refería en 1966 a la necesidad de que "nuestra bella ciudad adquiriera la calidad de urbe moderna y que su plaza principal que enmarca su tradición civil y eclesiástica - centro histórico, religioso, económico y comercial- adquiriera la categoría que la capital de Antioquia merece y reclama. (Álvarez, 1996:26)

De esta manera, la década de sesenta y el setenta significa para el centro de la ciudad no solo la configuración de un centro urbano de carácter financiero, sino, que se reafirma su carácter residencial para las elites en tanto se construyen sobre ejes ya tradicionales como la avenida la Playa, el Parque de Bolívar, El Palo, Sucre y Maracaibo, altos edificios de uso mixto con apartamentos de lujo, dejando atrás las casonas y villas pertenecientes al principio de siglo (Molina, 1996: 635).

Edificios como el Furatena (1966) con 30 pisos, marcan el inicio de esta tendencia en la construcción del centro; así mismo, se edifica el Coltejer entre 1968 y 1972, proyectado por Esguerra, Sáenz, Samper, Urdaneta y la firma Darco; el cual se constituye en el más claro ejemplo de la superposición de elementos simbólicos en el sector, ubicándose en el lote ocupado por el teatro Junín y el hotel Europa, los edificios más representativos de la década de los veinte, que fueron demolidos para dar paso al nuevo icono representativo no sólo de ésta industria sino, que sería asumido como imagen de la ciudad como capital textil del país.

En esta década también se llevaron a cabo diversos planteamientos de intervenciones viales, por medio del Acta No. 31 de 1963, se plantea la reglamentación para la carrera Bolívar, en la que se propone la ampliación de la vía y el diseño para convertirse en un bulevar que una el centro histórico con la nueva centralidad planteada en el sector de la Alpujarra; sin embargo, a pesar de presentar un largo periodo de construcción, fue destruida por el viaducto del metro (Jaramillo, 1997: 39).

Para el año de 1968, se realiza el “Estudio del Centro de Medellín”, desde el cual se proponen una serie de acciones en relación a algunas vías del sector y a su peatonalización; así mismo, se formula en el setenta un nuevo proyecto vial para la ciudad, proponiendo la creación de un anillo vial bidireccional alrededor del centro histórico que posee entre sus finalidades orientar el transporte público y disminuir la densidad vehicular; otra de las estrategias utilizadas fue la ampliación de la calle San Juan, la cual trae consigo la desaparición de la Plaza de Cisneros. (ibíd., p, 40)

A finales de la década de los setentas, el mercado de Guayaquil sufre un incendio en cual daría fin a sus actividades llevadas a cabo por casi un siglo, generando el inicio de un proceso de decadencia del sector, en donde el abandono trajo consigo un lugar para la lucha por el territorio de grupos sociales al margen de la ley, donde el comercio de drogas, la violencia, la prostitución y la delincuencia marcaron la imagen del sector en la memoria de los ciudadanos de Medellín.

En cuanto a la ciudad, el Plan propone “un sistema arterial en el núcleo urbano principal, e incorporaba conceptos ya esbozados en 1964 del sistema arterial del río, perfilándolo cada vez mas como el corredor multimodal de paso libre” (Schnitter, 2005), y especialmente, la propuesta de la implementación de un transporte masivo, aprobando en el año de 1975 la construcción del Metro, del cual se iniciaron obras en el ‘85, y se concluyeron en el ‘95.

El deterioro del Centro

Si bien la actividad cocalera presenta un auge desde la década de los setentas, durante los años siguientes el comercio de droga se consolida en con la existencia de los “carteles”. Debido a esto, el dinero ilícito empieza a circular dentro de la ciudad cumpliendo un importante papel, y la inversión en propiedad raíz y en la construcción se convierte en la mejor manera de “lavar dólares”; así mismo, muchas personas pertenecientes a todos los sectores de la sociedad consiguen un trabajo dentro de los diferentes roles que se presentan en la cadena de producción y venta.

El inicio de la violencia y el narcotráfico en Medellín, se enmarca en una difícil situación económica por la que atraviesa la ciudad al entrar en crisis a nivel internacional el sector textil, así, ante el cierre de fábricas y despido de empleados, el negocio del narcotráfico se convierte en una alternativa rentable para poder sobrevivir.

La emergencia del narcotráfico y junto a este, el sicariato, con la idea del enriquecimiento fácil y toda una cadena de ilegalismos y de redes criminales, fueron acciones que, si bien aparecen coyunturalmente desde los setenta, llegaron para quedarse, pues lograron entronizarse fácilmente en unas estructuras socioculturales y políticas que reunían las condiciones adecuadas para admitirlas, incorporarlas y desarrollarlas. (Angarita, 2004: 118)

De esta manera, los Ochentas en Medellín se definen desde un fenómeno que alcanza todas las dimensiones sociales, incluyendo las culturales, generando un nuevo tipo de estéticas de la “opulencia” expresadas en el vestuario, los autos y hasta en el mismo cuerpo; y, donde la arquitectura no es una excepción. Así, construcciones que siguen el ejemplo de otras ciudades internacionales entran a formar parte del paisaje urbano, en donde, el sector tradicional del Poblado, se genera como un nuevo polo de desarrollo e inversión atractivo, especialmente para el dinero del narcotráfico.

Desde la década de los setentas, las milicias ya hacían parte de muchos de los barrios que ocupan las laderas de la ciudad, sin embargo, ante el incremento de la situación de inseguridad, éstas empiezan a desempeñar un rol “protector” para los miembros de su comunidad. Por una parte, algunas adquirieron poder debido a su incursión en el negocio del narcotráfico; mientras que otras formaron parte de grupos de insurgentes como las FARC o el ELN, encargándose de realizar las famosas “limpiezas sociales”. De esta manera, y como lo expresa Angarita (2004: 120), en la ciudad se presenta un aumento de la violencia entre las décadas del 80 y del 90, en donde, entre los tres primeros años de ésta última, se presentan cifras que superan los 6000 muertos por año; muchos de éstos debido a ajustes de cuentas, guerras entre organizaciones criminales, o a la guerra librada entre el gobierno y el narcotráfico.

Así, esta violencia se ve expresada espacialmente a nivel urbano, debido no sólo a los altos índices de inseguridad, sino a la nueva ola de desplazados que llegan a la ciudad (o al desplazamiento interno), debido al conflicto armado que se da tanto en el campo como en la ciudad. Por lo tanto, si se hace una georeferenciación de la violencia, se encuentran entre las principales zonas afectadas de la ciudad la Nororiental, Noroccidental y la Centro occidental; siendo la Comuna 10 (correspondiente al Centro)

el sector más inseguro, con mayor índice de delitos contra la vida, integridad física y el patrimonio (Moreno, 20004: 219-220).

Dichos procesos generan una cadena de reacciones, el desempleo de aquellos recién llegados a la ciudad empieza a manifestarse en la presencia de un alto número de indigentes o en el mejor de los casos de vendedores ambulantes, los cuales se establecen en el espacio público, en especial en el centro de la ciudad, generándose conflictos entre éstos y el gobierno, o con los habitantes y propietarios del lugar. Aspectos que llevan a violentas luchas por el territorio, detrás de las cuales hay intereses económicos y políticos de quienes manejan diferentes negocios de carácter ilegal.

Así, con el surgimiento de nuevos centros de desarrollo como el sector del Poblado, el centro de Medellín entra en una etapa crítica en la cual se presentan altos niveles de deterioro en su tejido urbano y social, reflejo de problemáticas como la exclusión, desempleo, subempleo, delincuencia, prostitución, entre otras, producto de una violencia de orden estructural.

Ante tan compleja situación, con la creación en el año de 1985 del Plan de Desarrollo Metropolitano del Valle de Aburrá, se inicia la intervención y el reordenamiento del Centro (Villa et al., 2007: 95); por lo cual, la planeación urbana, que hasta el momento parece estar enfocada desde una visión bastante ingenieril dirigida al desarrollo vial, asume y se empieza a visibilizar el Centro como sitio representativo de la ciudad, y su deber ser como representación del espacio público.

Respecto a la configuración del lugar, durante este periodo su imagen comercial de carácter popular se acentúa con la aparición de un tipo de comercio basado en un mercado de contrabando denominado “Sanandresitos”, los cuales se caracterizan por ser edificios conformados por pequeños locales en donde se vende todo tipo de mercancías. Hasta hoy la zona mantiene dicha vocación, presentando centros comerciales con esta misma tipología de comercio, zona conocida ampliamente en la ciudad como “El Hueco”.

Se suma a lo anterior, el tortuoso y lento proceso de construcción del Metro, el cual se inicia a mediados de la década, implicando todo lo que trae consigo la construcción de obras de semejante envergadura: cierre de vías, movimiento de materiales y desplazamiento de grupos sociales.

La producción arquitectónica durante ésta década se encuentra representada por proyectos como la remodelación del antiguo Seminario Conciliar, convertido en el

Centro Comercial Villa Nueva, así como la restauración de la antigua Estación del Ferrocarril y el inicio de la restauración del Palacio de la Cultura.

En cuanto a obras relacionadas con el equipamiento urbano, se destaca a mediados de la década, la construcción del Centro Administrativo La Alpujarra y con ésta, el traslado de las sedes del gobierno municipal y departamental a este sector, es decir, el traslado al centro institucional concebido desde los cincuenta dentro del Plan Piloto.

Así, en este periodo se propicia un retorno a la discusión arquitectónica en la ciudad relacionada con la recuperación de espacios públicos y defensa del factor ambiental, intentándose un rescate de la significación de la calle y el barrio, e iniciándose el debate sobre el patrimonio cultural y los espacios simbólicos (Ruiz, 1988: 426).

Una nueva visión de ciudad

La década del noventa estuvo marcada por sucesivos programas enfocados en el mejoramiento y recuperación del centro de la ciudad, especialmente, en asuntos relacionados con la movilidad, accesibilidad, el espacio público y el control de problemáticas como las ventas ambulantes, enmarcado en un contexto de violencia que viene afectando la ciudad desde la década anterior, y que se ve representado por fuertes episodios como atentados con “carro bombas”, además de las altas cifras de homicidios cometidos por el sicariato producto de la guerra entre carteles.

Así, la mayoría de los Planes de desarrollo de las diferentes alcaldías tienen como eje conductor la elaboración de políticas públicas orientadas a la mitigación de tan profunda problemática social; sin embargo, para el año de 1991 se expide por el Concejo de Medellín uno de los acuerdos más relevantes a nivel de planeación urbana que involucra al Centro, el Acuerdo No. 11 / 91, por medio del cual se establece autonomía en cuanto a la normatividad que lo cubre, sin dejar de entenderlo desde su relación con la ciudad (Plan de Desarrollo de Medellín 1995, citado en Villa et al., 2007: 104).

Desde este punto, resulta interesante el cambio en la visión que se tiene sobre el Centro, en tanto se asume como un elemento representativo de la ciudad, cuya delimitación se da de acuerdo a la percepción histórica, social y cultural que lo configura, por lo que se pretende:

Promover la intervención y consolidación del desarrollo del centro de la ciudad como espacio funcional para la convivencia, mediante el

mejoramiento de las condiciones para su uso y disfrute colectivo, con la participación de todos los agentes en forma concertada, respetando en forma equilibrada las características de tipo cultural, cívico y comercial de esta zona de la ciudad. (Ibíd., p. 110)

En cuanto a los problemas de movilidad y accesibilidad en el sector se realizaron diferentes intentos desde el cambio de sentido en la circulación de vehículos en algunas de las calles principales, remodelación de las mismas, o exclusión del tráfico pesado, las cuales, solo se plantearon como soluciones aisladas que poco o nada han contribuyeron con una problemática más amplia como lo constituía la circulación peatonal.

Durante los primeros cuatro años de ésta década se destaca en el sector la restauración del Palacio Nacional por el arquitecto Germán Téllez; obra que ha generado amplias discusiones en relación a la manera en que, siguiendo la corriente del “reciclaje”, se intervino el edificio en su interior, propiciando lo que hoy en día se constituye en una multitud de espacios mínimos dedicados a la venta especialmente de ropa y calzado.

Así mismo, en 1993 se crea la Corporación Cívica Centro de Medellín CORPOCENTRO, entidad conformada por las empresas más representativas del sector privado¹⁸. Por medio de la canalización de los aportes de la empresa privada en los diversos proyectos llevados a cabo por las administraciones públicas, se evidencia el importante papel que aun juegan en el desarrollo de la ciudad la intervención del gremio de los industriales.

En el año 94, durante la alcaldía de Luis Alfredo Ramos, se construye el polémico Parque de San Antonio, en un amplio sector del centro de la ciudad que estaba destinado a vivienda (Jaramillo, 1997:42). Con éste se da el inicio a las diferentes estrategias implementadas para la recuperación del espacio público en el Centro. Criticado ampliamente por su calidad ambiental, se configura como una amplia plaza en donde se encuentran ubicadas esculturas donadas por el artista Fernando Botero, y que a nivel del subsuelo alberga parqueaderos. Esta Plaza, se conecta con un espacio verde (que resulta pequeño en relación a la Plaza), y que sirve de acceso desde la calle San Juan, allí se encuentra la tradicional Iglesia de San Antonio. El 11 de Junio del año 95 se camuflaron explosivos en una de las esculturas causando la muerte de 28 personas.

¹⁸ Ver: <http://corpocentromedellin.com/>

Sin embargo, la planeación en la ciudad se aborda desde una perspectiva diferente desde mediados de la década, cuando entra a formar parte de su discurso la importancia de la inserción de las ciudades en una economía de orden global, así, el Plan de Desarrollo 1995 – 1997 propuesto por el alcalde Sergio Naranjo contempla que “la construcción de la ciudad deseable y posible con visión de futuro debe partir del reconocimiento del entorno económico y político mundial en que vivimos, antes de evaluar nuestras propias condiciones y definir las estrategias para el corto, mediano y largo plazo” (PDM¹⁹ 1995-1997, p. 2).

En éste, se hace un especial énfasis en el fortalecimiento de subcentros urbanos desconcentrando actividades del Centro tradicional, mientras se propone la localización de proyectos de vivienda, tratamiento de áreas deprimidas y recuperación del espacio público, propiciando mecanismos a fin de establecer “garantías para la inversión pública y privada” (ibíd., p, 52).

Elaborar el plan zonal para el centro de Medellín y sus planes sectoriales de apoyo.

Avanzar en el proceso de planificación continua del centro que incluya el reordenamiento del espacio público.

Promover la construcción de centros cívicos y culturales al aire libre.

Intervenir y dinamizar los procesos de la economía local en sectores formal e informal con el fin de minimizar los conflictos y maximizar los beneficios generados por la reactivación crecimiento y desarrollo de los procesos económicos.

Programas de intervención de áreas deprimidas o de actividades deteriorantes para la dinamización de sectores o polos de desconcentración, para el incremento, la consolidación y el mantenimiento del espacio público. (Ídem)

Se mencionan en este Plan, proyectos específicos para el sector relacionados con la “preservación y consolidación del patrimonio arquitectónico, urbanístico, ambiental y cultural”, mediante la restauración de bienes como los Edificios Vásquez y Carré, y la intervención en sectores como el barrio Prado, la avenida La Playa, y los parques de Berrío y Bolívar, para “la memoria colectiva de los ciudadanos”, y el desarrollo de actividades artísticas, educativas, recreativas, científicas y culturales. (Ídem)

El siguiente plan de Desarrollo 1998- 2000, propuesto por la alcaldía de Juan Gómez Martínez, continúa con la búsqueda de acciones necesarias para que la ciudad logre un avance en el desarrollo económico y en la competitividad. Igualmente, hace un

¹⁹ Plan de Desarrollo de Medellín.

marcado énfasis en aunar esfuerzos para conseguir la seguridad y la paz a través de la integración social. El tratamiento del espacio público se presenta como un eje fundamental en el propósito de construir ciudad y ciudadanía, convirtiéndose en un elemento integrador del desarrollo urbano.

En cuanto a las políticas relacionadas con el Centro de la ciudad, se realiza una reflexión en relación a la compleja situación social por la cual atraviesa el sector marcado por las ventas informales²⁰, la invasión del espacio público, los altos niveles de indigencia²¹, prostitución y criminalidad.

El Centro de la ciudad sufre graves problemas de deterioro físico, inseguridad y congestión. El espacio público ha sido invadido por la economía informal. La vivienda y los negocios de prestigio se han desplazado a otros sitios. Ha dejado de ser el lugar representativo de nuestra ciudad para convertirse en un gran mercado público que sin lugar a dudas presta un gran servicio a un importante sector de la ciudad, pero que adolece de calidad espacial y variedad de opciones y actividades para que en realidad constituya la sala de nuestra ciudad, orgullo de propios y extraños. (PDM 1998-200, p, 75-76)

Por lo tanto, se proponen como alternativas la rehabilitación integral de barrios del sector, teniendo como objetivo la recuperación de la vocación residencial mediante la recuperación del espacio público y la dotación de equipamiento urbano. Se proponen como intervenciones puntuales en el lugar:

- La formulación de un plan del centro que consulte y defina acciones sobre los problemas críticos que aquejan el área central, y en especial la reubicación de ventas callejeras.
- Intervención en el sector de la Veracruz. A partir de la relocalización del Museo de Antioquia, se desarrollará un proyecto de mejoramiento del sector que comprende la Iglesia de la Veracruz, el actual Museo de Antioquia, el Palacio de La Cultura, el antiguo Palacio Municipal (posible localización del Museo), La Plazuela Nutibara y su integración con el bulevar de La Playa.
- Intervención en los barrios de La Alpujarra y Guayaquil. Mediante la ejecución de un parque arborizado, que a la vez que sirva de lugar de reunión de la comunidad y de activación de su entorno, actúe como pulmón verde para este sector que se caracteriza por un alto predominio de pisos duros. (ibíd., p, 80)

²⁰ Para entonces el 51% del empleo en la ciudad se encuentra dentro del llamado sector informal de la economía, correspondiendo en gran parte a actividades comerciales desarrolladas en el espacio público, especialmente en el centro de la ciudad. (Plan de Desarrollo de Medellín 1998-2000, p. 28)

²¹ El censo realizado por Bienestar Social en 1.996, registró, sólo en el centro de la ciudad, la presencia de 1.501 habitantes de la calle, y el censo de 1.997, mostró la existencia de 2.000 habitantes de la calle, de los cuales el 30% eran menores de 18 años. (Plan de Desarrollo de Medellín 1998-2000, p. 63)

De esta manera, el proyecto “Ciudad Botero” (hoy llamado Plaza Botero), se convierte en el abanderado de esta alcaldía, correspondiendo con el segundo punto anteriormente expuesto. Apunta a la recuperación del espacio público basado en el componente cultural y a la proyección de la ciudad a nivel internacional. Sin embargo, el proceso de construcción e implementación de la Plaza requirió del desplazamiento no solo de venteros sino de comerciantes establecidos en el lugar, mediante acciones que fueron fuertemente cuestionadas en aquella época.

Cabe resaltar el llamado al reconocimiento del valor patrimonial de espacios y edificaciones no solo del lugar, sino de la ciudad en general, proponiéndose la implementación de mecanismos e instrumentos que hagan viable la conservación sin afectar el patrimonio económico de los propietarios de las mismas. La generación de usos acordes con los inmuebles mediante su adquisición y adecuación como medio de reactivación especialmente de sectores centrales, así como la divulgación de inventarios en todos los sectores de la ciudad como medio para establecer “la base de la identidad histórica y el sentido de pertenencia de nuestra ciudad”. (ibíd., p, 81)

De esta manera, a partir de la revisión del POT que se dio entre los años 99-2000, el comúnmente conocido centro tradicional, que solo se concebía dentro de los límites del sector fundacional (Parque de Berrío), fue ampliado en función del reconocimiento de otras áreas de importancia en el desarrollo histórico del sector, concibiéndose una nueva delimitación para lo que hoy se denomina como “Centro Tradicional y Representativo” de la ciudad.

Desde este momento, la planeación de la ciudad asume un discurso en el que se comparte una nueva visión de ciudad, en donde la competitividad y la inserción en el escenario global se convierten en el motor para la implementación de las diferentes intervenciones que fueran realizadas en el lugar con miras a transformar a Medellín en una ciudad centro de negocios y de moda, apta para el consumo turístico.

Un nuevo milenio, una nueva imagen

Iniciando el milenio, Medellín inaugura la Plaza Botero y el Museo de Antioquia (antiguo Palacio Municipal), una obra en donde la intervención del espacio público se ve complementada con la exposición de esculturas que hacen parte de la obra donada por el artista Fernando Botero a la ciudad. Este proyecto se constituye en un detonante que marca el inicio del proceso de intervenciones en el centro, donde se busca la

recuperación del Centro Tradicional y Representativo como “factor clave para la promoción de la ciudad” (PDM 2001-2003, p, 33).

“Medellín competitiva”, es el nombre del Plan de Desarrollo propuesto por la alcaldía de Luis Pérez para el periodo 2001-2003, donde se invita a los ciudadanos a que consuman “más ciudad, más cultura y más espacio público” (Plan de Desarrollo de Medellín 2001-2003, p, 2). En relación a la recuperación del espacio público, propone como uno de sus programas clave “El renacer del Centro”, en el cual se considera la necesidad del un plan especial

(...) orientado a mejorar la calidad urbanística y ambiental del Centro y la recuperación de su significado y su capacidad de convocatoria para todos los sectores sociales de la ciudad metropolitana, mediante la integración coherente de las diversas intervenciones en gestación o en marcha a su interior o en su periferia inmediata y a la protección y potenciación de su patrimonio cultural. (ibíd., p, 73)

Así, dentro del mismo se proponen una serie de intervenciones puntuales en donde se involucra el tratamiento del espacio público y de algunos elementos de carácter patrimonial en una zona de amplia importancia a nivel histórico y cultural como el tradicional sector de Guayaquil; entre las intervenciones se encuentran:

- La Ciudadela Educativa y Cultural
- La Plaza de la protesta y la recuperación de los edificios patrimoniales que la conforman (Hoy conocida como Plaza de la Luz en el sector de Guayaquil)
- El Parque Explora
- La II etapa del Museo Antioquia
- El eje cultural La Playa – Boyacá
- El Centro Internacional de Negocios y Convenciones
- El Centro de espectáculos
- La línea Anillo Central de METROPLUS
- El reordenamiento de las rutas de transporte público de pasajeros
- La recuperación de plazas, parques y espacios públicos (Ídem).

De igual manera, se inicia en la ciudad la construcción de parques como el de los Pies Descalzos, ubicado en un sector ampliamente deprimido, a pesar de estar rodeado por equipamientos urbanos tan importantes como el teatro Metropolitano, el Edificio de las Empresas Publicas (conocido como Edificio Inteligente), el palacio de Exposiciones y la Alpujarra. Este parque, complementado con el Museo Interactivo el cual posee un

carácter público-privado al ser llevado a cabo por las Empresas Publicas de Medellín, se convierte en modelo para las nuevas intervenciones en el espacio público en la ciudad.

En su plan de Desarrollo “Medellín compromiso de toda la ciudadanía”, la alcaldía de Sergio Fajardo (2003-2007), formula la implementación del Programa “El Centro Vive”, y la creación de la Gerencia del Centro, continuando y concretando proyectos que habían sido formulados desde la anterior administración, además de la propuesta de nuevas intervenciones.

Por su parte, el programa “El Centro Vive”, se propone abordar problemáticas bien conocidas en aspectos como la movilidad, el espacio público, el comercio informal, desde la integración del territorio a partir de la estructuración del espacio público, equipamientos, la cultura, la educación y la recuperación de la vivienda en todos los niveles socioeconómicos. Así, los proyectos que hacen parte del Programa son:

- Plan Especial del Centro
- Construcción y consolidación de parques (Parque y Biblioteca Explora, Parque Jardín Botánico, Centro Cívico San Lorenzo y Plaza de Cisneros.)
- Construcción y consolidación de paseos urbanos (avenidas La Playa y Carabobo)
- Articulación de espacios públicos (Cisneros, Alpujarra I y II, Plaza Mayor; Centro de Espectáculos)
- Organización y adecuación de espacios para venteros ambulantes
- Reasentamientos de población por procesos de renovación urbana – bajo el principio de protección a moradores
- Construcción de viviendas nuevas en el Centro. (PDM 2004 – 2007, p, 107).

En el año 2005, se creó por parte de la Administración Pública la Gerencia del Centro, proyecto estratégico mediante el cual se encarga del desarrollo del Centro mediante la coordinación de las acciones propuestas por las secretarías y demás dependencias de la administración pública. Entre sus propósitos se encuentran:

- Apropiación por el Centro de la ciudad como escenario para el encuentro y el desarrollo económico.

- Repoblamiento del Centro mediante estrategias de seguridad, el mejoramiento ambiental, la atención a grupos vulnerables, el reconocimiento de los bienes patrimoniales y la autorregulación ciudadana.
- Posicionamiento del Centro de Medellín en el escenario local, regional, nacional e internacional (Gerencia del Centro)²²

En relación al Plan de Ordenamiento Territorial, en éste se expresa la necesidad de formular un Plan Especial del Centro (PEC), así, en el Plan 2004 – 2007 se estipula que debe tener por objeto lograr que el Centro como símbolo de la ciudad se recupere como un espacio funcional, seguro y agradable para el encuentro cívico, cultural, turístico, religioso, recreativo, comercial, de servicios y residencia. (Plan de Desarrollo de Medellín 2004-2007, p, 177).

De igual manera, resulta relevante la elaboración del Plan Especial de Protección Patrimonial PEPP, dentro del cual se lleva a cabo una revisión y actualización del listado de Bienes declarados de interés Nacional y Municipal, como medio para la catalogarlos, declararlos patrimonio y normatizarlos (ídem). La importancia de dicha medida radica en el hecho de evidenciar el alto porcentaje de bienes y sectores de carácter patrimonial²³, hasta el momento declarados o con posibilidad de llegar a serlo, que se encuentran en el centro de la ciudad (Imagen 3).

Merece mencionarse el proceso de intervenciones de carácter urbano que se inició durante esta administración y se continuaría en la administración de Alonso Salazar, las cuales consistieron en grandes inversiones de carácter puntual en algunos sectores marginados de la ciudad.

Dentro de las acciones llevadas a cabo sobresalen los programas de los parques bibliotecas y equipamientos educativos, los cuales consistieron en la construcción de edificios públicos en la búsqueda del fortalecimiento de centralidades barriales en zonas carentes de servicios culturales, educativos y recreativos. Igualmente se concibieron los Proyectos Integrales Urbanos (PIU), Nor-Oriental, Comuna 13 y la Intervención Integral de Moravia, zonas marcadas por problemas de violencia y marginalidad.

²² Ver: http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/I_gestion/elcentrovive.jsp

²³ A pesar de que se listaron más de 400 bienes inmuebles, no se ha llegado a la instancia de las declaratorias debido a las medidas relacionadas con los incentivos de carácter tributario. .

De forma paralela, se crearon viviendas de interés social que ofrecieron soluciones de vivienda a grupos ubicados en zonas consideradas de alto riesgo como el proyecto de Vivienda de la Quebrada Juan Bobo, el Proyecto de vivienda de Nuevo Occidente, y el plan de reubicación de los habitantes del antiguo basurero de Moravia.

Finalmente, se desarrollaron varios proyectos relacionados con las propuestas de Paseos, Peatonalización de calles y creación de Parques lineales, esto, con el fin de promover la recuperación de la calidad urbana de la calle como espacio público. De igual manera, la construcción del Sistema Urbano Integral Metrocable propició la creación de nuevos espacios públicos diseñados en las zonas de influencia del mismo.

Si bien estas acciones se plantearon de manera independiente y, respondiendo a necesidades particulares como lo expone González, “luego de irse tejiendo, definieron una estrategia urbana integral para ir perfilando aquello que se denominó *urbanismo social*” (2010:111). Este modelo de intervención urbana llevo a la ciudad a un reconocimiento internacional a partir de los diversos premios en bienales de arquitectura y menciones por parte de organismos internacionales, especialmente, por la sustentación que se dio a ellos por parte de la Administración Municipal a partir de la concepción de una “deuda histórica” con aquellas poblaciones marginadas:

En estas lecturas de la ciudad emerge una realidad contundente, la marcada desigualdad que existe en Medellín en el desarrollo de sus territorios; así, en algunos, particularmente en las comunas de la ladera nororiental y noroccidental, así como en los barrios de ocupación indebida, se concentran los índices de desarrollo humano y los indicadores de desarrollo mas bajo de la ciudad; y es allí precisamente donde la deuda social histórica se hace más profunda y donde las inequidades y los dolores asociados hacen más compleja la construcción del tejido social. La decisión de la ciudad es actuar sobre un territorio con todas las herramientas del Estado, de manera simultanea, en una intervención integral que abarca las múltiples dimensiones del desarrollo humano de sus habitantes, y de esta manera promover en la ciudadanía bienestar, equidad, oportunidades y desarrollo social. Esto es lo que se ha reconocido en el mundo como el Urbanismo Social de Medellín. (Rodríguez y Valencia, 2011: 17)

Actualmente, la alcaldía de la ciudad se desarrolla bajo el lema “Medellín es solidaria y competitiva”, y desde la propuesta de su Plan de Desarrollo se puede leer la intención en establecer una continuidad con los proyectos realizados desde la administración

anterior. No obstante, resulta evidente que en relación a los programas planteados para el centro de la ciudad, se hace énfasis en el aspecto social, mucho más allá de la realización de intervenciones de gran envergadura. En la línea 1 del Plan “Medellín, ciudad solidaria y equitativa”, se propone como Programa la “Gestión del Plan Especial del Centro”

(...) orientado a mejorar la calidad urbanística y ambiental del Centro, y a la recuperación de su significación y de su capacidad de convocatoria para todos los sectores sociales de la ciudad metropolitana, mediante la integración coherente de las diversas intervenciones en gestación o en marcha a su interior o en su periferia inmediata y la protección y potenciación de su patrimonio cultural. (PDM 2008-2011, línea 1, p, 31)

Donde se propone como proyecto “El Centro es Cultural, Seguro y Solidario”, en pos de “(...) posicionar el Centro de Medellín en el escenario local, regional y nacional, repoblarlo mediante estrategias de atención a grupos vulnerables, acompañamiento a obras, reconocimiento de los bienes patrimoniales, la autorregulación como ejercicio de ciudadanía y promover la apropiación por parte de la población residente y transitoria” (ídem).

De igual manera, en la Línea 2 del Plan “Desarrollo y Bienestar para toda la Población”, se hace un llamado a la vigilancia y control del espacio público, especialmente en el Centro de la ciudad el cual “soporta el 44,36% de los 8.595 vendedores informales regulados de la ciudad y otro tanto se controla a diario en forma coercitiva. Existen en la actualidad 17.000 solicitudes presentadas ante la autoridad reguladora” (PDM 2008-2011, línea 2, p, 15).

Finalmente, las líneas de acción dentro de las cuales se enmarcan las intervenciones propuestas por la Gerencia del Centro durante la actual alcaldía se basan en la convivencia, la atención a la población vulnerable y la adecuación de espacios públicos, a través de campañas como “El Centro es Solidario”, “El Centro es de Todos y Todas”, “El centro es seguro” y “El Centro es Cultural” se pretende una apropiación y cambio de percepción de los ciudadanos respecto a este sector de la ciudad (Gerencia del Centro)²⁴.

²⁴ Ver: http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/I_gestion/elcentrovive.jsp

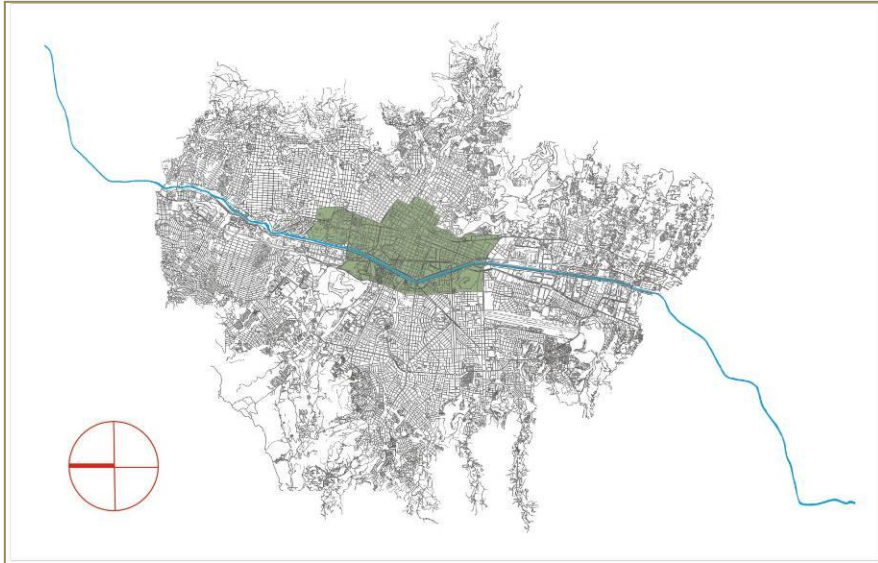


IMAGEN 1.
Ubicación del Centro de Medellín.
Plano elaborado a partir del Plan Especial del Centro PEC (2007).

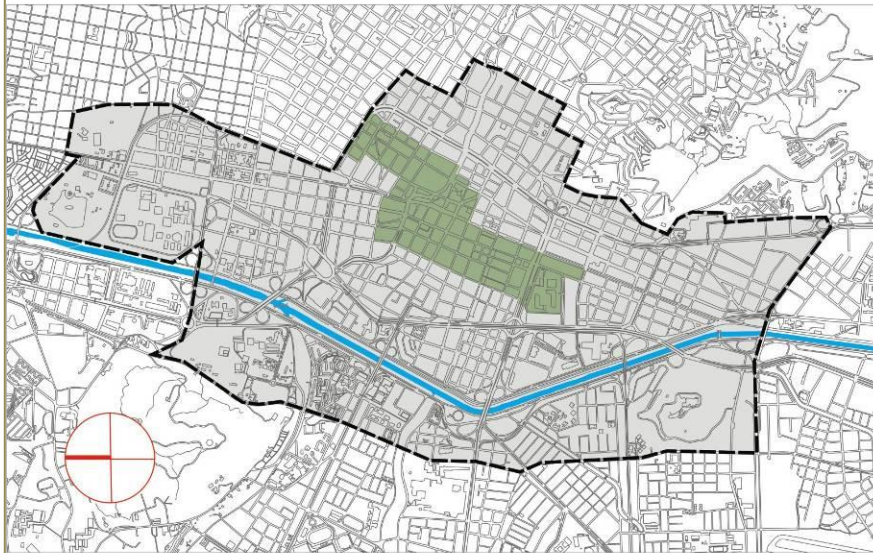


IMAGEN 2.
Ubicación del Centro Tradicional y Representativo.
Plano elaborado a partir del Plan Especial de Protección Patrimonial PEPP (2007).

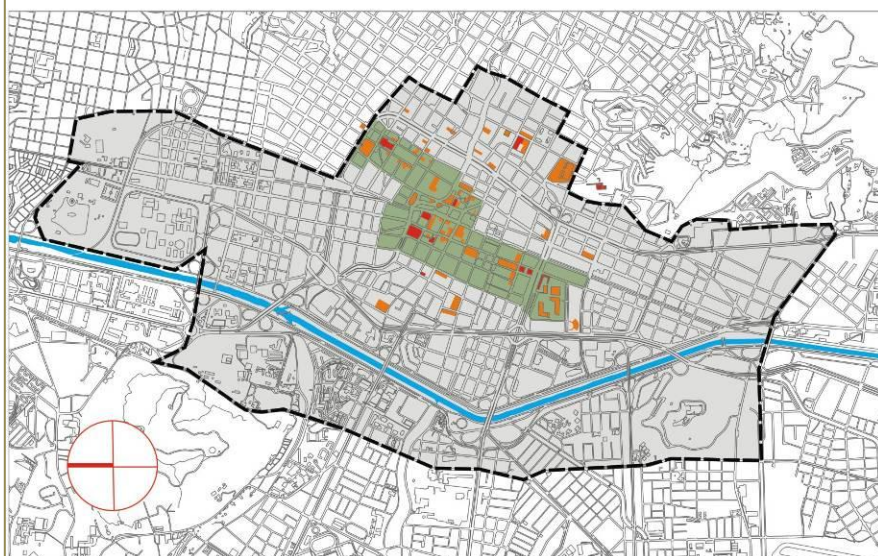


IMAGEN 3.
Ubicación de bienes inmuebles con declaratoria Nacional y Municipal al interior del Centro Tradicional y Representativo.
Plano elaborado a partir del Plan Especial de Protección Patrimonial PEPP (2007).

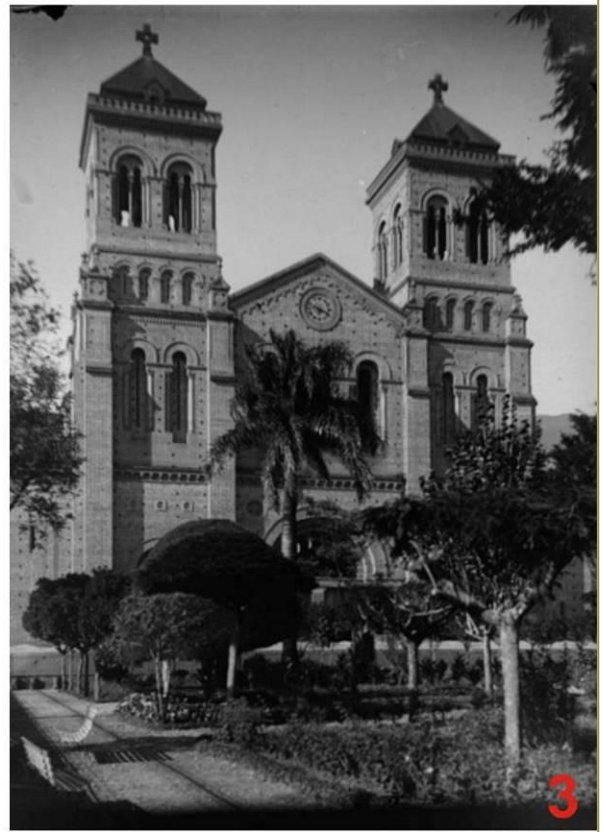
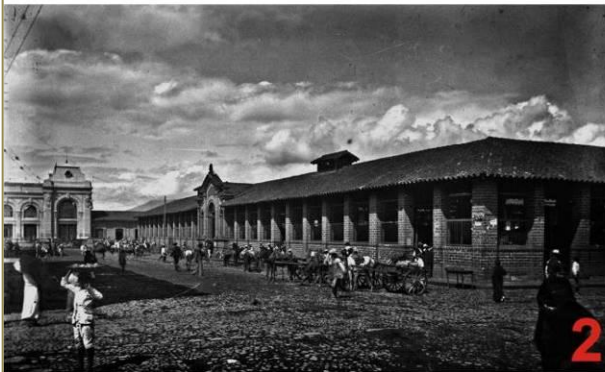
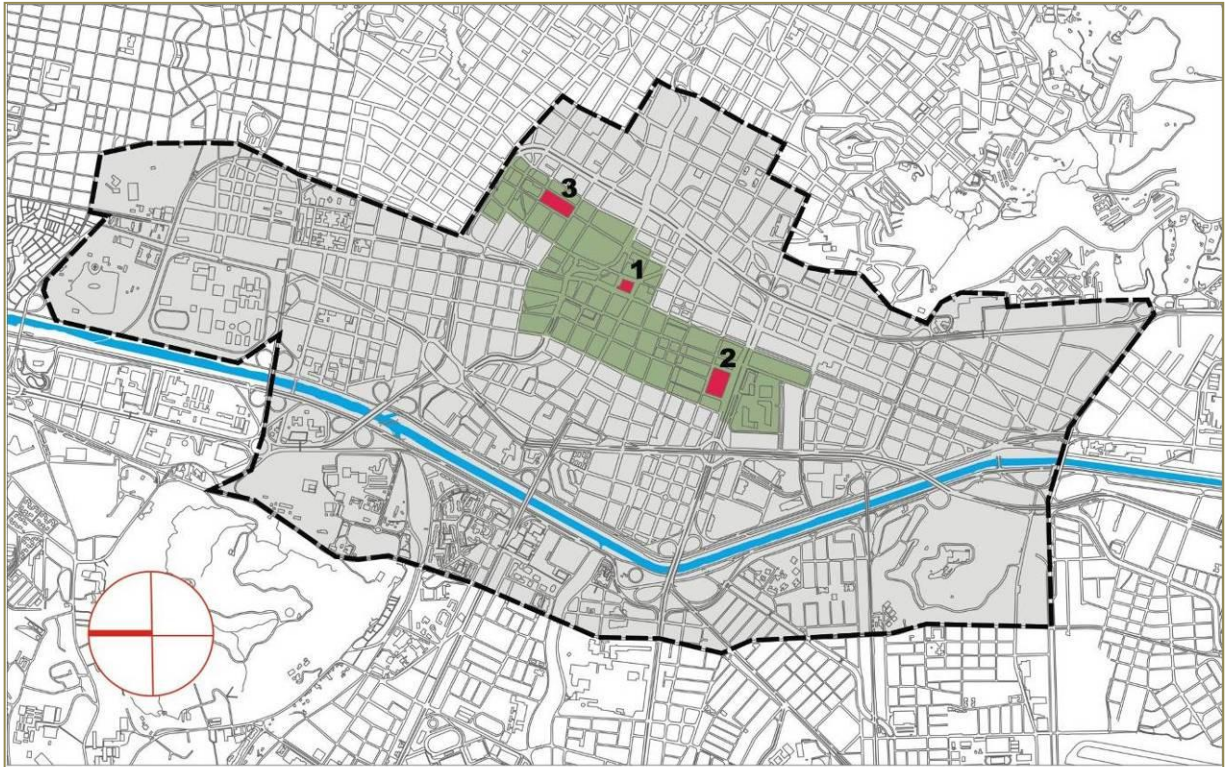


IMAGEN 4. CONFIGURACIÓN DE POLOS DE DESARROLLO DEL CENTRO DE LA CIUDAD.

1. Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria, Parque de Berrío.
2. Plaza de Mercado de Guayaquil.
3. Catedral Metropolitana, Parque de Bolívar.

Plano: elaboración a partir de Betancur y Quintero, 1984.

Fotografías: Archivo Digital Biblioteca Pública Piloto Medellín.

CAPITULO 3

Estudios de caso, palimpsesto de historias

Realizar una reflexión sobre el espacio y su producción conduce a indagar, como lo plantea Capel (2005:20), sobre las fuerzas sociales, económicas y culturales que influyen en su configuración y transformación; a pensarlo de forma dialéctica, como resultado de una constante tensión entre diferentes lógicas que coexisten en el ámbito físico y simbólico, enmarcado en un contexto socio-histórico, producto de diversas cargas ideológicas presentes en los discursos desde donde se conciben.

Lefebvre (1976), propone la comprensión del espacio como un significante que puede ser leído como un texto social, en donde se encuentran en constante pugna las prácticas sociales de producción del espacio y las prácticas de producción planificadas, así, la ciudad se presenta desde la posibilidad de una lectura e interpretación de los diversos códigos que entrañan sus espacialidades.

En este orden de ideas, concebir el espacio requiere ir más allá de la materialidad, de asumirlo como un simple contenedor donde se desarrollan las relaciones sociales, en tanto su producción y transformación se ven atravesadas por concepciones, imaginarios y representaciones que emergen de él, se proyectan y a su vez lo condicionan. Así pues, las prácticas que en éste se llevan a cabo traen consigo una lucha de intereses que intentan legitimarlo desde los diversos discursos allí presentes.

El centro de la ciudad, como espacio de heterogeneidad, de la diversidad, puede ser entendido dentro de ésta lógica de disputas de espacios materiales y simbólicos, de imaginarios y memorias que se superponen, especialmente en un centro donde existen múltiples traslajos de estructuras y arquitecturas, y donde rápidamente cambian en un espacio los referentes materiales y quedan las memorias.

Como se evidenció en el capítulo anterior, este espacio de la ciudad se configura como un escenario de transformaciones continuas ligadas a las ideas de progreso y desarrollo presentes en la mentalidad de las elites desde inicios del siglo XX, sin embargo, a mediados de este siglo, el desplazamiento de la población residente, la llegada de nuevos sectores inmigrantes de bajos recursos, el cambio de usos orientados hacia actividades económicas, y la práctica de la planificación generan profundos

cambios en las dinámicas sociales y espaciales, evidenciándose no solo en su paisaje, sino que se traduce en un complejo entretrejado de relaciones sociales y espaciales.

Transformaciones que, como se observó anteriormente, se pueden asociar a momentos históricos en los cuales se enmarca el proceso de construcción de este lugar, producto de las relaciones entre las prácticas sociales y las prácticas planificadoras, las cuales van imprimiéndole características particulares de orden estético, funcional y social a lo largo de los últimos 50 años. Debido a esto, se presentan las siguientes cuatro intervenciones en este lugar como ejemplos que dan cuenta de cada uno de estos momentos de la centralidad en Medellín, los cuales serán analizados en la actualidad a la luz de las relaciones entre las diversas prácticas que intervienen en la producción espacial.

El edificio Coltejer, ícono industrial

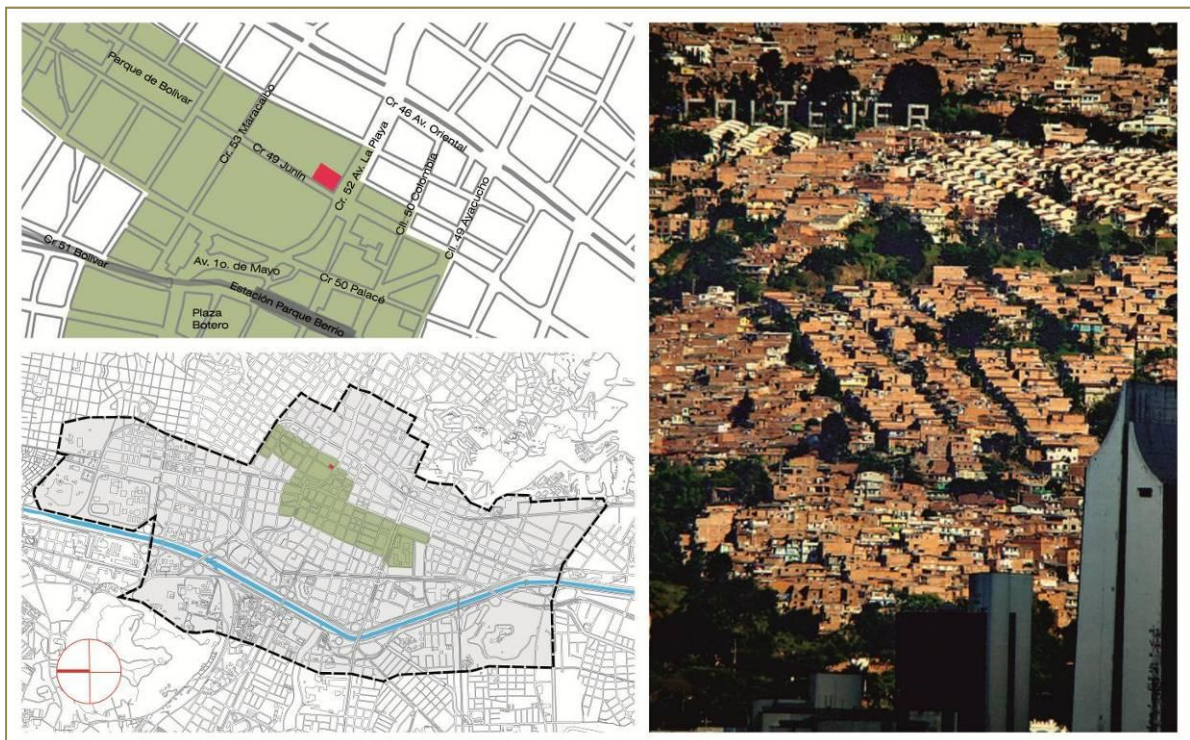


IMAGEN 5. UBICACIÓN EDIFICIO COLTEJER Y LETRAS ALUSIVAS A LA FÁBRICA EN LA LADERA NORORIENTAL.

Planos: elaboración Carolina Estrada.
Fotografía: Periódico el Colombiano²⁵.

²⁵En:

http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/la_casa_que_queda_debajo_de_la_r/la_casa_que_queda_debajo_de_la_r.

La historia de Medellín se encuentra marcada por un importante desarrollo industrial que se inicia en los primeros años del siglo XX, producto entre otras causas, de una acumulación de capitales en manos de comerciantes, mineros y cafeteros de Antioquia residentes en la ciudad; la demanda de bienes de consumo en las nuevas regiones cafeteras y mineras, y el desarrollo del Ferrocarril de Antioquia, el cual ayudaría a superar el aislamiento geográfico que caracterizaba a esta montañosa región (Poveda, 1996: 312), llevaría a la ciudad a perfilarse a nivel nacional e internacional como una importante productora, especialmente del sector textil.

Fueron muchas las fábricas de alimentos, licores y textiles que durante la primera mitad del siglo XX jalonaron su desarrollo, y el auge de la industria influyó notablemente en la vida urbana, aumentándose el número de sus habitantes debido a la migración campesina en búsqueda de trabajo.

En este sentido, las industrias jugaron un papel determinante, tanto a nivel de la configuración de la ciudad por la construcción de barrios obreros, como en el establecimiento de una nueva imagen de la *familia obrera* y la creación de políticas de bienestar para los trabajadores. La relación entre las fábricas y sus obreros se vieron marcadas por una actitud paternalista de carácter religioso, evidenciadas en las diversas alternativas de habitación para sus trabajadores.

(...) En Bello, Fabricato mantiene un dormitorio de 250 lechos bajo la supervigilancia de las Hermanas católicas de la Presentación, donde se les da a las solteras alimentación y alojamiento, deduciéndoles algo del salario. En medio de las habitaciones, bien tenidas, hay una capilla, comedor, salón de conferencias, biblioteca y sesteadero. La enseñanza escolar es suministrada, tanto a los obreros como a sus hijos si lo desean. Coltejer proporciona a las familias de sus obreros, arrendamientos a bajo precio. (Parsons, citado en Botero Herrera, 1996: 281-282)

Así, el bienestar de las familias obreras se constituyó en una preocupación para los empresarios, asociándolo con una mayor productividad, como lo manifiesta Arango (1996: 492) “a las grandes compañías textiles les interesa consolidar un personal productivo, motivado y estable, que responda a sus exigencias”.

Igualmente, para los obreros de la ciudad, este tipo de relaciones permiten una estabilidad para la consolidación del ideal de familia para aquel entonces, facilitando en primera instancia la consecución de vivienda propia, y estableciendo lazos con las empresas por largos periodos, en una época donde la industrialización llevaba a competir, como lo plantea Fernando Botero (1996: 282), incluso por la mano de obra.

Ha construido la empresa Fabrica Tejidos de Bello para darles en arrendamiento a los obreros un grupo de casas frente a la fabrica (...) para conseguir una en alquiler es necesario tener cuatro obreras en el establecimiento, los hombres no se cuentan. (ibíd, p. 281)

De esta manera, la imagen de *ciudad industrial* acompaña a Medellín a lo largo de siglo XX, y para la década de los 70's, se hablaba de ella como "la 'Manchester' latinoamericana" debido a que la actividad textil, se constituía en el motor del desarrollo industrial antioqueño (Herrera, citado en Valencia Restrepo, 1996: 476). Para esta década, se producía en la ciudad y su área circundante el 90% de los textiles de algodón del país, y en el ámbito latinoamericano ocupaba el primer lugar de mayor productividad textil por disponer del parque de producción más automatizado y eficiente en la región. (Valencia Restrepo, ibíd.).

Entre las industrias más representativas se encuentra la Compañía Colombiana de Tejidos COLTEJER, fundada en 1907 por Alejandro Echavarría, dedicada en sus inicios a la producción de telas de algodón.

En la década de los 70's COLTEJER abre un concurso en la búsqueda del diseño de un edificio para "(...) satisfacer con proyecciones adecuadas a la imagen de la empresa, a la imagen de Medellín y a las esperanzas de la comunidad (...)" (Periódico el Correo, 1968a:11). El diseño ganador fue desarrollado por los arquitectos Esguerra, Sáenz, Urdaneta, Samper y la firma Darco; consiste en una torre esbelta que posee como especial característica su remate, el cual se compara con la forma de una aguja, adoptándose así como edificio símbolo de la vocación textil de la ciudad.

Ubicado en el cruce de la avenida La Playa con la calle Junín, nodo comercial cargado de memoria, el Edificio COLTEJER construido en el año 72, se implanta en el lote de lo que anteriormente fuera el Teatro Junín y el Hotel Europa, edificaciones ejemplares de la arquitectura de los años 20 diseñadas por el arquitecto Belga Agustín Goovaerst, y centro cultural de la ciudad hasta el año 69, cuando fueron demolidos para dar paso a su construcción.

Influenciado por las corrientes romántica y neogótica, Goovaerst construyó en la ciudad varias edificaciones representativas como el Palacio Nacional, El Palacio de la Cultura, la Iglesia del Sagrado Corazón y la Iglesia de San Ignacio entre otros; sin embargo, el Teatro Junín y el Hotel Europa se consideran como unas de las obras máximas de la arquitectura colombiana tanto a nivel formal como estructural. Desde su construcción en 1924, se convirtieron en el epicentro de la vida cultural de la ciudad y

su conexión con la cultura mundial; con sus 4500 localidades, el teatro albergó a importantes compañías y artistas internacionales y nacionales, espectáculos como zarzuela, opera, y teatro se daban lugar allí, en aquel sitio que para entonces, llegó a convertirse en el séptimo teatro cubierto más grande del mundo (Molina, 1996: 630). Su importancia y época de esplendor aun se hace presente en los recuerdos nostálgicos de quienes llegaron a acudir a sus funciones, como lo manifiesta Fabio Botero:

(...) y lo que fueron esos inolvidables llenos del Teatro Junín con semejantes espectáculos (...) el mundo musical de Medellín, que siempre ha contado con una nutrida, fiel y devota audiencia culta de conciertos, corales, etc; alcanzó a sacudir entonces capas sociales que nadie hubiera soñado: artesanos, trabajadores y estudiantes, que colmaron con un fervor conmovedor la galería del Teatro Junín y aplaudieron frenéticamente. (Botero Gómez, 1996: 548)

Por lo tanto, la construcción del Edificio COLTEJER, permite leer la búsqueda del protagonismo de este nuevo elemento, evidenciado no solo desde la intención de convertirlo en el primer “rascacielo” de la ciudad, sino desde el lugar de su implantación, el cual contaba con un amplio reconocimiento de los habitantes por ser el sitio cultural por excelencia en Medellín.

Si bien, su aporte al espacio público del sector no se materializa en su diseño mediante espacios al aire libre como lo existía en otras de los diseños concursantes, el edificio ofrece sus dos primeras plantas totalmente permeables en donde hoy se encuentra una suerte de pasaje comercial, y hasta hace pocos años, contaba en su tercera planta con la presencia de dos salas de cine, como una especie de restitución al sector y a la ciudad del importante espacio cultural demolido en pro de la construcción de la imagen moderna.

Su constitución como “icono” de Medellín se evidencia en postales, llaveros, y demás *souvenirs* que aun hoy en día, hacen parte del acervo de imágenes que representan a nivel turístico a la ciudad, a pesar de que el sector de producción textil ya no es el principal renglón de la economía, en una ciudad que día a día intenta proyectarse como prestadora de servicios.

La “imagen” de COLTEJER permanece en la memoria y el paisaje de la ciudad, su importancia en diferentes niveles de la vida urbana ya sea como opción de empleo y “progreso” económico y social (especialmente para los migrantes campesinos durante la primera mitad del siglo XX), como patrocinadora de bienales de arte a inicios de la

década del 70²⁶, implantando las letras de su nombre en la ladera centro oriental de la ciudad (ladera de barrios de origen obrero), o con su edificio insignia; COLTEJER se asocia con la actividad industrial textil, que reside en la memoria de muchos de sus habitantes y de la que aun se enorgullecen y relacionan con ese ideal del “empuje paisa” materializado en este tipo de hitos urbanos.

²⁶ Coltejer patrocinó cuatro Bienales de Arte en la ciudad en los años 68, 69, 70 y 81. Para la década de los 70's Suramérica solo contaba con esta Bienal y la de Sao Paulo, ambas reconocidas a nivel internacional.



IMAGEN 6. “SUPERPOSICION DE HITOS URBANOS: TEATRO JUNÍN – EDIFICIO COLTEJER”.

Fotografías 1, 2 y 3. Fuente: Archivo Biblioteca Pública Piloto. Fotografía 4. Fuente: Archivo personal.

La estación en el parque



IMAGEN 7 UBICACIÓN PARQUE DE BERRÍO.

Fotografía: Parque de Berrío visto desde la estación del Metro.

Planos: Carolina Estrada

Fotografía: archivo personal.

El sistema de transporte masivo Metro de Medellín, se concibe desde el año de 1979 como una alternativa para el mejoramiento de la movilidad en la ciudad y el Área Metropolitana, sin embargo, solo hasta el año de 1985 se daría inicio a la obra con la construcción del viaducto. Planeado para que su línea principal, la línea A²⁷, siguiera el eje del río Medellín, el cual atraviesa el Valle de Aburrá en sentido longitudinal Norte – Sur y, a pesar de un cese de actividades en su construcción entre los años de 1988 y 1992, se inauguró de manera definitiva en noviembre de 1995.

Esta obra de envergadura monumental se constituyó en el primer medio de transporte de éste tipo en el país, e incidió de manera determinante en la configuración del paisaje urbano de la ciudad e incluso de los municipios del área Metropolitana por donde transita; entró con sus obras al centro de Medellín en el año de 1988, en donde se

²⁷ En la actualidad, el sistema cuenta con la Línea A (norte-sur); Línea B (centro – Occidente); Línea K conformada por el metro cable (hacia el Oriente); Línea J conformada por el metro cable (hacia el Occidente); y la línea L, que empalma con la línea K y continua su trayecto en metro cable hacia el oriente, al Parque Arví en el Corregimiento de Santa Elena.

ubican 5 estaciones²⁸ de las 19 que hacen parte de esta línea; y con éste, se marca una nueva etapa de transformación en el Parque de Berrío, producto hoy, de una serie de intervenciones sociales y espaciales, que consistieron desde la reubicación de venteros ambulantes, hasta el amoblamiento y tratamiento de espacios públicos siguiendo los parámetros de la imagen “Metro”.

Así, esta nueva transformación entra a la lista de adecuaciones y remodelaciones que hacen parte de la historia del Parque, ajustándolo cada una de ellas a las concepciones de la “espacialidad deseada” según la época, y a las necesidades que se presentaron desde el momento en que Medellín aún era una Villa.

Desde el siglo XVII el Parque representó para la ciudad el centro de las actividades políticas, comerciales, económicas y religiosas; escenario de manifestaciones, mercado público y hasta ejecuciones; el Parque fue Plaza Mayor hasta el año de 1895, cuando adquirió su nombre actual, y se introdujo en él la estatua del gobernante Pedro Justo Berrío. Objetivo de las acciones de la Sociedad de Mejoras Públicas y del Concejo de Medellín, encargados durante finales del siglos XIX e inicios del XX de la tarea de “ornato y embellecimiento” de la ciudad, el Parque fue en el transcurso de sus historia intervenido con diseños de jardines en su interior, cercado con rejas, y amoblado con kioscos.

Durante el transcurso de su historia sucedieron tres grandes incendios (1916, 1921 y 1922), los cuales suelen pensarse como un método que permitió, a partir de la destrucción de todo rastro de edificaciones antiguas, un aumento en el precio del suelo y la transición de la “imagen de pueblo”, conformada por la presencia de sencillas edificaciones en tapia de uno y dos pisos, a la “imagen de ciudad”, en tanto permitió la construcción paulatina de edificios acorde a los modelos extranjeros, y a las actividades que empezaron allí a desarrollarse.

Un incendio acaecido en Medellín en Marzo de 1916, nos ha dejado enseñanzas que conviene hacer conocer para que sean aprovechadas. Los edificios destruidos estaban situados al lado Norte del Parque de Berrío y tenían ocupada la parte baja por almacenes y las altas por bancos y hoteles. Los edificios fueron completamente destruidos. Sobre los escombros se levantaron magníficos edificios modernos que son adorno de la ciudad. Pues bien, antes del incendio las propiedades daban un medio por ciento (1/2 por 100) de interés mensual sobre su valor, ahora dan un uno por ciento (1 por 100) sobre el valor antiguo añadido al de los gastos de reconstrucción. (Olano, 1930:83, citado en Botero Herrera, 1996:197)

²⁸ Estaciones Hospital, Prado, Parque de Berrío, San Antonio, y Alpujarra.

La consolidación del otro parque, el de Bolívar, sumado a la construcción simultánea de un importante centro de mercado y transacciones como la Plaza de Cisneros, empezaron a competir con su carácter de centralidad simbólica y comercial, el Parque de Berrío fue afirmando su carácter como centro bancario, y pasó a formar parte de uno de los tres vértices del triángulo que conforman este nodo comercial en el centro de la ciudad (Bravo, 1996: 120-121)

Testigo de la historia de este espacio, se encuentra la Iglesia de la Candelaria, declarada monumento nacional en 1996, que se presenta como el volumen más bajo del Parque en un entorno de altas edificaciones de bancos y corporaciones, “representaciones ahora del máximo poder”, y con una estación del Metro que le restó importancia al parque como espacio simbólico, y que se encuentra construida enfrentándola y duplicando su altura. (Vélez, 2003: 22)

Desde 1649, se construyó en el lugar una iglesia de madera y paja, cuando aun la Villa no había sido fundada, y ha permanecido en el mismo sitio, donde posteriormente, se construyó una edificación en tapia (1712), la cual precede a la iglesia actual. Fue catedral de la ciudad desde 1868 hasta 1931 (ibíd., p. 22), cuando se finalizó la construcción de la catedral Metropolitana en el Parque de Bolívar, una muestra más del desplazamiento simbólico de las actividades de la antigua Plaza Mayor.

En el atrio de la iglesia se desarrollaban importantes transacciones bancarias que dieron paso a la creación de la Bolsa de Valores de Medellín, edificio construido al costado de la iglesia de la Candelaria, en el año de 1948, hoy, adecuado como un pasaje comercial.

En esta historia de “construir sobre lo construido”, el Parque estuvo rodeado por diversas edificaciones que permanecen en la memoria de algunos y en unos cuantos registros fotográficos; ha sido escenario de las construcciones que según su época, fueron imprimiendo la vanguardia en el diseño arquitectónico de la ciudad como los edificios Henry y Olarte, primeros en contar con ascensor en la ciudad y que marcaron el giro hacia la arquitectura moderna y funcionalista norteamericana; la construcción de aquellos que determinaron su carácter como centro bancario a mediados del siglo XX (y que son los que aún permanecen) como el edificio del banco de la República, que ocupa la manzana del costado Sur Oriental del Parque.

Este mismo sitio fue objeto de varias ampliaciones de sus vías circundantes (especialmente de la carrera Bolívar), las cuales fueron poco a poco restándole espacio; fue lugar de llegada del tranvía de Medellín, en donde una sección de sus rieles aun recuerdan su paso por el sitio; y, finalmente, entra el sistema Metro al centro, construyendo sobre la carrera Bolívar el viaducto elevado, cuya estación “Parque de Berrío” se implanta sobre el Parque que le da su nombre, restando con su construcción, el área de su superficie de manera sustancial.

La carrera Bolívar, ha sido a lo largo de la historia de la ciudad de Medellín, la vía de acceso a su centro para el transporte público, su paso por el Parque de Berrío, punto de mayor atracción para el destino de los usuarios que lo utilizan, su ubicación geométrica dentro del anillo central, como eje longitudinal que atraviesa su corazón, la hacían de nuevo la llamada a que fuera aquella por donde debería de circular el Metro en su paso por la zona central (...) (Gómez, 1996:120)

Sin embargo, la carrera Bolívar, y su proyecto desde el Plan Piloto en los 50's de convertirse en un bulevar que conectara el Centro Tradicional con la Alpujarra, se vio interrumpido con la presencia de un segundo nivel ocupado por el viaducto, el cual, le restó amplitud, generando espacialidades oscuras de poca calidad, a pesar de su ampliación destinada a la circulación peatonal, y a la ubicación de amoblamiento para albergar a los distintos vendedores informales del sector.

Así, hoy en el Parque se conjugan usos que opacan su esencia original, se ve atravesado por un alto flujo de usuarios del Metro, y en el convergen todo tipo de ventas, desde café hasta minutos de celular. En su interior, una estación de gran altura que compite con la Iglesia la Candelaria, el único elemento que recuerda el origen de la Villa, en tanto, detrás de ella, en su costado sur, se ocultan edificaciones cuya construcción y arquitectura dan cuenta de diversas décadas de la historia de la ciudad.

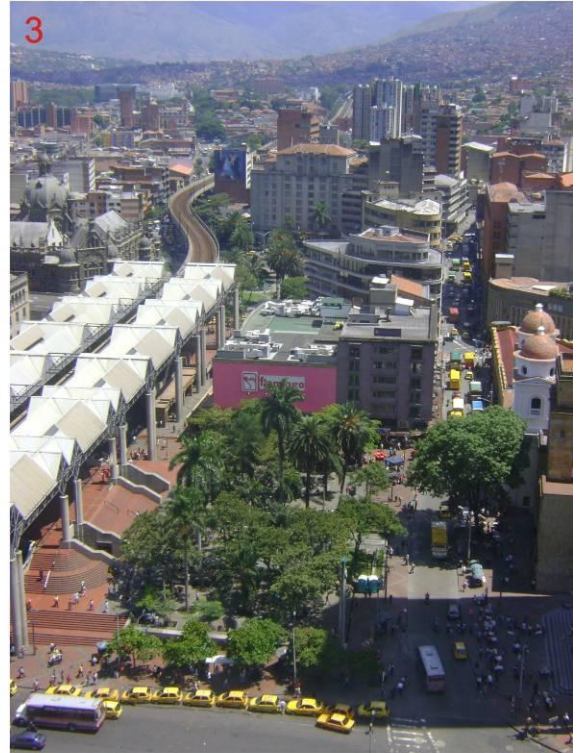


IMAGEN 8. PARQUE DE BERRIO

1. Parque de Berrío década de los 50's.
2. Parque de Berrío 1983.
3. Parque de Berrío 2010.

Fuentes: (1) Biblioteca Pública Piloto; (2) Archivo personal Luz Henao; (3) Archivo personal.

La ciudad Botero

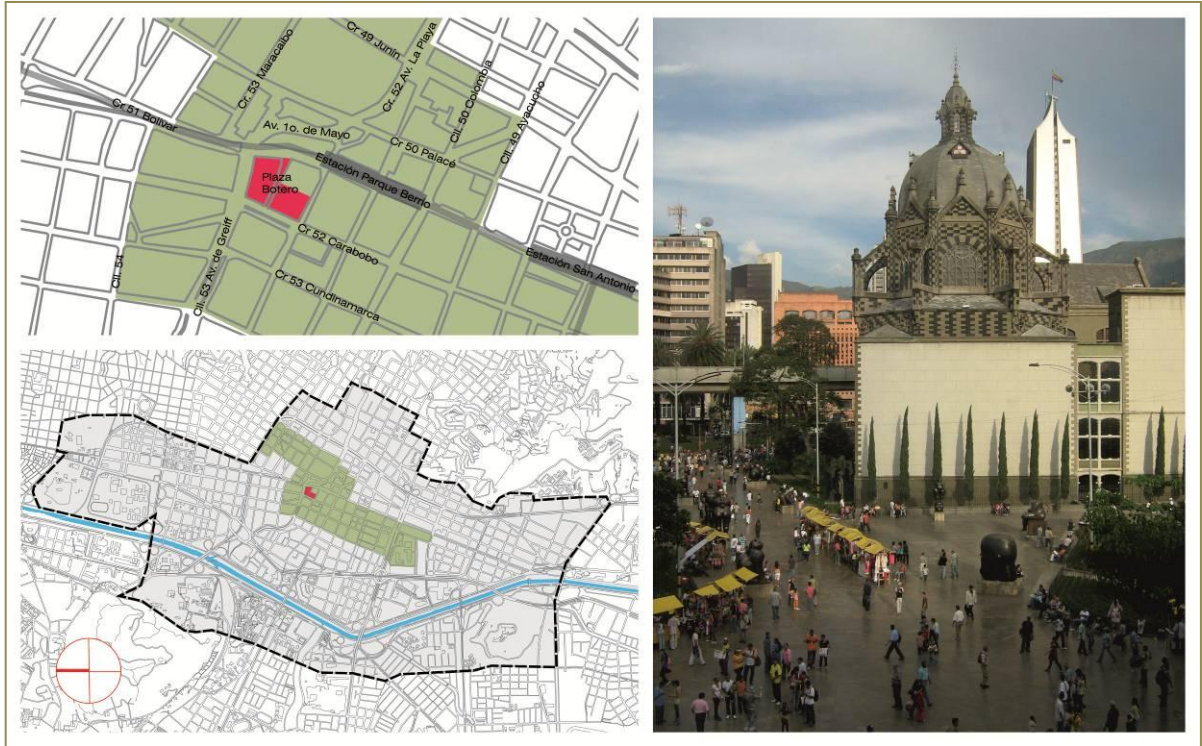


IMAGEN 9. UBICACIÓN PLAZA DE BOTERO.

Planos: Carolina Estrada

Fotografía: archivo personal.

Dentro de las intervenciones del centro de la ciudad trazadas por el Plan de Desarrollo 1998-2000, bajo el mandato del alcalde Juan Gómez Martínez, se tiene como uno de sus objetivos la ejecución de un proyecto de carácter arquitectónico y urbanístico en el sector de la Veracruz (Alcaldía de Medellín, 1998:80), resultado de la conjugación del interés por la recuperación de los espacios públicos en el centro, así como la creación de una nueva imagen para una ciudad que hace poco tiempo había atravesado por una época marcada por la violencia del narcotráfico y la guerra entre carteles.

Al igual que en muchas otras ciudades del mundo, el centro tradicional de Medellín no ha sido ajeno a procesos de deterioro que han comenzado a desdibujar sus sitios de referencia urbana. Nuestra ciudad, empero, a partir del paso del Tren Metropolitano y de los espacios públicos que conforman cada una de las estaciones, así como de acciones contundentes sobre organización vial y del comercio callejero adelantadas por la administración, ha encontrado especiales circunstancias para emprender el proceso de revalorización de su zona central (Alcaldía de Medellín, 2000: 14)

Así surge la idea de “*Medellín ciudad de Botero, cultura viva*”, intervención que apunta a la cultura como parte fundamental de la imagen que se quiere proyectar de la ciudad, para esto, se retomó una propuesta hecha años atrás por el artista Fernando Botero, que consistió en la donación de una parte de su obra pictórica y escultórica, así como de algunas obras de arte pertenecientes a su colección personal, además de un millón de dólares para la construcción del proyecto; sin embargo, para esto se requería la donación de un lote considerable por parte del Municipio o del Departamento que permitiera la construcción del Museo, además se exigió la apertura a concurso del diseño arquitectónico, proceso supervisado por el artista antioqueño, así como por una serie de asesores internacionales (Tiempos del Mundo, 2000: A10-A11).

De esta manera, la delimitación del área de construcción comprendió las manzanas localizadas entre la carrera 51 (Bolívar) y 54 (Caracas), la calle 51 (Boyacá) y 53 (Avenida de Greiff); consistió en la adecuación de la antigua sede del Museo de Antioquia (conocido hasta el año de 1984 como museo de Zea), la restauración del antiguo Palacio Municipal (al cual se trasladó el Museo de Antioquia), y la demolición de cerca de una veintena de inmuebles para la construcción de la plazoleta en donde se ubicarían las esculturas donadas por el artista antioqueño. Estos inmuebles albergaban decenas de establecimientos públicos de carácter comercial como bares, billares y peluquerías, algunos de los cuales contaban con reconocimiento dentro de los habitantes asiduos del sector.

Como resultado, el proyecto consistió en la intervención de 30.635 m², de los cuales 13.865 corresponden a espacio público; además de la adecuación de espacios adyacentes como andenes, senderos peatonales, plazoletas y amoblamiento urbano. Invirtiéndose en éste mas de 33 mil millones de pesos, sin tener en cuenta el valor de las obras y las donaciones de la empresa privada y de otros municipios. (ibíd., p.11)

De forma paralela, se inició una campaña educativa desde la empresa privada, en este caso Bancolombia²⁹, buscando la apropiación de este sitio dentro de los habitantes del sector y la ciudad, ésta campaña, se realizó en tres etapas una formativa, otra de motivación y finalmente una de divulgación; procurando una formación de “cultura ciudadana” desde el reconocimiento de la identidad cultural, para generar así espacios

de convivencia; en este proceso de dieron a conocer paso a paso los avances de la construcción a la ciudadanía como forma de generar un acercamiento a las nuevas espacialidades allí propuestas. Finalmente, la etapa de divulgación consistió en las diversas maneras de “ofrecer” el sitio y la ciudad al extranjero; todo esto, a través de campañas publicitarias (Alcaldía de Medellín, 2000: 106-109)

Vale la pena destacar que esta intervención y su área de influencia más cercana comprende una zona donde se condensan una cantidad considerable de bienes de interés cultural (BIC) tanto de carácter nacional como municipal, lo cual llevó a la adopción de medidas como el Acuerdo 59 de 1999, en el cual se establecen incentivos tributarios para aquellos que intervengan en construcciones de carácter patrimonial y creen establecimientos comerciales acordes con el carácter cultural que se le pretendía dar al sector. En el caso de los bienes de interés cultural que fuesen sometidos a procesos de restauración o conservación se propuso la exención de impuestos.

Este sector agrupa lo que anteriormente fue para la ciudad la zona administrativa de la ciudad, en su interior, se encuentran edificaciones como el Palacio de la Cultura, que antiguamente fue el “Palacio de Calibío”, el cual albergaba la Gobernación y la Asamblea de Antioquia hasta 1987, cuando pasó a ser el “Palacio de la Cultura Rafael Uribe”.

Construido por el arquitecto Belga Agustín Goovaerts en el año de 1925, considerándose para ésta época un “detonante” de transformación urbana en el sector debido a las importantes obras que debieron de emprenderse para su construcción como la canalización de la quebrada Santa Elena, además de traer consigo la posterior construcción de la Plazuela Nutibara y el Hotel que lleva su mismo nombre, cuya construcción finalizó en la década del 40 (López Vela, 2000:4). De igual manera, es obra de Goovaerts el conocido Palacio Nacional, restaurado en la década de los noventa y convertido hoy en Centro Comercial.

Completando el conjunto de los palacios gubernamentales, se halla en este lugar el Palacio Municipal, hoy conocido como Museo de Antioquia, construcción que se constituyó en la transición hacia la arquitectura moderna, diseñado por Martín y Nel Rodríguez en el año de 1931, cuya obra se finalizó en 1937; en este funciona hoy en día el Museo de Antioquia (Vélez, 2003: 63).

Otras edificaciones destacadas que hacen parte del sector son el edificio Miguel Aguinaga, antigua sede de las Empresas Públicas de Medellín (1952); el Hotel Nutibara

(1940), el edificio de la Naviera Colombiana (1946), el edificio Gutemberg (década del 30), y la Iglesia de la Veracruz, además de su cercanía al Parque de Berrío.

Vale la pena resaltar la presencia de la ermita de la Veracruz de los Forasteros (1791-1903), la cual se constituye en una de las edificaciones más antiguas de la ciudad, capilla ubicada en aquel entonces en las afueras de la Villa (Molina, 1996:626). Hasta el momento ha logrado permanecer en el lugar con algunas modificaciones, y fue sometida a procesos de restauración de manera casi paralela a la construcción de la Plaza Botero. Sin embargo, más allá de su antigüedad como centro religioso, el lugar donde se encuentra se asocia para la mayoría de los habitantes de la ciudad con la prostitución, la cual se ha ejercido en sus alrededores desde tiempo atrás.

De esta manera, actualmente el sector que antes comprendía otro espacio público reconocido como la Plazuela Nutibara, presenta un paisaje diferente al que se observaba hace no más de una década (la inauguración de la Plaza fue en el 2002), la presencia del viaducto del Metro sobre la carrera Bolívar, y su paso bastante cercano por la fachada de edificaciones como el Palacio de la Cultura; la desaparición de la Plazuela, la demolición de edificios y la creación de una gran plaza de esculturas que marcan un eje hacia el Museo de Antioquia, se constituye hoy en un paisaje “diseñado”, con la presencia de algunos hitos arquitectónicos antes de carácter gubernamental; convirtiéndose en un lugar más del centro en donde las construcciones permanecen y se recrea desde sus nuevas funciones una identidad para el sector y la ciudad.

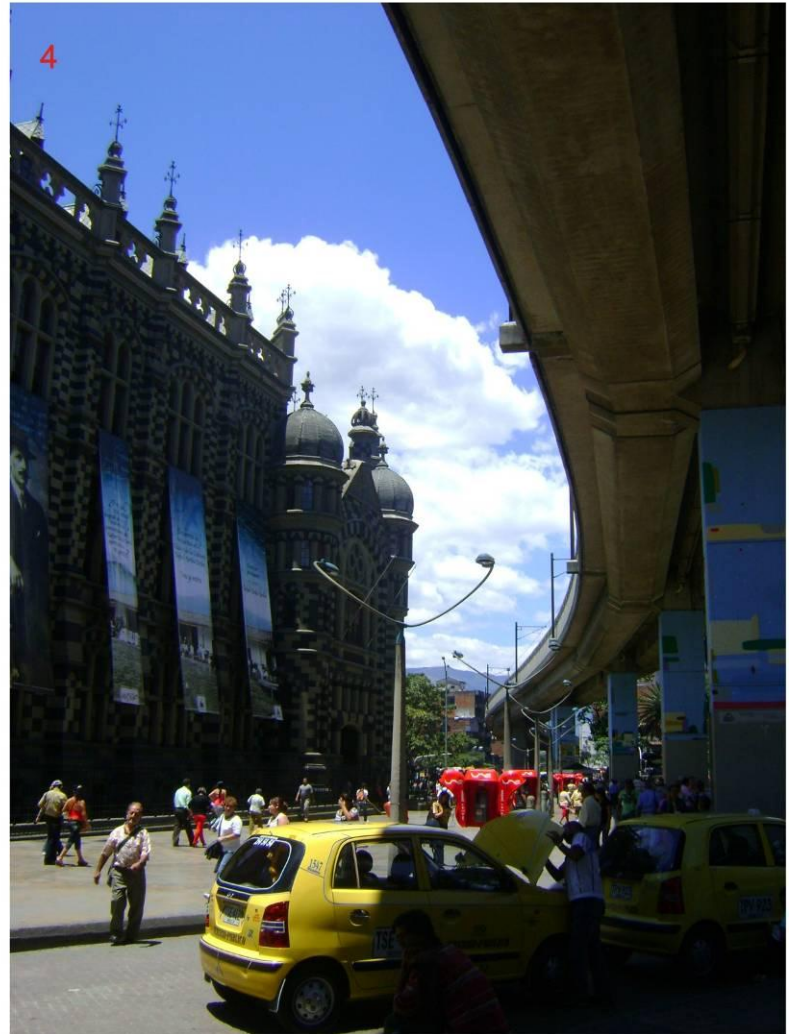


IMAGEN 10. ALREDEDORES PLAZA DE BOTERO.
Fotografías 1, 2, 3 y 5. Fuente: Archivo Biblioteca Pública Piloto.
Fotografía 4. Fuente: archivo personal.

Plaza Cisneros o Plaza de la Luz



IMAGEN 11. UBICACIÓN PLAZA DE CISNEROS.

Planos: Carolina Estrada

Fotografía: Archivo personal.

En el sitio conocido como El Pantano, y posteriormente llamado Guayaquil, se construyó en 1892 la Plaza de Mercado de Guayaquil bajo la iniciativa del empresario Carlos Coroliano Amador, punto estratégico que se convertiría en el “puerto seco” de la ciudad, no solo por ser punto de llegada del ferrocarril de Antioquia, sino por las dinámicas comerciales y sociales que se generaron en torno al lugar.

Esta Plaza, diseñada por el arquitecto Carlos Carré, desplazó de la Plaza Mayor o Parque de Berrío la actividad de la venta de productos que aun se realizaba allí, trayendo consigo una consolidación urbana en el sector a partir de la construcción en sus alrededores de edificios como el Vásquez y el Carré, diseñados por el arquitecto francés Carlos Carré; la apertura de vías y la configuración de un importante sector comercial para Medellín, sitio de llegada de aquellos que venían a buscar oportunidades a la ciudad o a traer mercancías; posteriormente lugar de hoteles, prostíbulos y bares, que en algún momento de su historia acogió a intelectuales de la ciudad. Así mismo, la Plaza de Cisneros, que lleva el nombre del famoso ingeniero precursor del ferrocarril de Antioquia Francisco José Cisneros, ubicada en inmediaciones de la plaza de mercado,

se estableció como un sitio de actividad pública donde se llegaron a realizar concurridas manifestaciones de carácter político.

El arquitecto Carlos Carré, autor y constructor de algunos de los más importantes edificios del Medellín de la época, ideó los planos de la plaza sobre una superficie de 15.688 varas cuadradas, en las que se levantaron cinco galerías paralelas de oriente a occidente y tres de norte a sur. La construcción se hizo de cal y ladrillo, con armazón y estructuras de maderas de comino, una vez terminadas las costosas adecuaciones de los pantanosos terrenos y la infraestructura vial y de servicios públicos del deshabitado sector. La construcción de la plaza constituyó la mayor obra civil ejecutada en la ciudad hasta ese entonces. Empleó cerca de seiscientos operarios escogidos entre las personas más indigentes de Medellín (...) Para entrar al mercado había 31 puertas de hierro de 2,58 metros de ancho y una gran puerta principal en el pórtico, que pesaba 38 arrobas. Las puertas rodaban en rodachinas sobre rieles en sentido paralelo a los muros. En las galerías y patios cabían 15.000 personas. Disponía de ocho entradas para bestias y de ocho arterias de comunicación con la ciudad y calles vecinas, que tenían dieciséis metros de ancho, acordes con el gran barrio comercial que empezaba a formarse en el sector (Castaño y Molina, s/f)

Sin embargo, desde la concepción del Plan Piloto en la década de los cincuentas se planteó el sector el establecimiento de un carácter institucional, proponiéndose el traslado de la administración departamental y municipal a un lote ubicado en cercanías a la Plaza, lugar llamado la Alpujarra; fecha para la cual, se empezaban a hacer manifiestas problemáticas asociadas a un deterioro ambiental relacionados con la higiene y la inseguridad. El fuerte carácter comercial del lugar se afianzó con la presencia de vendedores ambulantes, quienes, sin poseer posibilidades de pagar el arriendo de los locales al interior de la Plaza habían ocupado el espacio público, llamándose a este mercado exterior “El Pedrero”; actividades que fueron desplazando desde tiempo atrás a las familias de las elites que vivieron en el allí por unos cuantos años.

Los planes arquitectónicos establecen que el nuevo Palacio Nacional se construirá en la zona de la Alpujarra, un vasto terreno, prácticamente retirado de la circulación en la propiedad raíz, y que carecía de puentes sobre el río Medellín y era propiedad del Ferrocarril de Antioquia (...) Los planes son más ambiciosos, Medellín aun busca reevaluar la zona, que daría la oportunidad a un desplazamiento de la fisonomía urbanística de la capital de Antioquia, planteando en la Alpujarra la construcción de los edificios oficiales (Periódico El Correo, 1961:2).

Por tal motivo, se propone en la ciudad la creación de un sistema de plazas de mercado “satélites”, que resolvería el problema del abastecimiento en un solo sitio en la ciudad,

construyéndose así la Plaza de Flórez, y la de la América, entre otras. De esta manera, a finales de la década de los 60's, y tras haber sufrido dos incendios (1925 y 1968), la Plaza es desalojada.

(...) proyecto de acuerdo por el cual se autoriza la venta de la Plaza de Mercado de Cisneros y se adopta un programa de construcción de edificios para plazas satélites y centro mayoritario de artículos de primera necesidad, al tiempo que se conceden facultades al alcalde para obtener un empréstito de 9 millones 300mil pesos para la financiación inicial del programa (Periódico El Correo, 1962:3).

En la actualidad Medellín tiene un millón de habitantes y continua teniendo como principal centro de aprovisionamiento de víveres la plaza de mercado.

Las gentes prescinden de abastecerse en otros centros de mercado no obstante la incomodidad que representa la plaza de Cisneros, en donde en ocasiones los víveres son más caros y de inferior calidad (Periódico El Correo, 1968b:3)

Pasaron dos décadas desde entonces para que la administración pública decidiera sobre el porvenir de este histórico sector, que para entonces, estaba completamente deteriorado; los edificios Carré y Vásquez pasaron a ser inquilinatos en donde se arrendaban espacios para dormir por noches; y los cerramientos de la Plaza de mercado se mantuvieron por un tiempo albergando en su interior parqueaderos, estructuras que posteriormente fueron demolidas dejando un lote libre en donde fue sembrado césped y se mantuvo desocupado por varios años. Debido a las progresivas ampliaciones de la calle 44 (San Juan), aquel espacio que fuera la Plaza que albergó manifestaciones públicas, desapareció.

Con el Plan de desarrollo realizado durante el mandato de Sergio Naranjo (1995-1997), se vuelven los ojos hacia este sector, proponiéndose la restauración de los edificios Vásquez y Carré; y en la siguiente administración, se presenta una mirada más amplia en donde se involucra el tratamiento de los barrios de la Alpujarra y Guayaquil, mediante la construcción de un parque que se constituya en un lugar de encuentro y “pulmón” verde para el sector (Alcaldía de Medellín, 1998: 80).

A inicios de la década del 2000 se iniciaron las labores de intervención en el sector, la demolición del Pasaje Sucre generó fuertes reacciones en tanto era considerado un bien patrimonial para la ciudad, en el lote, se levantó una sede para una biblioteca de carácter temático perteneciente a las Empresas Públicas de Medellín, al tiempo que se llevó a cabo la restauración del Vásquez y el Carré, en los cuales se

ubican hoy una sede de la secretaría de Educación del Municipio, y las oficinas de la Caja de Compensación familiar Comfama.

Sobre el lote que anteriormente fuese la plaza de mercado, se diseñó una plaza que en su diseño involucra las tres edificaciones anteriormente mencionadas, además de proponer la presencia de 300 torres de luz, interviniendo un área de 16000m². Su diseño une por medio de un tratamiento de pisos la manzana en donde se encuentra la Plaza, con la biblioteca y los edificios Carré y Vásquez, procurando una continuidad espacial y marcando un eje directo desde los edificios hasta la biblioteca por medio de la disposición de las lámparas, las cuales dejan un vacío ubicándose a ambos lados de este recorrido.

Otra intervención que refuerza el nuevo carácter del sector es la peatonalización de la carrera Carabobo, eje de importancia histórica en la ciudad, y que conduce hasta este lugar.

La plaza, a 5 años de haber sido construida, aun se presenta como un sitio de paso, como una gran escultura urbana que no invita a la permanencia, y no ha logrado llegar a ser, como lo planteaba en su proyecto el arquitecto Juan Manuel Peláez “un bosque de sombra en el día, y un bosque de luz en las noches” (Vial, Carlos 2009)

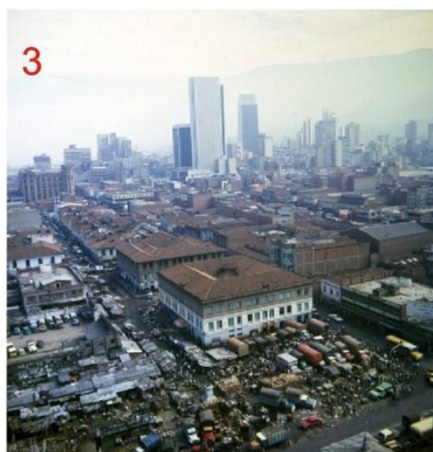


IMAGEN 12. “TRANSFORMACIÓN PLAZA CISNEROS – SECTOR GUAYAQUIL”.
Fotografía 1. Fuente: Archivo Biblioteca Pública Piloto. Fotografías 2 a 7.
Fuente: www.plataformaarquitectura.cl

CAPITULO 4

La práctica espacial

Hablar sobre el Edificio Coltejer, la Plaza de Botero, la Plaza de Cisneros o el Metro de Medellín lleva a establecer conexiones con imágenes y expresiones claramente relacionadas con conceptos como el progreso, la identidad y el turismo. Estos espacios, producto de iniciativas públicas o privadas han marcado la historia del desarrollo urbano de Medellín, basadas en “metáforas de ciudad” que se crean a partir de estrategias de carácter discursivo y simbólico de los cuales se han valido los grupos dominantes en la ciudad³⁰ para legitimar este tipo de intervenciones entre muchas otras.

En este sentido, se puede iniciar una reflexión sobre estos lugares desde el momento de la producción espacial al cual Lefebvre se refiere como las *representaciones del espacio*, en donde, el “espacio concebido”, se deriva de saberes técnicos y racionales, “espacios conceptualizados, de los científicos, urbanistas, tecnócratas e ingenieros sociales” (Lefebvre, 2001:38). En este tipo de práctica es donde se hace legible el espacio a través de la posibilidad de ser representado, lo simplifica y tiende a obviar las contradicciones y luchas presentes en él. Como producto de la relación directa entre saber-poder, estas *representaciones del espacio* se convierten en una manera de normalizar y de ejercer control social, así, esta práctica espacial podría denominarse racional-funcional y funcional-instrumental, como lo plantea Lefebvre, es decir, un espacio que se convierte en proyección de una idea abstracta, materializándose como un instrumento político “intencionalmente manipulado, incluso si la intención se oculta en las apariencias coherentes de la figura espacial ” (Lefebvre, 1976: 31).

En Medellín, ya sea a inicios del siglo XX con la presencia de la Sociedad de Mejoras Públicas, o desde el Estado y la labor de los urbanistas, la dominación del espacio ejercida desde su conceptualización, desde la práctica planificadora, ha intentado imponer su poder a través de la materialización de espacialidades que intentan no sólo direccionar y regular la práctica social, sino, la producción de referentes simbólicos en un proceso constante de re-construcción sobre lo destruido.

³⁰ Resulta importante resaltar que en la historia del desarrollo urbano de Medellín ha existido un fuerte vínculo entre el Estado y el sector privado.

Intervenciones como la Plaza Botero, y la Plaza Cisneros (o Plaza de la luz) se pueden considerar ejemplos de esta “normalización” del espacio, al actuar directamente en zonas donde la trasgresión a la norma resultaba bastante visible, hasta considerarse “indeseada”, no solo por la administración pública, sino por los mismos habitantes de la ciudad, concibiéndose así espacios “funcionales-instrumentales” al servicio de una estrategia (ídem).

Como se mencionó anteriormente, un hecho trascendental en la historia del sector de Guayaquil fue el traslado de su plaza de mercado, la cual, en compañía del Ferrocarril de Antioquia, se habían convertido en el sitio detonante de una activa vida comercial para el lugar, no obstante, así como lo plantea el Periódico el Correo, fueron varias las preocupaciones de orden moral las que llevaron a la administración a su desalojo, aparte de las razones de orden funcional desde las cuales se sustentó la creación de las plazas de mercado satélites.

Las autoridades municipales de Medellín han previsto el desplazamiento de los prostíbulos que funcionan en la zona de Guayaquil, al desaparecer la plaza de mercado de Cisneros (...) Al desaparecer la mencionada plaza, ocurrirá igual cosa con otra serie de actividades conexas y con ello disminuirá la afluencia de público al sector de Guayaquil, en donde funcionan centenares de cantinas y de hoteluchos que son centros de prostitución, cuya clientela disminuirá al mínimo.

Las autoridades sanitarias y de policía han comenzado a prever los efectos del hecho en mención, uno de los cuales será el desplazamiento de las mujeres de vida licenciosa que allí tienen su centro de actividades. Se dijo que lo anterior podría crear algunos problemas, por cuanto que podría iniciarse la invasión de prostíbulos a zonas moralmente sanas de la ciudad. (Periódico el Correo, 1969:3)

Después de esto, pasaron varios años para llevar a cabo la ejecución de la Plaza de la Luz, o Plaza Cisneros (2005), localizada en el sitio que antes ocupara la Plaza de Mercado de Guayaquil; y, si bien desde el Plan de Desarrollo de 1998 se propone una intervención en el sitio que provea de un pulmón verde al sector, fue durante la alcaldía de Luis Pérez (2001-2003), que se concibe el proyecto "Medellín es luz, un poema urbano", abriéndose a concurso el diseño de “la plaza de la protesta” para este sector que desde la década de los 60’s se ha considerado un “problema” de carácter urbano.

(...) Del sector se fueron los comerciantes, las flotas de buses y el Ferrocarril, y sólo quedaron las prostitutas, a las que luego se les sumaron los recicladores y los indigentes. Todavía hoy, en las calles aledañas, agazapadas en empinadas escaleras, se ven prostitutas en grupos de cuatro o cinco, en espera de clientes (Fernández, 2005).

Igualmente ocurrió con la construcción de la Plaza Botero, situada en un lugar de la ciudad que anteriormente fuera su centro administrativo, y que al momento de su ejecución poseía una fuerte actividad comercial donde acudían todos los sectores de la población, sin embargo, para que fuera llevada a cabo esta intervención, se apeló a la generación de una nueva imagen no solo para este sitio, sino que involucra a toda la ciudad:

(...) El proyecto es, además, parte de un macroprograma de recuperación del centro de Medellín, bautizado como Ciudad Botero y que hasta hace pocos meses era una zona negra, peligrosa, de prostitutas callejeras, hoteles de poca monta, malandrines, indigentes y vendedores de drogas, aunque también de algunos comercios.

(...) El programa cultural es integral, pues desde hace meses se emprendieron campañas educativas y de concienciación para comerciantes y para las mismas prostitutas y drogadictos. (Bedoya, 2000)

Si bien la ciudad se encuentra constituida por algunos espacios que se conciben desde las prácticas planificadoras, en tanto otros, se inician desde la práctica social (no planificada desde las relaciones de saber-poder); la planeación urbana aparece como una suma de ideologías y teorías desde las cuales el espacio es pensado para dar paso a una producción espacial directamente relacionada con la práctica discursiva, la cual se imprime en muchas de las espacialidades de la ciudad.

Los modelos de intervenciones, las imágenes de ciudad, las mismas formas materiales, son producto de estas relaciones entre saber-poder que poseen una intención espacial y política; las imágenes positivas, de bienestar y de un futuro promisorio, subyacen en los discursos sobre los cuales se sustentan las intervenciones aquí presentadas, sin embargo, en esta ciudad, la identidad se constituye en un factor característico al cual se ha apelado para la producción espacial desde la práctica planificadora, como lo afirma Jorge Orlando Melo (1993)³¹ “Lo primero que debe mencionarse es la forma como las gentes de Medellín viven y perciben su relación con la historia de la ciudad. Desde el siglo pasado, sus grupos dirigentes, probablemente acompañados por el grueso de la población, han compartido una inequívoca fascinación por el progreso”.

³¹ En línea: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/histcolom/medellin.htm>

Recurrir a la identidad como base para la práctica discursiva en Medellín, lleva directamente a este concepto de progreso, en una sociedad que desde sus inicios se encontró fundamentada sobre una elite que provenía de comerciantes quienes veían en el constante cambio la oportunidad de seguir las principales tendencias de otras capitales mundiales. Sumado a esto, a la identidad del “paisa” se le atribuyen valores como la templanza y el emprendimiento, ligados específicamente a la imagen del “arriero”, personaje que comerciaba con mercancías en una provincia anclada en medio de una difícil geografía, y que durante finales del siglo XIX e inicios del siglo XX fundó diversos pueblos en un proceso conocido como la “colonización antioqueña”.

María Teresa Arcila (2006), propone la configuración del discurso al que ella denomina “el elogio de la dificultad” a partir del siglo XIX, momento en el cual desde las diversas ideas plasmadas en la producción escrita de algunos autores, se modela el discurso del “carácter” o “temperamento de los antioqueños”, donde resulta de especial importancia la relación con el medio geográfico. A partir de esto, se relaciona al pueblo antioqueño con la idea de un pueblo que surge en las montañas “enfrentado con tenacidad al medio agreste y hostil que les correspondió habitar e interpuso obstáculos para su progreso” (2006:41), sin embargo, esta lucha librada que fue superada, sirvió como cimiento de un carácter dinámico y emprendedor (ídem.).

En estos textos, los antioqueños son descritos no sólo como hombres que luchan por remover los obstáculos que se oponen al progreso y la civilización, sino como héroes que han salido triunfadores en esa lucha realizando “prodigios de adelanto y progreso” (ibíd. p.51).

Así, esta elaboración de la “identidad paisa” tomó fuerza entre la población durante el siglo XIX, en tanto se presentaba como una oposición a una anterior imagen producto de la colonia, donde se presenta a una provincia sumergida en la miseria, cuyos habitantes aparecen como vagos y perezosos. Estas nuevas representaciones sobre el carácter de la población continuaron siendo reforzadas a través de la producción escrita hasta mediados del siglo XX, de esta manera, terminaron configurándose como un discurso acogido por la población que los llevó a diferenciarse de otros grupos del país (ibíd. p.41.).

La reproducción de tales formas de representación de Antioquia y de los antioqueños se intensificó a medida que avanzaba el siglo XIX, y con su reiteración iba difundándose una imagen altamente valorada de sí mismos adentro de sus fronteras y también por fuera de ellas. Estas imágenes se prolongarían -por lo menos- hasta mediados del siglo XX. (ibíd. p.55)

Así, asociado a la identidad de un pueblo cuyo dominio sobre la naturaleza permitió construir un ambiente económico y productivo considerado como exitoso y próspero (ibíd. p.54), se incorporó el concepto del progreso, bien sea como vía para el reconocimiento y creación de imagen de ciudad, o como medio para mejorar las condiciones de vida, en el cual se han sustentado la mayoría de las intervenciones aquí analizadas.

Ejemplo de ello se constituye el edificio Coltejer, el cual, según el Periódico el Correo del año 1968 “transforma el aspecto urbano de Medellín”, describiendo su intención de constituirse en símbolo de la ciudad:

(...) Es una silueta esbelta, airosa, que corta limpiamente el espacio con el fondo de las montañas. Este remate nítido, limpio, puede convertirse, también por su altura predominante en un símbolo de la ciudad que a la postre viene a ser su más efectiva propaganda. La propaganda moderna ha demostrado la necesidad de crear símbolos nuevos de identificación instantánea, que penetran al inconsciente sin palabras. (Periódico El Correo, 1968a:16)

Este símbolo de progreso, se construyó en la esquina donde se hallaba otro edificio “símbolo” desde 1924, el teatro Junín y el Hotel Europa, respecto a lo cual se refiere el periódico ese mismo año “(...) las directivas de la empresa procedieron a la compra de la esquina de Junín con la Playa, en el lugar donde se levantaban las construcciones del viejo Hotel Europa (...)” (ibíd., pág.11). Una superposición de símbolos donde lo “nuevo” reemplaza a lo “viejo” y trae consigo la idea de un “avance” positivo que apela al reconocimiento en el contexto nacional:

(...) El proyecto que se elija habrá de revolucionar la arquitectura en nuestro medio, y la obra que se ejecute será de las primeras realizadas en Colombia, por valor de muchas decenas de millones de pesos. (...) (Periódico El Correo, 1968a:1)

Por otro lado, en el caso de “Ciudad Botero”, se recurre a la imagen de un personaje originario de la región y de su reconocimiento positivo para generar un sentimiento de identificación, así, el alcalde Juan Gómez Martínez (1998-2000), llegó a hablar de una “boterización de Medellín”, que se reflejaría en las intervenciones urbanas realizadas³², las adecuaciones al Museo de Antioquia y, a partir de la donación de algunas de las

³² La primera escultura de Fernando Botero, conocida como “La gorda de Botero”, fue ubicada en una de las esquinas del Parque de Berrío en la década de los 80’s; posteriormente, con la construcción del Parque San Antonio, se ubicarían en el sitio algunas esculturas de este artista y, finalmente, se construiría la Plaza Botero o Plaza de las Esculturas en el año 2000.

obras del artista, de las cuales se habla como el futuro “patrimonio de los antioqueños” (Bedoya, 2000).

De igual manera, el sistema de transporte Masivo Metro de Medellín, desde sus inicios contó con una serie de estrategias educativas y publicitarias que indirectamente hacen uso de aspectos identitarios, especialmente relacionados con el hecho de ser el primer Metro construido en Colombia; tal es el caso de la campaña del año de 1988 “Quiere el Metro, nuestra gran obra”, o de la campaña de su lanzamiento en el año de 1995 “Por tenaces lo logramos” (Gutiérrez y Restrepo, 2002:62), planteándose lo siguiente en una de las publicaciones de la empresa:

(...) El Metro es también un promotor de comportamientos sociales más adecuados, renovando aspectos como la puntualidad, el orden, la disciplina social, la solidaridad, la limpieza, la consideración por el otro, la actitud ecológica, entre otros, que se habían desdibujado del hábito de los antioqueños”.(ibíd., pág.5)

Respecto a lo anterior, vale la pena comentar que el Metro, el cual se identifica bajo el slogan “Metro, calidad de vida”, ha efectuado desde antes de su puesta en marcha una fuerte campaña denominada “cultura metro” que hace un llamado no sólo a la apropiación del sistema de transporte para propiciar su cuidado, sino a un comportamiento “adecuado” al interior del sistema; debido a esto, existen una serie de restricciones como no ingerir alimentos en los vagones, no acceder al sistema en estado de embriaguez, no escuchar música a altos volúmenes en los vagones, y un fuerte control ejercido por miembros de la policía al interior de las estaciones.

Así, el Sistema Metro recurrió a imágenes y discursos de carácter identitario, además de incorporarse espacialmente a lugares como el Parque de Berrío, insertando una de sus principales estaciones en un espacio cargado simbólicamente desde los inicios mismos de la ciudad.

No obstante, si se entiende el espacio como un producto social, que se produce y reproduce a través de las relaciones sociales (Lefebvre, 2001:32), y en donde existe una relación de interdependencia entre “la práctica espacial”, las “representaciones del espacio”, y los “espacios de representación” (o espacio percibido, concebido y vivido), se presenta entonces el espacio como resultado de una relación dialéctica (o “trialectica” como lo propone Soja, 2005), una correspondencia con el plano social en tanto la sociedad es la que lo produce, al tiempo que la sociedad es producto del mismo; por lo

tanto, las relaciones sociales no excluyen la materialidad al constituirse esta, en un producto y productor de dichas relaciones.

En este orden de ideas, casos como la Plaza de la Luz y la Plaza Botero vistas a la luz de la práctica social, evidencian esas inconsistencias y contradicciones inherentes a la interrelación entre cada uno de los conceptos que conforman la triada de lo percibido, lo concebido y lo vivido; esta interconexión debería permitir al individuo moverse entre ellos sin confusión, no obstante, para que se constituyan como un todo coherente se haría necesario el establecimiento de un lenguaje, un consenso o código común (Lefebvre, 2001:40).

Como se observó anteriormente, desde la práctica de la planificación, estos espacios fueron creados a partir del concepto de la instauración de sitios “seguros”, como respuesta a una serie de prácticas sociales presentes, recurriendo a la materialización de conceptos como el orden, la limpieza, y el mismo control social.

Sin embargo, en la Práctica espacial, momento que corresponde a la apropiación, la forma en que cada individuo habita y recorre, lee e interpreta el espacio en la cotidianidad de sus acciones, desplazamientos, etc; es decir, por la manera en que éste se apropia de la materialidad construida por los urbanistas, o el mismo Estado, se demuestra que aún no existe claridad respecto a la finalidad misma con la que fueron pensados, ya sea en la forma de habitarlos, o el significado que se intentó imprimir en los elementos que los conforman.

(...) el parque de las luces, yo recuerdo que cuando estudiaba nos llevaron allá, no se eso para que lo hicieran, no se eso que objetivo tendrá porque he visto esas cosas prendidas como dos veces nada mas, y también es muy peligroso pasar por ahí de noche, también da mucho temor. (VC1, 2011, entrevista)

A uno no le provoca ir a sentarse allá, uno de lejos lo ve muy bonito, es agradable que tenga continuidad a nivel de piso, pero a nivel de amoblamiento se vuelve muy pobre, y eso le resta importancia y significación. (VC2, 2010, entrevista)

En este sentido, el espacio “abstracto” producto de la planificación, resulta impersonal y a veces incomprensible, evidenciándose especialmente en la Plaza de la Luz, en donde aún no se llega a generar una apropiación práctica acorde con el uso propuesto; causa y efecto que desde el espacio que se denomina espacio vivido, el nivel de apropiación simbólica sea casi nulo; allí, mentalmente se manifiesta en los transeúntes una constante relación entre periodos temporales que marcaron su existencia, y en donde se puede inferir que la memoria se encuentra anclada aún a materialidades que dejaron de existir

en este lugar debido a las constantes comparaciones entre el ayer y el hoy, pero en el cual, la nueva propuesta espacial, la imagen que se desea proyectar recurriendo a metáforas como la “luz”, aun no logra generar un vínculo directo con la forma de habitarlo y percibirlo.

(...) finalmente que no se volvió el punto donde todo el mundo se reúne como en los deseos o como en pies descalzos, pues no, digamos que el público fue mucho del que la gente no quiere ver del todo... de pronto es un poquito abstracto el espacio, debe de haber una apropiación distinta, como de *skaters* o algo así, pero no creo que los vigilantes los dejen (VC3, 2010, entrevista)

La plaza de la luz se construyó después de haberse construido la biblioteca de las Empresas Públicas, entonces se formó un centro cultural interesante que eliminó todas esas construcciones que eran de muy mala presentación para Medellín, muy mal habitadas, y muy peligrosas, y llenas de vicio, de indigentes, o sea que eso fue una redención de esa zona, que antes fuera la plaza de Cisneros donde se reunían los caudillos políticos a lanzar sus candidaturas, y se reunían también los obreros a hacer sus manifestaciones en contra del gobierno (VC4, 2010, entrevista)

Así mismo, estos espacios son vividos a través de símbolos e imágenes que llevan a una construcción colectiva desde el intercambio que se da entre los habitantes y el espacio, cargándose de sentido y significado cada uno de ellos; sin embargo, se mantiene una relación, a veces de confrontación, entre los lugares “no vividos” presentes en el recuerdo, y la práctica social que constantemente relaciona el espacio anterior y el espacio actual.

No me tocó el teatro Junín, si lo vi en fotos, eso era muy hermoso, eso fue un crimen haberlo tumbado... el progreso! (HC1, 2011, entrevista)

Junín era antes una hermosura, yo llegue cuando estaba recién inaugurado el edificio Coltejer, eso fue en el 72 yo llegue en el 74...esto era muy hermoso aquí no habían sino locales y almacenes muy elegantes...mire yo le cuento algo, uno antes no veía pasar gente de los barrios altos por aquí, como que les daba pena, esto era muy hermoso, el piso embaldosado, todo esto era muy elegante, incluso el Astor, uno se paraba en el Astor a las dos de la tarde y uno veía gente muy elegante ... y lo acabó ... muchos los ladrones, los rateros, cosquilleros que llaman, y los centros comerciales elegantes se llevó mucho la gente, y el hueco acabó mucho con esto también. (HC1, 2011, entrevista)

De esta manera, existe una supervivencia de lugares no visitados, conocidos solo por referencias, como plantea Lynch (1972: 47) a través de la relación que se da entre el entorno y lo que él denomina “sistemas de recuerdos”, los cuales, en el caso del Edificio Coltejer y la carrera Junín, siempre generan una relación directa con el antiguo edificio

del Hotel Europa y el Teatro Junín (demolidos para su construcción), y las actividades que en ese contexto urbano se realizaban, y el tipo de entorno urbano que se generaba.

Sin embargo, aunque se ha establecido como un referente de carácter patrimonial, bien podría decirse en el ámbito mental; desde la práctica social este espacio presenta una “coherencia” como espacio representado y de representación, debido a su carga simbólica asimilada por los habitantes de la ciudad.

El edificio Coltejer es un ícono de la ciudad, ya se puede representar a la ciudad de Medellín con un dibujo del edificio Coltejer, y también es un símbolo que representa una de las empresas básicas de Medellín...que fue la ciudad industrial de Colombia. Significa la pujanza y el trabajo que dio lugar al desarrollo industrial de la ciudad y del país. (VC4, 2010, entrevista)

En este sentido, ocurre algo similar con la presencia de la estación del Metro en el Parque de Berrío, el cual evidencia una validación desde la práctica social de la imagen del Sistema Metro como ícono de progreso y mejor calidad de vida, como sinónimo de seguridad y orden.

Y, si bien pareciera que la presencia de elementos como la Iglesia y la estación (la cual restó una considerable área del espacio público) en un espacio como el Parque, podrían generar tensiones de orden simbólico desde la práctica espacial y los espacios de representación, no existe una relación constante con una memoria de lo que anteriormente fuera el lugar.

“(...) por cosas que me han contado, yo he visto que la estación se tomó todo el espacio, y pienso que precisamente por eso creo que la significación que tiene para mí el Parque, para mí el Parque es una estación, pienso que ese fue el cambio más importante que se dio, y pienso que cambió completamente la significación de ese lugar porque se convirtió en una estación del metro” (VC2, 2010, entrevista)

“(...) el parque de Berrío. Lo que pasa es que mucho antes era un referente, antes que el Parque San Antonio, La Gorda era la única obra de Botero, era un referente encontrarse en el centro La Gorda del Parque de Berrío, y eso ha cambiado pues mucho, y el Parque de Berrío... no, lo recuerdo así, era un caos total, bueno todavía es un caos el tremendo, pero yo creo que un poquito más organizado” (VC5, 2010, entrevista)

Podría pensarse que en este sitio, el cual fue en algún momento la Plaza principal de la ciudad, las sucesivas transformaciones en su historia no han permitido un anclaje a elementos o imágenes fijas que actúen como referentes que, como en otros casos, a pesar de su inexistencia perviven en la memoria de sus habitantes. Esto podría atribuirse a su pérdida de carácter simbólico relacionado como centro de poder (religioso y

político) y de habitación, en tanto asumió un carácter predominante de centralidad bancaria y comercial. Por lo tanto, este tipo de usos no compiten directamente con la presencia de la estación, la cual parece haber reafirmado su imagen como un sitio de paso, en donde, en medio de un flujo continuo de usuarios del sistema Metro, el “parque” aun se ocupa por un sector de la población muy específico como los jubilados, y los venteros.

En el caso de la Plaza Botero, la relación entre lo concebido y lo percibido permite una mayor fluidez entre los espacios representados y la práctica espacial, en tanto la existencia del lugar está determinada desde el uso para el que fue diseñado; sin embargo, aún se evidencian ciertas resistencias o desviaciones desde el espacio vivido, es decir la apropiación simbólica en relación a los objetos allí implantados, tal es el caso de las obras escultóricas que hacen parte del lugar.

Antes no estaban las gordas, esos muñecos, y ya si están; el museo creo que también lo cambiaron, lo pusieron más bonito, ahora es mas transitable, antes le daba a uno mucho temor pasar por esas partes que era más peligroso, y de igual forma pues, aun sigue siendo peligroso, pero uno lo transita como con más frecuencia y con menos miedo. (VC1, 2011, entrevista)

Para la ciudad es una recuperación muy buena del espacio público y del espacio peatonal...es mucho más fácil caminar por acá que entre buses y por los venteros que sacan las cosas al andén y no dejan caminar. Se vuelve también un espacio de permanencia (...) (VC2, 2010, entrevista)

En este orden de ideas, se evidencia que a pesar del carácter abstracto de las representaciones del espacio, estas juegan un importante rol en relación a la práctica política y a la práctica social, y que algo consustancial a estas relaciones es su misma inestabilidad de acuerdo a la poca coherencia de las lógicas bajo las cuales se desarrollan (Lefebvre, 2001:41).

De esta manera, esas incoherencias que Lefebvre manifiesta se evidencian en la importancia que otorga a los espacios de representación, situando en ellos la relación de lo imaginario con lo material, es decir, la búsqueda de apropiación simbólica del espacio físico (Soja, 2005:68). Así, se hace visible la inestabilidad en las relaciones debido a la presencia de jerarquías entre grupos o individuos, donde, de igual manera, se expresan las resistencias ante esas hegemonías, resistencias que para Soja (2005) modelan lo que él denomina ese “otro espacio”.

Estos espacios de representación se aproximan de cierta manera a lo que Soja presenta en su análisis como el “tercer espacio”, en éste, el autor expone la existencia de

espacios de resistencia que se alzan desde sus posiciones de marginalidad, periferia o dominación (2005:68), haciendo énfasis en una simultaneidad espacial, de acuerdo a los diferentes individuos o grupos y sus diversas formas de apropiación y reapropiación del mismo.

Basándose en el concepto de heterotopías de Foucault (1967), a las cuales se refiere como esos espacios que se oponen a las utopías en tanto se constituyen en una suerte de espacios que “están por fuera de todos los espacios”, a las desviaciones en relación con el medio o con la norma social, las cuales “permiten yuxtaponer en un lugar real distintos espacios, varias ubicaciones que se excluyen entre sí” (ibíd., p. 4), resulta inevitable la no existencia de resistencias evidentes en lugares que, como los que se abordan en este trabajo, son resultado de múltiples y radicales transformaciones que implican desplazamientos de población, así como demolición y construcción de nuevas espacialidades en lugares que han acumulado fuertes relaciones de orden simbólico a nivel de ciudad.

La Plaza de Botero por ejemplo, se inserta en un lugar que por muchos años ha sido identificado como una zona con presencia de prostitución; de igual manera, existe un alto índice de habitantes de calle³³, criminalidad, expendio de drogas, etc., relacionados con la mayoría de las espacialidades aquí interpretadas; sin embargo, se presenta un aparente “control” por diferentes tipos de mecanismos (policía, seguridad privada, funcionarios de espacio público) que proveen al ciudadano de una sensación de seguridad, la cual se expresa a lo largo de las diferentes entrevistas realizadas: “(...) tal vez si han mejorado mucho en la seguridad en el sentido en que han erradicado muchos indeseables y cosas así.” (VC6, 2011, entrevista); sin embargo, aunque esta es la primera respuesta que surge en la mayoría de los entrevistados al abordarse el tema de las nuevas intervenciones o transformaciones espaciales, cuando se profundiza en las conversaciones, se hace presente aún ese sentimiento de inseguridad y de incomodidad frente a la presencia de otros grupos sociales.

Hace falta mucha ley, mucha vigilancia, no la hay. (Sobre el Centro de la Ciudad) (HC1, 2011, entrevista)

³³ Según Mauricio Hoyos, profesional del área de gestión social de la Gerencia del Centro (2011) “siete de cada 10 adultos que deciden vivir en situación de calle eligen el centro de la ciudad como espacio habitual de sobrevivencia, haciendo de sus calles su lugar permanente de vivienda, según el último censo del 2009 en Medellín permanecen 24.352 habitantes en situación de calle (3.381 habitantes de la calle y 20.971 en la calle)”.

(...) uno antes veía aquí mucha elegancia, ahora uno no veo sino feo, sucio, mugroso, tierra, ladrones, desechables, de todo. (Expresión respecto a la carrera Junín). (HC1, 2011, entrevista)

Antes de la transformación de Junín no iba casi al centro, dejaba acumular las diligencias para ir solo una vez... hay cositas que son fastidiosas como la mendicidad, esas cosas que se ven a diario y que son muy deprimentes, pero eso son cosas con las que uno tiene que aprender a convivir (VC6, 20011, entrevista)

La expresión “digamos que el público fue mucho del que la gente no quiere ver” (VC3, 2010, entrevista), respecto a la manera cómo la ciudad se relaciona con la Plaza de la Luz, da cuenta del sentido que buscar imprimirse a este tipo de lugares concebidos desde la planeación y del por qué no han resultado completamente “exitosos”; en cambio, un lugar como la Plaza Botero, consiguió atraer a un sector de la población que anteriormente no se encontraba en el lugar.

Ante una aparente coherencia, existe lo que Foucault plantea como contra-espacios (1967:2), es decir, otros espacios de resistencias que día a día son producto de constantes negociaciones y luchas donde se hacen manifiestas las relaciones de poder. Así, se constituye en el espacio de las diferencias, de la diversidad, donde condiciones como el género, la clase o la etnicidad producen esos “otros” espacios como respuesta a esas representaciones del espacio dominantes en las que subyace un carácter discursivo.

(...) aquí no nos dejaban trabajar, la policía nos corretiaba, nos quitaba las cajas... ya con el tiempo ellos nos colaboraron mucho y ya tenemos el puesto como fijo, algunos pues, lo que nos hemos portado como mejor, tenemos el puesto fijo” (HC2, 2011, entrevista)

Retomando a Foucault, se hace necesario pensar las relaciones entre estos otros espacios y las temporalidades, lo que este autor denominada “heterocronías” (1967: 5), en tanto éstos presentan rupturas con el tiempo tradicional. Estos otros espacios se desarrollan en tiempos “paralelos” al tiempo tradicional, no obstante, a ellos se les asocian temporalidades y en su interior mismo, se vive el tiempo de manera diferente. Tal es el caso del tiempo en los burdeles y bares contiguos a estas nuevas intervenciones, el desarrollo de actividades que se consideran por fuera de la norma como el expendio de drogas, o la reunión de grupos sociales como los jubilados se presentan como espacios de acuerdo a sus propios ritmos y a los ritmos en los que se desarrolla la ciudad.

Los que están llegando mucho son los morenos, los morenos se aglomeran mucho acá los sábados después de las 11 de la mañana, como

en San Antonio³⁴, se han venido de allá porque está peligroso, entre ellos mismos se están atracando.(HC2, 2011, entrevista)

La anterior afirmación evidencia ese “otro espacio” en relación a una etnia, y su manera de relacionarse con la temporalidad y la materialidad. Así mismo, logra interpretarse una asociación directa entre el grupo social y una actividad determinada. Frases como “esto se va poniendo maluquito por ahí después de las 7”³⁵ (HC2, 2011, entrevista), o “en el día es más tranquilo, ya por la tardecita hay que poner más cuidado”³⁶ (VC7, 2011, entrevista), demuestran las relaciones que se establecen entre el tiempo, la materialidad y las prácticas sociales. Los ritmos de la ciudad relacionados con los tiempos establecidos para la producción, el desplazamiento o el ocio determinan en gran medida la presencia, ausencia o intensidad de los diferentes dispositivos de control utilizados en estos lugares.

Lo que pasa es que la gente cuando baja al centro también se le ve la desconfianza, es un cuento de seguridad como en un montón de cosas, (...) ir con cierta tranquilidad y estar pendiente de todo, no tenerle miedo a la gente, también creo que hay muchos cambios ahí, o a la fuerza o por la cultura, digamos que por la cultura aquí del turista, y por ese tipo de cosas también se ha creado como un cuento de ... un poquito de más respeto, en ciertas horas del día pues, obvio que el viaducto del metro no lo voy a andar a las 12 o 1 de la mañana. (VC5, 2011, entrevista)

El anterior párrafo enlaza con un aspecto determinante en la producción de estos lugares como lo es el turismo, el planteamiento de una “cultura del turista” resulta algo reciente en esta ciudad, especialmente de la manera en que se concibe ahora, a partir de la refuncionalización de muchas de estas espacialidades con la finalidad de entrar a formar parte de esos circuitos de “consumo” de cultura. Prácticas que ya se encuentran inmersas en la cotidianidad de espacialidades como La Plaza de Botero, Junín, y en menor medida La Plaza de la Luz; en tanto el Parque de Berrío se configura como un punto de conexión entre la estación del Metro y La Plaza de Botero.

Puede decirse que intervenciones como estas se han generado desde el manejo de un “doble” discurso en el que, si bien se justifican como espacialidades necesarias para el mejoramiento de la calidad de vida en la ciudad como el acceso a espacios

³⁴ El Parque San Antonio ha pasado a ser reconocido como un lugar de reunión de la población afrodescendiente de la ciudad.

³⁵ Haciéndose referencia al Parque de Berrío.

³⁶ Haciéndose referencia al Parque de Berrío.

públicos y la dotación de nuevos lugares de carácter cultural (lo cual es cierto), también se aprovechan como una plataforma para posicionar la ciudad en la esfera nacional e internacional; por lo tanto, la capitalización de estos espacios como productos para el turismo conduce a la producción de una identidad y visibilidad para la ciudad.

Uno ve siempre muchas personas ahí, sobre todo en vacaciones que vienen muchos turistas, personas tomándose fotos en las esculturas, eso ya se vuelve como una situación repetitiva y una condición del sitio, tomarse fotos en las esculturas de Botero.” (VC2, 2010, entrevista)

Igualmente, se presentan como símbolos que, como se mencionó anteriormente, suelen generar cohesión entre grupos poblacionales haciendo alusión a sentimientos de identidad ciudadana, en donde lo político juega un papel definitivo cuando son concebidos desde el Estado; debido a esto, estas espacialidades se constituyen en un centro de relaciones económicas y políticas que sirven de escenario para la imagen de ciertas instituciones (ibíd., p. 20-22); “esta nueva estatización de la política, los actos culturales y sus escenografías cumplen el papel de dar empaque, prestigio e imagen de idealismo filantrópico al poder político y a sus aliados económicos” (ibíd., p.108).

Los hoteleros del sector también confían y se sienten satisfechos, pues creen que el gigantesco proyecto cultural será su salvación y que, como señalaba una directora de mercadeo de un establecimiento al diario El Colombiano, las habitaciones se llenen de ejecutivos, artistas y académicos. (El Tiempo, 2000)

(...) ventajas para la ciudad en cuanto a lo económico, por lo del turismo, porque se dan más turistas, porque la gente quiere venir a ver lo nuevo que hay en Medellín, y lo negativo, pues, para uno como habitante de Medellín porque uno no puede recorrer mucho esos parques ... por falta de plata, no puede ir a visitar. (VC1, 2011, entrevista)

Por lo tanto, como lo plantea Esteban, estos espacios, los cuales podrían considerarse dentro del concepto que él denomina como “ornamento”³⁷, se convierten en un recurso que “crea urbanismo, imagen y comunicación, actividad económica y lealtad política” (2007: 17), es decir, estos procesos involucran regeneraciones urbanas con un marcado sentido estético que se sustenta en la firma de los arquitectos que las conciben, para llevar así a un posicionamiento en redes globales que hagan a la ciudad competitiva.

³⁷ El autor aborda el concepto de “ornamento” explicándolo como esos lugares que si bien no son de carácter urgente o necesario para el desarrollo de una ciudad, si consiguen éxito en su implantación cumplen con su función de dotación de visibilidad e identidad a la ciudad, en tanto se convierten en lugares productivos y funcionales (Esteban, 2007:18-19).

En relación a este tema, merece mencionarse el efecto que ha tenido el modelo de intervención urbana llevado a cabo durante los últimos ocho años denominado “Urbanismo Social”, a partir del cual, Medellín se posicionó en el ámbito internacional especialmente como referente de una acertada combinación entre intervenciones urbanas y políticas públicas.

Estas intervenciones, han apelado nuevamente a la identidad como sustento en su discurso transformador y, a partir de la edificación e intervención de obras de gran envergadura, se pretende generar entre los habitantes de las zonas marginales donde se han desarrollado sentimientos de orgullo e identificación con las mismas.

En palabras de Fajardo, la consigna fue “lo más bello para los más humildes, de modo que el orgullo de lo público nos irradie a todos. La belleza de la arquitectura es esencial: donde antes hubo muerte, temor, desencuentro, hoy tenemos los edificios más imponentes, de la mejor calidad para que todos podamos encontrarnos alrededor de la cultura, la educación y la convivencia pacífica. Así mandamos un mensaje político sobre la dignidad del espacio para toda la ciudadanía sin excepción, lo que supone un reconocimiento, reafirma la autoestima y crea sentido de pertenencia. Nuestros edificios, parques y paseos peatonales son hermosos y modernos. Acá o en cualquier ciudad del planeta. (Sánchez, 2010)

Para el alcalde Alonso Salazar se trata de “activar la fuerza de la estética como motor de cambio social y cultural”. (Sánchez, 2010).

Así, las obras del “urbanismo social” hace parte hoy en día de la agenda de cualquier visitante que llegue a la ciudad, los trayectos en el metrocable, las visitas a los parques bibliotecas, o los recorridos peatonales. Compartir con los turistas para los habitantes de estos sectores hace parte actualmente de su cotidianidad, sin embargo, aunque resulta innegable el efecto que ha tenido la presencia de estas intervenciones en dichos lugares, en algunas oportunidades se han llegado a sobrestimar en relación a los verdaderos cambios que a nivel social puedan llegar a generar. Como lo manifiesta el arquitecto Orió Bohigas a propósito del tema:

Hay que observar atentamente la evolución de todas estas actuaciones, no sólo para comprobar sus resultados, sino para tener nuevos testimonios respecto a la eficacia social de la reconstrucción urbana en un lugar que ha sido tan conflictivo como Medellín. (...) ¿Hasta qué punto la operación urbanística reforzará e incluso provocará las indispensables medidas públicas para asegurar un nuevo orden social? ¿No hay que temer, incluso, una posible banalización de ese urbanismo que tan acertadamente prefiere transformar la realidad a derribarla, ofreciendo el conformismo de lo pintoresco como un sustituto de los cambios radicales? (...) Sería lastimoso que el metro-cable, por ejemplo, se convirtiese en un sistema turístico para contemplar desde el aire, sin contaminarse, la belleza pintoresca de la vida

aglutinada, espesa pero vibrante, del tugurio con sus habitantes mal alojados.
(Bohigas, 2007).

Acorde con lo anteriormente expuesto se evidencian una correspondencia entre lo que se asume como la “salvación” para estos lugares y determinados grupos poblacionales, el espacio concebido se asocia a nuevas prácticas sociales, en tanto existe una desviación desde la forma como se viven y se perciben por parte de los habitantes cotidianos que lo ven como algo “ajeno”, no obstante su fin inmediato fuera el de proyectarse como un aporte al espacio público y cultural de la ciudad.

Así, después de interpretar cada uno de los lugares anteriormente expuestos a la luz de los diversos momentos de producción espacial, se encuentra que existen resistencias de grupos subalternos como las personas en situación de calle y los trabajadores sexuales, habitantes de estos sitios antes de su transformación espacial. La notable presencia de diversos dispositivos de control como la vigilancia pública y privada, la existencia de funcionarios de la administración municipal, e incluso, las acciones de bandas criminales emergentes así lo confirman.

Este tipo de intervenciones poco a poco han ido ejerciendo presión sobre estos grupos, obligándolos a replegarse hacia otros espacios, sin embargo, sus resistencias y luchas no se deben exclusivamente a estos procesos particulares de intervención urbana. El centro en su totalidad, como espacio de la diversidad, ha sido el principal espacio de estos conflictos en la ciudad.

Por otra parte, pareciera que entre las personas entrevistadas, quienes corresponden al grupo de ciudadanos que ejercen sus prácticas dentro de la norma (ciudadanos del común) las resistencias desde la práctica espacial se manifiestan tímidamente. Espacialidades como la Plaza Botero y la Plaza de La Luz presentan resistencias y/o desviaciones ante los usos para los que fueron planificados³⁸, resultado (en el caso de la Plaza Botero) del significado que adquieren en tanto son apropiados por parte de grupos que no son los usuales en estos sectores (ejemplo de ello el turismo), asociados a un estatus y un nivel económico en particular; o, en el caso contrario (Plaza de la Luz), de grupos para los que no fueron proyectados y que perviven a pesar de las diversos dispositivos de control existentes.

³⁸ Estas desviaciones o resistencias se hacen más evidentes en La Plaza de la Luz, la cual, en la actualidad, se ha configurado como un sitio de paso para llegar al Centro Administrativo La Alpujarra, y a pesar de la existencia de espacios diseñados para la permanencia, son muy poco utilizados.

Vale la pena mencionar que si bien en la Plaza Botero, la espacialidad como sitio de permanencia es utilizada, los lugares que hacen parte del conjunto como el Museo de Antioquia y la presencia de las esculturas, resultan elementos con los cuales aun no existe una correspondencia entre lo vivido (el ámbito simbólico), y lo concebido (la planeación); las personas identifican a Botero, su obra y su reconocimiento internacional, pero la relación arte-ciudadanos sigue siendo distante.

Por otra parte, el Parque de Berrío y la presencia de la estación del Metro en él, mantiene lo que podría llamarse una aparente “coherencia” entre lo concebido, lo percibido y lo vivido. En este sentido, el uso del parque como lugar de permanencia se mantiene a pesar de habersele restado una considerable área de su superficie, sin embargo, la presencia de la estación ha condicionado la existencia del sitio en función de la estación del Metro, es decir, para muchos existe el Parque en tanto es el sitio que alberga la estación, y esto, puede decirse que se debe en gran medida, a las constantes transformaciones por las que éste ha pasado a lo largo de su existencia.

El edificio Coltejer se presenta como un caso particular en tanto es una espacialidad que no es de carácter público como los anteriormente abordados. Sin embargo, a través de las entrevistas, la relación de éste con la carrera Junín y su significación a nivel de ciudad aparece como algo indisoluble. Este edificio, construido en la década de los 70's, se valida especialmente desde la relación entre lo concebido y lo vivido, debido a que ha sido asumido como un icono de ciudad. Anteriormente existieron en su interior dos salas de cine, permitiendo que fuese apropiado desde la práctica.

En cuanto a esta edificación, así como con el lugar que hoy ocupa la Plaza Botero, existe la particularidad de una relación constante con el pasado; cuando se hace mención a la espacialidad actual pareciera que existe un “link” directo con lo que fue (recuerdos de carácter positivo o negativo) como si de manera paralela e indisoluble se pensaran estos dos espacios en el ayer y el hoy, se expresan sentimientos de nostalgia sobre lugares no vivenciados (tal es el caso del Hotel Europa), sin dejarse de validar la presencia de estas nuevas edificaciones como condición del cambio en pos de un avance, del “progreso”.

En general resulta evidente la presencia de esos “otros espacios” en un lugar como el centro de la ciudad, donde, debido a la heterogeneidad en usos y habitantes, se superponen y a veces entrelazan con los espacios de la planificación, la existencia de

sectores sociales y prácticas que se asumen como trasgresoras o como desviaciones de la norma social se hacen presentes de diversas maneras y con diferentes intensidades. Sin embargo, así mismo, estos lugares buscan generar seguridad frente éstas prácticas a partir de la presencia de múltiples dispositivos de control. Las luchas y negociaciones acá son mucho más fuertes y constantes debido a las diferencias entre los grupos para los que fueron concebidos y los habitantes tradicionales, generándose así contradicciones entre la forma de ser concebidos, percibidos y vividos.

Finalmente se puede considerar que hoy en día estos lugares se validan especialmente desde la manera como se consideran como iconos de ciudad; las nuevas estéticas presentes en lugares como la Plaza de la Luz o la Plaza Botero³⁹ generan sentimientos identitarios en relación a los espacios vividos, es decir, a su relación simbólica con ellos, aceptándose como imágenes representativas de ciudad que conllevan “beneficios” como la atracción turística.

³⁹ Y en su momento con el Edificio Coltejer y la estación del Metro Parque de Berrío.



IMAGEN 13. LAS PRÁCTICAS ESPACIALES: EDIFICIO COLTEJER Y CARRERA JUNÍN

Fotografías: Archivo personal.



LAS PRÁCTICAS ESPACIALES: PLAZA BOTERO
Fotografías: Archivo personal.



IMAGEN 14. LAS PRÁCTICAS ESPACIALES: PARQUE DE BERRIO
 Fotografías: Archivo personal.



IMAGEN 16. LAS PRÁCTICAS ESPACIALES: PLAZA DE LA LUZ
Fotografía: Archivo personal.



IMAGEN 17. LAS PRÁCTICAS ESPACIALES: PLAZA DE LA LUZ
Fotografías: Archivo personal.

CAPITULO 5

En Medellín se baja al centro.

“No se le puede imponer un centro a la ciudad”, dice el arquitecto Nel Rodríguez⁴⁰ en el año de 1967 en una carta enviada al periódico El Correo, en esta, manifiesta su desacuerdo frente a la propuesta de traslado del centro administrativo de Medellín hacia el lugar llamado “La Alpujarra”, aledaño al sector de Guayaquil, donde se hallaba la Plaza de Mercado y la Plaza de Cisneros. El centro en Medellín avizoraba una nueva transformación a partir del desplazamiento de la función que de alguna manera lo proveía de su carácter de centralidad: la institucionalidad; sin embargo, la construcción de dicho centro administrativo solo se concretó en la década de los 80’s, momento para el cual las funciones de la centralidad tradicional ya habían entrado a competir con la configuración de nuevas centralidades de carácter urbano en la ciudad.

Hoy en día, la administración municipal concibe la imagen del “centro tradicional y representativo” de Medellín como “soporte de identidad local y metropolitana”, al tiempo que debe considerarse como un “referente significativo para propios y extraños” (Alcaldía de Medellín, 2006:5), el cual, a pesar de las diversas etapas por las que ha atravesado y las diferentes visiones que lo han transformado, mantiene su carácter de centralidad y se configura como un “centro vivo”.

Tabla1. El Centro en Cifras

EL CENTRO EN CIFRAS	
Personas que se encuentran diariamente en el centro	1'100.000
Trabajan	300.000
Estudian	70.000
Residen	110.000

Fuente: Elaboración a partir del Plan Especial del Centro (PEC) 2007.

⁴⁰ Arquitecto y urbanista, diseñador de varios edificios que han marcado el paisaje de la ciudad debido a su adaptación de las tendencias del movimiento moderno. Entre sus obras más destacadas se encuentra el Palacio Municipal, hoy sede del Museo de Antioquia.

Esta visión de centralidad no diverge mucho en relación a los modelos de ocupación propuestos para otras ciudades colombianas, las cuales han apostado al modelo de ciudad compacta como respuesta a los procesos de urbanización sin control, así como a problemas de índole ambiental, funcional y social; de ésta visión se desprende la idea de ejecutar intervenciones urbanas de carácter integral en donde se privilegie el espacio público como eje estructurante a escala de ciudad, así como una adecuada mezcla de usos. En este sentido, el PEC (2007) promueve

(...) aquellas mezclas que favorezcan la plataforma de competitividad de la ciudad, haciendo del centro el lugar más atractivo para vivir, mediante la creación de un plan para la promoción del uso residencial del centro y mediante la promoción de actividades económicas, comerciales y culturales que colaboren en fijar la residencia.

Es así, cómo desde el modelo de ocupación territorial expuesto por el Plan de Ordenamiento Territorial de la ciudad se propone en Medellín un crecimiento orientado hacia adentro, con la presencia de un sistema de centralidades a partir del centro tradicional y representativo (2006:4), en el cual, a partir del centro principal o centro histórico, se incorporaron algunas zonas de importancia en el pasado y otras con proyección para la construcción de la ciudad futura, reconociendo así sus procesos de crecimiento e importancia tanto funcional como simbólica. De esta manera, podría decirse que en el caso de Medellín su centralidad histórica se articula de diferentes maneras con lo que hoy se considera la centralidad urbana, producto de sucesivas transformaciones físicas, simbólicas y funcionales que han llevado a que la delimitación entre ese espacio primigenio a partir del cual se desarrolló la ciudad y los nuevos espacios que configuran el centro urbano sea poco legible.

El escenario actual de la centralidad de la ciudad, transita entre problemáticas ligadas a la indigencia, la prostitución, el alto tráfico vehicular, la inseguridad y las ventas informales, lo que ha generado el deterioro de muchas zonas. Dichos aspectos, han cambiado la identificación de los habitantes de la ciudad con el sector: “me da pereza el centro por los carros, por la gente, porque es estresante” (VC1, 2011, entrevista), ó como se mencionó por otro de los informantes: “cuando tengo algo a qué bajar, bajo⁴¹, de resto no” (VC3, 2011, entrevista); estas afirmaciones evidencian el

⁴¹ En Medellín, dadas sus condiciones topográficas y la ubicación misma de centralidad, la expresión “bajar al centro” es común cuando se habla de desplazarse hasta este lugar.

ambiente hostil que las personas asocian a este lugar, el cual conserva su característica de centralidad relacionada en mayor medida desde una visión funcional, considerándose como el lugar que provee servicios: “uno al centro va es a conseguir cosas” (VC2, 2010, entrevista). Sin embargo, estas problemáticas no son propias solo de esta zona de la ciudad y, si bien la centralidad siempre debe ser pensada de manera relacional con un todo urbano, este espacio en general suele asociarse a categorías negativas, “el imaginario social les dota de una identidad marginal, problemática, delictiva (...)” (Martínez, 2001: 96).

Bien podría decirse que para mediados del siglo XX, el centro de la ciudad estaba comprendido al interior de la zona localizada entre tres nodos consolidados y diferenciados funcional y simbólicamente: El Parque de Berrío, El Parque de Bolívar y Guayaquil; el primero, de carácter comercial e institucional (debido a la presencia de edificaciones administrativas y religiosas como la iglesia de la Candelaria); el segundo, caracterizado por su vocación simbólica debido a la presencia de la Catedral Metropolitana; y, el tercero, epicentro de la vida comercial y cultural de carácter popular. Sin embargo, la propuesta de traslado de las funciones administrativas hacia el lugar denominado La Alpujarra, ubicado en inmediaciones de la Plaza de mercado de Guayaquil, se constituyó en otra acción que afectaría el carácter del nodo constituido por el Parque de Berrío, el cual, con la construcción de la Catedral Metropolitana, vio afectada su función simbólica en tanto se despojó de éste título a la basílica de Nuestra Señora de la Candelaria, existente en el lugar desde el momento de la fundación de la Villa.

Algunos arquitectos e intelectuales de la época hicieron fuertes críticas a estos planteamientos, previendo las consecuencias de la imposición de un cambio radical en relación al aspecto simbólico y funcional del centro tradicional con la pérdida de su carácter institucional; así como al traslado de estas funciones a otro lugar en búsqueda de un impacto de carácter “positivo” en el sector contiguo de Guayaquil, respecto a lo cual el arquitecto Nel Rodríguez en el año de 1969 manifiesta:

(...) No es posible pensar en el triangulo de la Alpujarra sin pensar en la zona de Guayaquil, porque ambos pertenecen al mismo núcleo. El grupo social y las actividades complementarias que se han conformado allí, hacen un conjunto homogéneo perfectamente definido y de una pujanza y desarrollo desconcertantes, a tal punto que su expansión tiende a invadir el comercio del parque de Berrío, y no al revés como se pensó originalmente. Por ser una formación espontanea y formar un grupo social que es mayoría indiscutible en la ciudad no se puede pretender

eliminarlo ni transformarlo radicalmente. Es una necesidad del conjunto urbano que solo podemos tratar de mejorar en sus aspectos físicos y socioeconómicos. (El Correo, 1967:8)

Se manifiesta pues la particularidad en la configuración y función de Guayaquil, un centro de comercio y vida cultural en el cual confluye población proveniente de estratos sociales medios y bajos que llegaron a la ciudad gracias a la presencia del ferrocarril, y seguidamente, convergerían en él rutas de buses municipales y todo tipo de comercio debido a la presencia de la Plaza de Mercado.

La memoria colectiva se presenta como el resultado de ajustes y modificaciones en la extensión del tiempo y, si bien se traduce en esa conquista de los grupos en tanto se constituye en la lucha por el dominio del recuerdo y de la tradición (Le Goff, 1991:182), también se constituye en sí misma como un objetivo e instrumento de poder, especialmente en las sociedades actuales donde, de manera indirecta, se ve atravesada por las influencias de los grupos dominantes a través de los medios masivos de comunicación. Es decir, en la actualidad, la imagen sórdida de Guayaquil debido a la presencia de bares, burdeles y comercio es la que pervive en la memoria de muchos de los habitantes de Medellín pese a los cambios materiales de esta espacialidad, bien sea por haber experimentado este espacio, por la transmisión de historias a través de la oralidad, o por la producción escrita referente al tema:

“Recuerdo Guayaquil que era un área donde la gente iba a parrandear y a tomar licorcito y esas cosas (...) Guayaquil se decía que era una zona peligrosa, pero lo peligroso era que le hincharan a uno un ojo con un golpe (...) ahora la ciudad es muy violenta y tiene una cultura de violencia y de intolerancia” (VC6, 20011, entrevista).

El traslado a este sector del centro administrativo, deja ver una intencionalidad en relación al carácter que se pretendía que adquiriera y que finalmente no se logró. Como se ha expuesto anteriormente, la salida de la plaza de mercado del lugar generó un proceso de deterioro y abandono de este sitio, en el cual, para la década de construcción del Centro Administrativo conocido como la Alpujarra, se encontraba ocupado por burdeles, bares y expendios de droga; y solo a partir de las últimas intervenciones espaciales donde se borró todo aquel reducto de materialidad que recordase éste espacio, se han introducido o reafirmado los usos de carácter comercial (aunque en la memoria de los habitantes persista la imagen anterior). Éste se convierte en uno de los múltiples ejemplos de intervenciones en la centralidad, producto de la “ciudad-concepto” a la que hace referencia De Certau (1996:107) en donde “la

racionalización de la ciudad entraña su mitificación en los discursos estratégicos, cálculos fundados con base en la hipótesis o la necesidad de su destrucción por medio de una decisión final”.

Las nuevas formas de pensar las intervenciones en la centralidad de manera “integral” en la ciudad es algo relativamente nuevo, aunque las políticas relacionadas con las centralidades históricas en el país surgen a partir de la década de los 60’s y como lo plantea Luis Fernando González (2010), las diversas miradas y decisiones que se han tomado sobre ellas responden al pensamiento vigente tanto estatal como académico según la época.

Según la ley 163 de 1959, se consideran sectores históricos aquellos que incluyen “las calles, plazas, plazuelas, murallas, inmuebles, incluidas casas y construcciones históricas en los ejidos, muebles, etc., ubicadas en el perímetro que tenían esas poblaciones durante los siglos XVI, XVII y XVIII” (González, 2010:36). Esta “fragmentación” en la concepción de la centralidad histórica se tradujo más tarde en la forma de intervención del patrimonio inmueble, la cual se dedicaba al objeto arquitectónico como elemento aislado. En este sentido, se intervinieron muchas edificaciones sin pensarse de manera integral una articulación de estos bienes con su entorno, al tiempo que los centros se derrumban debido a la búsqueda del progreso, proceso reflejado en la construcción de altas edificaciones, así como de planes viales dedicados a la solución de problemas de orden vehicular.

Medellín no fue la excepción a estos procesos, y como se ha expuesto a través del texto, su centralidad se vio continuamente afectada debido a la adopción del discurso del “progreso” desde tiempo atrás (Melo 1993), destruyendo y construyendo constantemente edificaciones según las necesidades de las elites allí residentes o posteriormente propietarias de las edificaciones comerciales establecidas en el sector.

En la ciudad, el Patrimonio inmueble se considera desde el Plan Especial de Protección Patrimonial PEPP (PEPP, 2009:1), como elemento estructurante, buscando que todos los elementos de cada uno de los componentes actúen como un sistema en todo el territorio municipal; sin embargo, esto es el resultado de una legislación reciente producto de la búsqueda de una lectura integral del patrimonio urbano. No obstante, desde la práctica espacial, otra ha sido la forma de asumirlo.

Pareciera que en Medellín, sus habitantes han desarrollado sus vínculos identitarios con elementos diferentes a los de carácter material, y la identificación con

estructuras arquitectónicas hace parte de una relación tiempo-espacio diferente a la que se concibe tradicionalmente desde la visión patrimonial: los habitantes de la ciudad son más propensos a la elaboración de una relación entre el edificio y el futuro (esto, relacionado directamente con la idea de progreso), en tanto, su relación con el pasado se encuentra estrechamente ligada a valores de tipo cultural (Melo 1993). La memoria en la ciudad se encuentra anclada a la idea de un pasado que permitió el desarrollo de una región (más allá de la ciudad), y las espacialidades transformadas o desaparecidas hacen parte de la memoria. Se puede hablar de un sentimiento de orgullo cercano a su “mitificación” (como en el caso del Teatro Junín), por lo que representaron para la ciudad, no obstante, su desaparición se valida en pos de su desarrollo, imagen y mejoramiento: “la polémica era porque iban a demoler un edificio⁴² que era patrimonio, si es un espacio que no está aportando nada a la ciudad, hay que reemplazarlo con un edificio que haga que no se sienta nostalgia” (VC2, 2010, entrevista).

En este orden de ideas, pareciera que la eficacia simbólica de cualquier referente espacial en esta ciudad corresponde a un asunto casi utilitario, por lo tanto, no resulta impactante el hecho de sustituir un elemento por otro, en tanto sus cualidades hagan que éste, supere al anterior, y esto, en buena parte, se logra a través de su legitimación mediante el discurso en el cual se sustenta el cambio. Como lo manifiesta Kingman (2008:8) “Los usos del patrimonio como los de la memoria se modifican en cada momento y en cada lugar de acuerdo a intereses sociales en juego”.

El traslado de las funciones administrativas de la centralidad tradicional ocurrió en la década de los 80’s, sin embargo, para cuando esto ocurrió, la centralidad tradicional ya era el sitio que albergaba las edificaciones más altas de la ciudad pertenecientes a instituciones bancarias, las cuales fueron restando espacio no solo a lo que era la “Plaza Mayor”, como la construcción del Edificio del banco de la República en el costado sur del hoy Parque de Berrío; o visibilidad de otras construcciones que permanecían tímidamente contando la historia de otros usos y habitantes del lugar, como el edificio conocido como el bar Pilsen ubicado en la esquina contigua a la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria. De igual manera ocurre con algunos edificios invisibilizados

⁴² Respecto al edificio del Pasaje Sucre, ubicado en el sector de Guayaquil y que fue demolido para la construcción de la Biblioteca de Empresas Públicas de Medellín, el cual hace parte del renovado sector de la Plaza de la Luz.

tras la enorme y pesada estructura de la estación del metro del Parque de Berrío. Ya lo planteaba Nel Rodríguez en 1967:

El centro actual, representativo de lo que mejor distingue al antioqueño, y por consiguiente a Medellín, también es el fruto de un proceso espontáneo, lento y continuamente mejorado, de actividades que se complementan mutuamente. La cohesión de este complejo es el resultado del interés mismo de la agrupación y la comodidad que representa: cambio de informaciones y servicios, contactos personales, servicios administrativos, etc.

(...) Quitarle cualquiera de sus elementos es hacer la amputación de un miembro a un organismo vivo perfectamente integrado. (El Correo, 1967:8)

Sin embargo las “amputaciones” continuaron década tras década, “amputaciones” de carácter material y simbólico que han estado presentes en este lugar desde tiempo atrás, en una sociedad donde la idea del “progreso” fue la directriz en la forma de pensar la ciudad, como le expresa Michel de Certeau (1996: 107) “la organización funcionalista, al privilegiar el progreso (el tiempo), hace olvidar su condición de posibilidad, el espacio mismo, que se vuelve lo impensado de una tecnología científica y política”; especialmente en esta ciudad, ligada a discursos de tipo identitario de carácter local y regional. Y aunque Rodríguez (1967) plantea que “(...) Medellín, pues, ya tiene su corazón bien o mal localizado, pero bien conformado y definido. Es el centro tradicional e histórico de la ciudad y los intereses creados alrededor de él se opondrán a su desmembración o traslado” (El Correo, 1967:8); pocos se opusieron, o se han opuesto.

En este sentido, se evidencia que, si bien tradicionalmente la idea de desarrollo ha ido de la mano con el concepto del progreso como componente esencial de la modernidad (Melo, 2008:1), en Medellín el progreso también se ha configurado como un elemento característico del discurso identitario de los antioqueños. Por esta razón, es notable la convergencia que se ha dado entre dicha dimensión identitaria y el ejercicio de la planificación urbana, en tanto, esta incorpora el ideal moderno del desarrollo, de manera que se crea un círculo virtuoso en el que se retroalimentan y legitiman las intervenciones y transformaciones desencadenadas por el ordenamiento territorial.

Así, a pesar de sus transformaciones, los habitantes de Medellín aún reconocen en su centro tradicional el carácter de centralidad, y se presenta ante ellos una centralidad de carácter histórico que desde sus fragmentos se articula con la centralidad urbana; estos fragmentos evidencian las distintas intenciones que desde la práctica de la planificación han direccionado cada una de las intervenciones allí realizadas, sin embargo, la práctica espacial da cuenta de cómo éstas intervenciones han sido validadas

en su mayoría por los habitantes del común, ya sea apoyados en el discurso del progreso que llevó a la Villa a convertirse en ciudad, o en el discurso del desarrollo, sustentado en el turismo como medio de posicionamiento de la ciudad a nivel global.

Para el habitante de esta espacialidad y de la ciudad en general, se ha convertido en parte de su cotidianidad la transformación continua del paisaje, tal vez por esto los elementos identitarios se remiten a tradiciones y costumbres. Jorge Orlando Melo (1993) expone esta idea a partir de la concepción de la ciudad como receptora constante de diversas migraciones a través de sus historia, esto, sumado a sus rápidas transformaciones espaciales, no permite un apego o identificación de los habitantes con muchos de los referentes espaciales: “Esas imágenes, esas memorias, esos símbolos, son en Medellín todavía muy cambiantes, pues la misma materia de la ciudad se transforma, y su gente es siempre en buena parte nueva” (Melo, 1993).

Sin embargo, para el caso de la centralidad en Medellín, se hace manifiesto en sus habitantes la pervivencia de un pasado relacionado con la materialidad a través de memorias ancladas a lugares e imágenes que ya no existen, esas “presencias de ausencias” a las que se refiere De Certau (1996), donde continuamente se señala lo que ya no está; no obstante, se entienda esa ausencia como condición inexorable para poder acceder al futuro. Este lugar palimpsesto permite a cada uno de sus habitantes hacer una lectura propia a partir de los fragmentos y alteraciones de los espacios, construir sus propias memorias a partir de recuerdos propios o ajenos de un pasado casi glorioso, que da cuenta del proceso (progreso) de un colectivo, por lo tanto se valida la destrucción como camino a una nueva construcción. Recuerdos de espacialidades que podrían llegar casi a pensarse como imaginarias, ésta quizá sea la principal resistencia, la permanencia mental de espacialidades, aunque desde la oralidad, se reproduzcan los discursos oficiales que validen el cambio, porque, como lo expresa el señor Raúl Álvarez, visitante del centro de 65 años: “para mí ya es indiferente, ya uno se acostumbró”.

BIBLIOGRAFÍA

Alcaldía de Medellín (1995) “Plan de Desarrollo de Medellín 1995-1997”. Disponible en: http://www.veeduriamedellin.org.co/plan_desarrollo2.shtml?x=275. Consultado en Junio de 2009.

Alcaldía de Medellín (1998) “Plan de Desarrollo de Medellín 1998-2000”. Disponible en: http://www.veeduriamedellin.org.co/plan_desarrollo2.shtml?x=276. Consultado en Junio de 2009.

Alcaldía de Medellín (2001) “Plan de Desarrollo de Medellín 2001-2003”. Disponible en: http://www.veeduriamedellin.org.co/plan_desarrollo2.shtml?x=277 Consultado en Junio de 2009

Alcaldía de Medellín (2004) “Plan de Desarrollo de Medellín 2004-2007”. Disponible en: http://www.veeduriamedellin.org.co/plan_desarrollo2.shtml?x=278. Consultado en Junio de 2009.

Alcaldía de Medellín (2000) “Medellín, Colombia, ciudad de Botero”. Medellín.

Alcaldía de Medellín (2008) “Plan de Desarrollo de Medellín 2008-2011”. Disponible en: http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/P_desarrollo/index.jsp?idPagina=380. Consultado en Junio de 2009.

Alcaldía de Medellín (2009) “Plan Especial de Protección Patrimonial”. Medellín.

Álvarez, Víctor (1996) “Poblamiento y población en el Valle de Aburrá 1541-1951” En: *Historia de Medellín*. Jorge Melo. Medellín: Suramericana.

Angarita, Pablo E. (2004) “Conflictos urbanos en un país en guerras: miedo, satanización y realismo trágico” En: *Violencias y conflictos urbanos: un reto para las políticas públicas*. Jesús Balbín (comp.). p. 113-158. Medellín: Instituto Popular de Capacitación IPC.

Arcila, María Teresa (2006) *El elogio de la dificultad* como narrativa de la identidad regional en Antioquia, *Historia Crítica*, No. 32, Bogotá, julio-diciembre, p. 38-66. Disponible en: http://www.scielo.unal.edu.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0121-16172006000200003&lng=es&nrm=. Visitada en Julio 26 del 2011.

Bedoya, Claudia (2000) “Firma de Botero recorrerá Medellín”. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1221702>. Visitado en mayo 10 de 2009.

Betancourt, Milson (2008) *Dinámicas espaciales y conflicto armado en Colombia: Análisis teórico de la interpretación de lo espacial desde la teoría espacial contemporánea*. Tesis de Maestría. Freie Universität Berlin. Zentralinstitut Lateinamerika-Institut.

Betancur, José María y Joaquín Quintero (1984) *Medellín, una ciudad que devuelve su centro al peatón*. Medellín: INGENIARTE.

Bohigas, Oriol (2007) “Cambios en Medellín”. *Periódico el País*, Septiembre 6. Disponible en http://elpais.com/diario/2007/09/06/catalunya/1189040845_850215.html. Visitado en febrero 16 de 2009.

Botero Gómez, Fabio (1996). “Vida cotidiana y cultura urbana en Medellín, 1930 – 1950”. En *Historia de Medellín, Tomo 2*, Jorge Orlando Melo (editor). p. 541 – 550. Medellín: Compañía Suramericana de Seguros.

Botero Herrera, Fernando (1996) *Medellín 1890 – 1950, historia urbana y juegos de intereses*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Bravo, José María (2007) *De Plaza Mayor a Parque de Berrio*. Medellín: Fondo Editorial Universidad de Eafit.

Capel, Horacio (2005) *La morfología de las ciudades, vol. I*. España: Ediciones del Serbal.

Carrión, Fernando (ed.) (2001) *Centros históricos de América Latina y el Caribe*. Quito: FLACSO–Sede Ecuador.

Carrión, Fernando (2003) “Ciudad y centros históricos: centros históricos y actores patrimoniales”. En *La ciudad inclusiva*, Marcello Balbo, et al. Cuadernos de la CEPAL 88, Santiago: CEPAL, Naciones Unidas, Cooperación Italiana.

Carrión, Fernando (2010) *Ciudad, memoria y proyecto*. Quito: FLACSO–Sede Ecuador.

Castaño, Ociel y Luis Fernando Molina (s/f) “Carlos Coroliano Amador, empresario antioqueño del siglo XIX”. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boletin13/bole0a.htm>. Visitado en Noviembre 10 de 2009.

Castells, Manuel (1976) *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI editores.

Corpocentro (1996) *Hacer empresa hacer ciudad: El Centro y las Empresas una sola historia*. Medellín: Gobernación de Antioquia, Alcaldía de Medellín. Folleto.

Certau, Michel de (1996) *La invención de lo cotidiano*. México: Instituto tecnológico y de estudios superiores de occidente.

Coulomb, René (2007) “Construyendo utopías desde el centro”. En: *Hábitat popular en los centros antiguos de Iberoamérica*, Mesías, R., Suárez Paredón, A. & Delgadillo, V. p. 16-28. CYTED / CENVI, México DF.

Empresa de Desarrollo Urbano, EDU (2007) “Plan Especial del Centro”, Alcaldía de Medellín.

Esteban, Iñaki (2007) “*El efecto Guggenheim, del espacio basura al ornamento*”. España: Anagrama.

Fernández, Andrés (2005) “Mas que luces en la nueva Plaza de Cisneros”. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1682765>. Visitado en mayo 10 de 2009.

Foucault, Michel (1967) “De los espacios otros”. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/4650039/Foucault-M-De-los-espacios-otros>. Visitado en julio 3 de 2010.

Foucault, Michel (1976) “Segunda Lección 14 de enero de 1976. Poder, derecho, verdad”. En Foucault, Michel (1992a) *Genealogía del racismo. De la guerra de las razas al racismo de Estado*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Foucault, Michael (1992b) *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Gallardo, Felipe y Antonio Sahadyid (2004) “Centros históricos: el auténtico ADN de las ciudades”, *Boletín del Instituto de la Vivienda*, vol. 19, núm. 51, Santiago, Universidad de Chile. p. 9-30.

García Canclini, Nestor. (1990) *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México D.F: Grijalbo

Gómez, Jorge Mario (1996) “*El Metro como recuperador del centro de la ciudad*”. En *Centros de ciudad: realidad y perspectiva*, Cámara de Comercio de Medellín. p. 116-126, Medellín: Marín Vieco.

Gonzales, Luís Fernando (2006) *La casa Posada- Barrientos, investigación histórica*. Fundación Ferrocarril de Antioquia. Inédito.

Gonzales, Luís Fernando (2010) *Ciudad y arquitectura urbana en Colombia 1890-2010*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Guber, Rosana (1999) “*Identidad social villera*”. En *Constructores de Otriedad*. Mauricio Boivin, Ana Rosato y Victoria Arribas. Buenos Aires: Eudeba.

Jaramillo, Beatriz (1997) “La Planificación del espacio Público en el Centro de Medellín”, *Arquínotas*, No. 3, agosto, p. 35-43.

Lefebvre, Henri (1976) *Espacio y política*. Barcelona: Ediciones península.

Lefebvre, Henri (1991) *The Production of Space*. UK: Blackwell publishing.

Le Goff, Jacques (1991) *El orden de la memoria, el tiempo como imaginario*. Barcelona: Ediciones Paidós.

Londoño, Patricia (1988) “La vida diaria: usos y costumbres” En: *Historia de Antioquia*. Jorge Melo. p. 307 – 342. Medellín: Suramericana de Seguros. Editorial Folio Ltda.

López Vela, Adriana (2000) “*Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe*”. En: *Monumentos de mi tierra*. Separata #32. Editorial el Mundo. Medellín. Diciembre.

Lungo, Mario (2003) “Cultura, globalización, centros históricos. Escenarios, desafíos, proposiciones”, ponencia presentada al II Encuentro de Manejo y Gestión de Centros Históricos, La Habana, septiembre.

Lynch, Kevin (1972) *¿De qué tiempo es este lugar?* Cambridge: MIT Press.

Martínez, Emilio (2001) Centros históricos en perspectiva, observaciones sociológicas al análisis y la planificación territorial. Disponible en: http://www.iecat.net/acs/Publicacions/PDF/numero14_2001/pagina%20087-104.pdf. Visitado en octubre 13 de 2010.

Melo, Jorge Orlando (1993) “Medellín: historia y representaciones imaginadas”. En: *Seminario: ‘Una mirada a Medellín y al Valle de Aburra’ 1993, Memorias*, U. N. de Colombia - Sede Medellín, Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Consejería Presidencial para Medellín y su área metropolitana y Alcaldía de Medellín. p.13-20. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/histcolom/medellin.htm>. Visitado en octubre 13 de 2010.

Melo, Jorge Orlando (2004) Medellín 1880-1930: los tres hilos de la modernización. Biblioteca Virtual del Banco de la República. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/sociologia/moderniz/indice.htm#UNO>. Visitado en octubre 13 de 2010.

Melo, Jorge Orlando (2008) La idea del progreso en el siglo XIX, ilusiones y desencantos, 1780-1930. Ponencia presentada en el XVI Congreso de colombianistas, Charlottesville, 6 de agosto.

Disponible en: <http://www.jorgeorlandomelo.com/bajar/progreso1.pdf>

Visitado en octubre 13 de 2010.

Molina Londoño, Luis Fernando (1996). “*Arquitectura del Valle de Aburrá*”. En *Historia de Medellín, Tomo 2*, Jorge Orlando Melo (editor). P. 622 – 641. Medellín: Compañía Suramericana de Seguros.

Moreno, Roberto (2004) “Conflicto y violencia urbana en Medellín desde la década del 90: algunas valoraciones” En: *Violencias y conflictos urbanos: un reto para las políticas públicas*. Jesús Balbín (comp.). p. 193 – 234. Medellín: Instituto Popular de Capacitación IPC.

Oslender, Ulrich (2000) “Espacializando resistencia: perspectivas de 'espacio' y 'lugar' en las investigaciones de movimientos sociales”. Biblioteca Luis Ángel Arango. Blaa Disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/geografia/osle/pres.htm>.

Visitado en Febrero 18 de 2010.

Prats, Lorencs (1997) *Antropología y patrimonio*. Barcelona: Ariel

Poveda Ramos, Gabriel (1996). “*La industria en Medellín, 1890-1940*”. En *Historia de Medellín, Tomo 2*, Jorge Orlando Melo (editor). P. 307 - 325. Medellín: Compañía Suramericana de Seguros.

Rodríguez, Carlos Mario y Mauricio Valencia (2011) “Caminos de la transformación; y cómo se ha ido pensando Medellín”. En: *Medellín guía de la transformación ciudadana 2004 – 2011*, Alcaldía de Medellín.p. 16 – 19. Medellín: Alcaldía de Medellín.

Restrepo, María Elena y Jairo Gutiérrez (2002) “*La cultura metro, un modelo de gestión social y educativo para la ciudad*”. Print Center. Bello, Antioquia.

Ruíz, Darío (1988) “La Evolución de la arquitectura” En: *Historia de Antioquia*. En *Historia de Antioquia*, Jorge Orlando Melo (editor). p. 421 – 426. Medellín: Suramericana de Seguros. Editorial Folio Ltda.

Sánchez, Ángela (2010) “Urbanismo Social: la metamorfosis de Medellín”. *Barcelona Metrópolis, revista de información y pensamientos urbanos*. Enero-marzo. Disponible en:

<http://www.barcelonametropolis.cat/es/page.asp?id=21&ui=331&prevNode=35&tagId=%C1ngela%20S%Elnchez>. Visitado en Agosto 12 de 2010.

Santos, Milton (2000) *La naturaleza del espacio*. Técnica y tiempo, razón y emoción. Barcelona: Ariel

Schnitter, Patricia (2005) “Construcción característica del crecimiento metropolitano de la ciudad de Medellín, Colombia. Lectura cartográfica de tres momentos significativos”, *Scripta Nova, revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Vol. IX, No. 194 (103), 1 de agosto. Disponible en: <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-194-103.htm>. Consultado en mayo 27 de 2009.

Sert, José Luís y Lester Wiener (1950) *Informe del Plan Piloto de Medellín*. Vol.2. Mimeo.

Soja, Edward (2005) *Third space. Journey to Los Angeles and other real-and-imagined places*. Blackwell publishing: UK

Toro, Constanza (1988) “Medellín Desarrollo Urbano 1880 – 1950” En: *Historia de Antioquia*. Jorge Orlando Melo. p. 299 - 306. Medellín: Suramericana de Seguros. Editorial Folio Ltda.

Vélez, Mercedes (2005) *Algunas ideas sobre arquitectura en América Latina y una aproximación al pensamiento moderno en Medellín*. San Andrés Isla: Universidad Nacional de Colombia.

Vélez White, Mercedes Lucía (2003). *Arquitectura Contemporánea en Medellín*. Medellín: Instituto Técnico Metropolitano

Vial, Carlos (2009) “La Plaza de Cisneros / Juan Manuel Peláez”. Disponible en: <http://www.plataformaarquitectura.cl/2009/09/08/plaza-de-cisneros-juan-manuel-pelaez/> Septiembre 8 de 2009. Visitado en Octubre 2 de 2009.

Villa, Marta Inés (s.f) El desplazamiento forzado en Medellín, del fenómeno del desplazamiento a la construcción social del desplazado. Medellín: Corporación Región. p.4. Disponible en <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/lms/moodle/mod/resource/view.php?id=26699>. Visitado en Septiembre 8 de 2009.

Villa, Viviana et al. (2007) “Estrategias y Transformación del Espacio Público. Subjetividades y Prácticas del Espacio. Medellín 1980-2007”. Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, Alcaldía de Medellín.

Waissman, Marina (1995) *La arquitectura descentrada*. Bogotá: Escala.

Zuleta, Luis (1988) “El comercio en el Siglo XX” En: Melo, Jorge. *Historia de Antioquia*. Medellín: Suramericana de Seguros. Editorial Folio Ltda. p. 249 - 256.

Documentos

Periódico El Correo No. 12102 (1961). “Palacio Nacional de Medellín desaparecerá”. Página 2. Julio 8.

Periódico El Correo No.12286 (1962). “*Proyecto de acuerdo sobre plaza de Cisneros y centro mayoritario*”. Página 3. Enero 17.

Periódico El Correo (1967). “*No se le puede imponer un centro a la ciudad*”. Página 8. Noviembre 17.

Periódico el Correo (1968a). “*Las proyecciones del primer rascacielos de Medellín, adecuadas a imagen de la empresa*”. Página 11, Septiembre 1.

Periódico el Correo (1968b). “Plaza de Cisneros fue construida en 1892 para 50.000 habitantes”. Página 3. Abril 24.

Periódico el Correo (1969). “Desplazaran los prostíbulos de la zona de Guayaquil”. Página 3. Enero 14.

Periódico el Tiempo (2000). “Botero embellece en Centro de Medellín”. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1262782> . Visitado en 10 de mayo del 2009.

Tiempos del Mundo (2000). “*El trámite de la donación Botero*”. Paginas A10 – A11, noviembre 23.

Páginas consultadas

Corpocentro en: <http://corpocentromedellin.com/>

Gerencia del Centro en:

http://www.medellin.gov.co/alcaldia/jsp/modulos/I_gestion/elcentrovive.jsp

Entrevistas

Código HC1 (habitante del Centro 1). Enero 15 de 2011.

Código HC2 (habitante del Centro 2). Enero 19 de 2011.

Código VC1 (visitante del Centro 1). Enero 19 de 2011.

Código VC2 (visitante del centro 2). Agosto 18 de 2010.

Código VC3 (visitante del centro 3). Agosto 18 de 2010.

Código VC4 (visitante del centro 4). Agosto 18 de 2010.

Código VC5 (visitante del centro 5). Agosto 20 de 2010.

Código VC6 (visitante del Centro 6). Enero 19 de 2011.